
SS
SERVICIO SECRETO
KENT MILLER
¡SABOTAJE!

¡SABOTAJE!



KENT MILLER

¡SABOTAJE!

1ª EDICION
JULIO - 1951

EDITORIAL  BRUGUERA
Proyecto, 2-T. 284453 BARCELONA (6)

OBRAS DEL MISMO AUTOR, PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

15. — LA LIBÉLULA DE CRISTAL.
19. — EL GAS R. 650.
21. — LA ONDA MORTAL.
33. — EL AMULETO DE KALI.
42. — LLAMADA AL AMANECER.
45. — LOS DIABLOS DE WAKEFIELD.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2 - Barcelona

¡SABOTAJE!



por KENT MILLER

CAPÍTULO PRIMERO

Desde el otro extremo de la bahía la lancha a motor iba acercándose velozmente. Sus dos ocupantes no apartaban los ojos de la casa cuyas rojas tejas brillaban al ser heridas por los últimos rayos del sol poniente. Por la derecha acababa de aparecer un automóvil siguiendo la carretera sinuosa que bordeaba la costa.

—Me figuraba que Lund se olería algo —habló el hombre que se hallaba inclinado sobre la rueda del timón—. Pero creo que esta vez le llevamos bastante ventaja.

Su compañero examinaba con cariñosa complacencia el arma que acababa de sacar de uno de los bolsillos de la americana. Miró al que había hablado, para desviar seguidamente la mirada y contemplar como el vehículo ascendía la pendiente que festoneaba el risco.

—Apostaría a que no es Lund quien lo lleva —dijo, tranquilamente.

Y volvió a su ocupación, interrumpida por la exclamación del que estaba en el timón.

—Si no es Lund, no comprendo quién diablos pueda ser.

—Molly —repuso el del revólver.

—¿Estás seguro, Jim?

—Segurísimo, Bill.

Bill Lart consultó su cronómetro y quedó algún tiempo pensativo.

—No, no es posible —dijo, al fin—. Molly tiene otras ocupaciones más provechosas en que invertir el tiempo. Y si tú la ves en todas partes, no me cabe ninguna duda de que se ha convertido en una constante pesadilla destinada a mostrarte la parte divertida que encierra la existencia de un mortal.

A Jim Kerry no pareció afectarle gran cosa la opinión que Lart tenía formada de Molly Burns; sin embargo, esbozó una irónica

sonrisa, que pasó desapercibida a su acompañante, atareado en buscar un lugar propicio para desembarcar.

—Oye, Bill —le dijo, guardando en su bolsillo el arma que había estado examinando—. ¿Tú sabes lo que es una mujer?

—Desde luego —sonrió Lart—. Hace doce años tropecé con una. Sentí curiosidad por saber cómo era, y cuando lo hube averiguado ya resultó demasiado tarde.

—¿Qué hiciste con ella?

Bill Lart se encogió de hombros como queriendo significar que no sentía el menor interés por continuar aquella conversación.

—La tengo en casa. Es mi mujer.

—En tal caso —observó Kerry—, convendrás que no resulta exagerado suponer que Molly vaya en ese coche.

—Opino que se trata de Lund —insistió Lart.

—Molly es una mujer y, además, trabaja para el Servicio Secreto. Lo cual quiere decir que su curiosidad no tiene límites y que no vacila en meterse donde se le antoja. Y si en ese lugar estoy yo, ya puedo prepararme para encontrármela a cada media yarda.

—Tal vez esté enamorada…

—Era lo único que faltaba.

Y ya no volvieron a cambiar una sola palabra, porque la embarcación acababa de entrar en las aguas tranquilas y poco profundas de la caleta. Lart paró el motor y condujo la lancha hasta el lugar más adecuado para saltar a tierra.

—Aguarda un momento, Jim —le dijo a su compañero, al advertir que se alejaba sin siquiera darle una explicación.

—Iré solo, Bill —replicó Jim Kerry, volviéndose—. Será mejor que desde esa roca vigiles la puerta. Tendrás a tiro a cuántos intenten salir.

—Y si viene Molly, ¿qué hago con ella?

—Yo me encargo de eso —contestó Jim Kerry continuando su camino—. Aunque no creo que se atreva a entrometerse.

Desvióse hasta alcanzar una hendidura que se adentraba en el terreno. Desde ella le sería fácil dar un ligero rodeo que le situara a espaldas de aquella casa de tejas rojas y brillantes.

De este modo alcanzó la carretera. Titubeó antes de atravesarla, pero terminó por hacerlo luego de mirar a todas partes para ver si era observado. El ruido del motor del automóvil que vieran desde el

mar habíase extinguido. Tal vez se había engañado en sus conjeturas, pero de resultar así era que no conocía suficientemente a Molly Burns.

¿Y si se tratara de alguien que había ido con el soplo a los misteriosos moradores de la finca?

Pero no; no era posible. Para llegar a ella hubiera necesitado diez minutos más que los empleados por él y su compañero Lart para ganar la caleta.

Ahora se hallaba ya a espaldas del edificio. Podía distinguir perfectamente sus ventanas con las persianas corridas, tras las cuales más de un par de ojos trataría de atisbar la presencia de gente sospechosa. Aprovechaba la espesura para acercarse cuanto le fuera posible. Sabía que Lart ya estaría en el lugar que le había indicado, y que a la menor señal comenzaría a disparar contra cuántos intentaran salir huyendo de allí.

Sacó el revólver y con la mano izquierda apartó suavemente el ramaje que le impedía ver el edificio. Mas no lo había hecho aún, cuando una sombra desprendióse de lo alto con tal sigilo que Kerry se dio cuenta de ello cuando le derribó, aferrándose de un modo tan preciso a sus piernas que perdió el equilibrio, yendo a rodar con su agresor hasta el pie de un frondoso roble.

A pesar de todo conservaba aún el revólver en su poder. La mano derecha del atacante sujetábale con fuerza la muñeca, en tanto que con la izquierda ensayaba una complicada llave que le demostraba la habilidad de aquel hombre en todo género de luchas.

De pronto se echó de espaldas, y, alzando ambas piernas, aprisionó entre ellas la cabeza de su contrincante, quien, sorprendido, aflojó la presión de sus dedos para evitar el cerco que comenzaba a asfixiarle. Pero su gesto fue tardío, y al tratar de enmendarlo vio cómo el revólver de Jim Kerry le apuntaba al corazón.

—¡Ah, demonio de amarillo! —exclamó el joven, jadeando por el esfuerzo que habíase visto precisado a desarrollar—. ¿Conque eras tú el que vigilaba desde el árbol?

La respuesta no procedió del chino, sino que llegó a Kerry desde unas yardas más atrás.

—¿Necesitas de mí, Jim?

La voz había sonado tan clara y perceptible que no le fue preciso

volverse para cerciorarse de que Molly Burns se hallaba cerca.

—Ya me imaginaba que acabarías saliendo de tu escondite —replicó, malhumorado—. ¿Qué has venido a buscar aquí?

—Yo también tengo mi parte en esto, Jim —sonrió la joven—. Ya ves como acudo en tu ayuda cuando más lo necesitas.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Kerry, mirándola furioso—. Ya ves como me deshice de él antes de que tú llegaras. Ya puedes guardarte ese revólver y volverte por donde has venido.

Sin embargo, Molly Burns no parecía muy dispuesta a obedecer. El arma que su diestra empuñaba no se desvió un solo milímetro de la trayectoria dirigida a la cabeza del oriental tumbado a los pies de Jim Kerry.

En aquel instante varios disparos escucháronse por la parte del acantilado. Jim Kerry miró al hombre tendido a sus pies y luego a la joven. Era evidente que no sabía qué partido tomar.

—¿Y bien, señor inspector? —sonrió Molly, burlona—. Bill Lart precisa de ti, y ese hombre representa un estorbo. ¿Crees todavía que mi llegada no ha sido oportuna?

—Sí…, creo que sí. Ahora ya empiezo a comprender. ¿Estarás satisfecha de salirte con la tuya?

—No sigas perdiendo el tiempo, Jim. Lart estará maldiciéndote por tu tardanza. A ese individuo lo tengo bien encañonado y puedes dejarlo de mi cuenta.

Jim Kerry alejóse unos pasos, sin perder de vista al chino y a Molly, pero finalmente terminó por acudir a la llamada de Lart.

Desde una de las ventanas delanteras disparaban contra Bill, en tanto que dos individuos, saliendo de la casa y disparando, asimismo, corrían en dirección de los riscos. Jim Kerry apretó el gatillo y dos detonaciones sucesivas repercutieron en el ambiente. Uno de los hombres giró sobre sí mismo y se desplomó. El otro siguió corriendo hasta que Lart atravesóse en su camino. Una descarga que partió de la casa abatió al compañero de Kerry, el cual quedó inmóvil, atravesado al borde del sendero que descendía a la caleta.

En aquel instante un silbato sonó entre los árboles, y no se habían extinguido sus estridencias cuando la acción cesó de repente. Lart y el malhechor derribado por Jim Kerry se levantaron, sacudiéronse el polvo de sus vestidos y se encaminaron hacia la

casa. Lo mismo hacia Kerry, en tanto que por la parte del bosque llegaban el oriental y Molly Burns hablando tranquilamente.

Tres nuevos personajes irrumpieron en la escena. Tratábase del inspector McGuntry y de dos agentes ayudantes.

—¡Oiga, Kerry! —le gritó desde alguna distancia—. ¿Cómo diablos se le ocurrió dejar a Tsai en el bosque?

—¿Le parece bien, inspector McGuntry, dejar que Molly se meta en esto? —contestó Jim, señalando hacia la muchacha.

—Molly también tenía su papel en el plan. Cuando hace falta no prescindo de cuántos creo pueden intervenir eficazmente. Y Molly ha sido, en este caso, uno de mis peones.

—¿Has oído, Jim? —habló la muchacha, con cierto deje burlón.

—He oído, inspectora Burns —recalcó, desdeñoso—. No dudo que eso es lo que a ti te gustaría llegar a ser. Afortunadamente, todavía queda el suficiente sentido común para dejar a las mujeres en el lugar que les corresponde.

Y volvióle la espalda, desinteresándose de ella.

—Bien, Kerry —aprobó McGuntry—. Me ha gustado el modo de desembarazarse del chino. ¿Le dio mucho que hacer?

—Menos de lo que esperaba —contestó Kerry—. Lo descubrí agazapado entre las ramas, y decidí facilitar su ataque colocándome debajo mismo de donde se hallaba.

Tsai, el chino, llegaba junto a ellos, sin desprenderse de la eterna sonrisa que le caracterizaba. Era uno de los más hábiles profesores de lucha oriental, encargado de adiestrar a los jóvenes agentes del Departamento de Investigación.

—¿Se portó bien el inspector Kerry, profesor Tsai? —preguntóle McGuntry, dominándole con su elevada estatura, más patente aun por la desproporción entre él y el chino.

—*Mr*. Kerry ser un excelente luchador —sonrió Tsai, limpiando con el pañuelo sus lentes, que ajustó sobre la nariz.

El profesor era hombre de pocas palabras; sin embargo, su parquedad en la adjudicación de calificativos hacía más destacables las opiniones que le merecían sus alumnos.

—Esperaba que llegaría a salir airoso de la prueba —declaró McGuntry—. Sin embargo, Lart no estaba donde debiera. Bracke y Swaps aparecieron dos minutos antes del señalado, y Dinnith se durmió en espera de que los disparos se encargasen de despertarle.

Un hombrecillo, de cabello rojizo y rostro pecoso, se levantó de entre un macizo de dalias.

—La señorita Burns intervino por mí, inspector —protestó, sin demasiada vehemencia—. ¿Acaso lo hizo mal?

—Ésa no es una razón —replicó, airado, McGuntry—. Si la señorita Burns no llega a intervenir…

—Iba a intervenir, inspector. Y yo lo sabía.

—La llegada de la señorita Burns fue idea mía. Su papel no estaba previsto en este simulacro. Lo decidí a última hora.

—Yo lo sabía, inspector McGuntry —terqueó Dinnith, sonriendo con socarronería.

—Usted no sabía nada —cortó McGuntry, tajante.

Jim Kerry se vio obligado a intervenir.

—Yo sabía que Molly Burns iba a meterse en esto, inspector. Y no resulta descabellado suponer que Dinnith lo supiera, igualmente.

—¿Cómo lo averiguó? —preguntó McGuntry a Dinnith.

—Para un agente del Servicio de Investigación eso es juego de niños. Otra vez tome antes sus precauciones, inspector McGuntry.

Y, riendo satisfecho, se alejó hacia donde Lart entreteníase en examinar un plano que le mostraba el agente Bracke.

Jim Kerry apeóse del automóvil y penetró en el severo edificio donde el coronel Buckman desarrollaba sus proyectos de acuerdo con las órdenes recibidas de los jefes del Servicio. Saludóle el guardia que estaba a la puerta, quien le manifestó que Buckman había llegado justamente quince minutos antes y estaba aguardándolo.

—¡Hola, Kerry! —saludóle el coronel, apenas entró en su despacho—. Celebro haya venido a verme cuanto antes. ¿Le ha puesto ya McGuntry en antecedentes?

—No, señor —contestó Jim Kerry, tomando asiento en el sillón que el coronel le indicaba—. McGuntry sólo da sus órdenes cuando hay que comenzar a moverse. Nadie sabe lo que piensa de antemano.

—Eso mismo es lo que ocurre ahora, Kerry. Ha sido solicitado por el Gobierno federal un inspector capacitado para aclarar un hecho que está dando mucho que pensar. Y ese inspector será usted.

—Gracias, coronel —contestó Jim Kerry, tranquilamente—. ¿De qué se trata?

El coronel Buckman levantóse de la mesa, y, tomando una caja de habanos que sobre ella había, la presentó al inspector.

—Tome un cigarro, Kerry.

—Se lo agradezco, coronel —contestó—; sin embargo, no fumo más que cigarrillos. Ellos me ayudan a pensar, y…

—Le comprendo, Kerry —sonrió Buckman, ofreciéndole ahora un cigarrillo—. Eso mismo me ocurre a mí.

Aguardó a que el joven encendiera el cigarrillo, y volvió a sentarse tras su mesa de trabajo.

—¿Sabe lo que es el uranio?

Entornó Kerry los ojos y miró a su interlocutor a través del humo que se desprendía del cigarrillo.

—No soy un técnico en esta cuestión, pero he oído hablar algo de él.

—En tal caso, no ignorará los trabajos que se llevan a cabo en el campo de la desintegración atómica. Se trabaja activamente en cuestiones que revolucionarán los modernos métodos de destrucción, y, al parecer, los resultados obtenidos hasta el momento son singularmente alentadores.

Jim Kerry asintió en silencio. Era evidente que el coronel Buckman había conseguido interesarle desde el primer momento.

—Actualmente —prosiguió su jefe— tenemos montados algunos centros de investigación y se trabaja activamente en la extracción de minerales radioactivos para proporcionar todo el material necesario. Tengo motivos para creer que está a punto de conseguirse lo que habrá de acortar considerablemente la duración de la contienda. Por ello comprenderá lo que representaría en estos momentos la interrupción en las aportaciones de minerales básicos para la obtención de esa fuerza terrible y de efectos, hasta el presente, enteramente desconocidos.

Hizo Buckman una pausa, que aprovechó Kerry para sacudir la ceniza de su cigarrillo.

—¿Ha oído hablar de esos yacimientos de uranio? —Fue ahora la nueva pregunta del coronel.

—En la redacción del
N. A. S.
(«Natural and Scientific Illustrated Magazine») se discutía un día de estos acerca de cuestiones relacionadas con el uranio y otros

elementos radioactivos. Además de los que se han descubierto en nuestro siglo, se encuentran en explotación los del Canadá y creo recordar que los de Alaska.

—Exacto —corroboró Buckman—. En Montana existe el yacimiento «Daystar», uno de los más importantes descubierto hasta la fecha. Se encuentra a unas cinco millas de Helena, en el recodo superior del Missouri.

—¿Qué es lo que ocurre en esa mina, coronel? —preguntó Kerry, adivinando que la misión que se le iba a encomendar tendría por escenario aquella región norteña.

—Eso es lo que tendrá usted que averiguar, Kerry. Desde hace quince días que las cosas no andan como debieran. Tres galerías se han hundido a consecuencia de violentas explosiones: varios hombres han muerto en ellas, con lo que la producción ha sufrido un rudo golpe.

—¿Cree, acaso, que pueda ser intencionado?

—S; estoy seguro de ello. Hay alguien interesado en evitar que la mina rinda lo preciso, y para ello no regatea esfuerzos de ninguna clase.

—¿Una potencia enemiga?

El coronel Buckman asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Existe algún indicio sospechoso? ¿Algo que permita suponer la intervención de agentes extranjeros o al servicio del enemigo?

—El ingeniero encargado de la explotación y uno de los ayudantes del laboratorio han muerto en el intervalo de cinco días.

—¿Asesinados?

—Los dos tenían una puñalada en la espalda que les interesaba el corazón.

Kerry llevó el cigarrillo a los labios y, en silencio, quedó unos minutos con la mirada fija en un punto ignorado de la habitación.

—¿Cuándo quiere que salga para Montana, coronel Buckman? —preguntó.

—Saldrá esta misma noche, Kerry. Un avión militar le dejará en el aeropuerto de Forsith. Desde allí le será fácil trasladarse a Helena. Se presentará como redactor de la Nasim que visita Montana para realizar una serie de reportajes sobre… sobre lo que más le guste y mejor entienda, Kerry. Podrá husmear así por los campamentos mineros y de cazadores. Procure que nadie sospeche

de usted, y abra mucho los ojos para ver quién merodea por las minas. En la «Daystar» tendrá acceso, como reportero de una revista científica, gracias a la amistad del ingeniero Logan. Se trata de un hombre que goza de absoluta confianza y que recibirá el encargo de facilitarle su labor. Logan figurará como amigo suyo de la Universidad y él será quien le pondrá al corriente de cuanto allí ocurra.

—¿Quién avisará a la redacción?

—Yo mismo me encargaré de ello. Skinner será informado de la naturaleza de su misión; pero nadie más que Skinner, fuera de los del servicio, deben saber nada.

—Perfectamente, coronel. —Y Jim Kerry se puso en pie—. Voy a disponerlo todo para ese viaje. ¿He de ver a McGuntry?

—Él le dará los papeles y las últimas instrucciones. Y nada más, Kerry. Buena suerte.

El coronel Buckman se levantó y estrechó la mano del inspector.

—Buenas tardes, coronel.

Jim Kerry salió del despacho de su superior y comenzó a bajar las escaleras que conducían a la planta. No había llegado abajo cuando vio a Molly Burns que se disponía a subir. Se detuvo hasta que ella llegó a donde la estaba aguardando.

—¡Hola, Jim! —saludó alegremente—. ¡Qué coincidencia!

—¿Coincidencia? —repuso, indiferente—. No veo por qué. Vine para saludar al coronel. Llevaba mucho tiempo sin verle.

—Pues ésa es la coincidencia —sonrió Molly, maliciosamente—. Yo también he venido para saludar al coronel. Hasta luego, Jim.

Y siguió subiendo la escalera, seguida por la mirada de Kerry, que no continuó su camino hasta verla desaparecer por el corredor del primer piso.

Cuando aquella noche llegó Jim Kerry al aeródromo y preguntó por el oficial que debía conducirle a Forsith, dijeron que se encontraba revisando el aparato en el que debían realizar el viaje.

El joven tomó su maletín y se encaminó hacia el hangar. Iba a subir al avión, cuando una voz que le llegó del interior le hizo pegar un brinco.

—Ha sido usted muy amable, teniente Smith —hablaba Molly Burn—. Tenía verdadera curiosidad por ver uno de esos aparatos por dentro.

Y en aquel momento la muchacha asomó su cabeza por una de las ventanillas.

—¿Qué haces ahí? —preguntóle Jim con dureza.

—¡Oh! Pero si es Jim Kerry. ¡Hola, Jim! —saludó, agitando su mano.

—¿A qué has venido? —repitió el joven, sin moverse de la escalerilla de acceso.

—No has querido despedirte de mí y he venido yo misma para ello.

—¿Quién te dijo que me iba?

—Servicio Secreto —contestó Molly, riendo divertida.

Desapareció su cabeza, y a los pocos instantes salía del avión, acercándose a Jim. La acompañaba un aviador, indudablemente el piloto que le había de conducir a Montana.

—El teniente Smith —presentóle la joven—. Tuvo la gentileza de entretener mi espera mostrándome el interior del avión. Y ese joven —añadió, volviéndose al aviador— será su pasajero.

—Celebro conocerle, teniente —saludóle Jim Kerry—. Y si lo desea, ya puede poner el motor en marcha.

—¿Te vas a marchar sin decirme nada, Jim? —lamentóse Molly, cogiéndose de su brazo.

—Adiós —dijo, ofreciéndole la mano—. Es la fórmula más adecuada para una despedida. Y creo que no debieras haber venido.

—Sonríe, Jim —le rogó Molly.

—¿Es preciso?

—Quiero conservar en mi mente tu imagen. Tal vez no volvamos a vernos…

—¿Cuándo te dio por convertirte en pájaro de mal agüero? —observó Jim, decidido a subir al avión.

Molly Burns se encogió de hombros.

—Si me necesitas, Jim, mándame a buscar. Iré volando.

—No te molestes, Molly —replicó—. Voy en busca de un lugar tranquilo y en el que no hayan mujeres. Me lo ha recomendado McGuntry.

Jim dejó la maleta sobre el asiento que debía ocupar. Cuando volvió a asomarse, distinguió a Molly alejándose de allí.

—¡Eh, Molly! —le gritó—. Dile a Skinner que no deje de mandarme la revista. La voy a necesitar.

Pero la muchacha no se molestó siquiera en volverse.

CAPÍTULO II

La puerta abrióse con violencia, y la figura de un hombre envuelto en recio chaquetón de cuero entró en la estancia con paso decidido. Con él penetró una ráfaga de aire frío, arrastrando algunos copos de nieve, que, al caer en el entarimado, fundiéronse inmediatamente a causa de la agradable temperatura que la estufa difundía allí dentro.

Jim Kerry hacía ya unos minutos que se encontraba en el puesto de la policía local. Al advertir la entrada de aquel hombre se levantó y quedósele contemplando con curiosidad mientras despojábase de las prendas de abrigo. Luego, al quedar al descubierto el uniforme característico de la policía destacada en aquellos lugares, comprendió que se encontraba en presencia de la persona a quien estaba aguardando.

Otro agente, que escribía algo en un rincón del cuarto, levantóse asimismo y se acercó al recién llegado.

—La patrulla de Enwood ha detenido en el camino de Great Falls a un sujeto que le infundió sospechas.

—¿Iba documentado?

—No llevaba encima ningún papel.

—¿Qué alegó?

El escribiente de las oficinas se encogió de hombros.

—La caza.

El otro arrojó el chaquetón sobre un banco de madera y rezongó, con marcado desdén:

—La caza… Todos dicen lo mismo. Cazadores por todas partes, y son ahora menos que nunca las pieles que se envían al Este. Antes pretendían cuidar del ganado o buscar oro en los arroyos. Ahora andan tras las pieles; pero a nadie interesan las pieles. ¡Espías es lo único que son todos ésos! ¡Espías y asesinos!

Se detuvo, bruscamente, en mitad de la estancia y quedose

mirando a Jim Kerry, como si por primera vez se percatara de su presencia.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Me llamo Kerry, sargento. Jim Kerry. Acabo de llegar de Forsith.

—¿Reside allí?

—No, señor. Sólo estuve allí unas horas. Mi procedencia es Washington.

El policía entregó al sargento unos papeles, que examinó largo rato.

—¿Es usted periodista?

—Redactor científico de una importante revista americana.

—¿Qué asunto le trae por aquí?

—La caza.

El sargento se le quedó mirando, intrigado por su declaración.

—¿Y ha venido volando desde Washington para cazar en estos desiertos?

Jim Kerry sonrió al advertir que el sargento del puesto no había comprendido bien.

—No, claro está que no he venido para eso. Mi trabajo consistirá en escribir una serie de reportajes para mi revista referentes a la caza por estos bosques. Se viene observando una disminución en el comercio de las pieles y sería interesante averiguar si ello es debido a la exterminación de ciertas especies básicas. Es un trabajo interesante.

—¿Lo cree de verdad que esa clase de trabajos puedan encerrar algún interés? —preguntó con sorna.

—¡Oh, claro que sí! No le quepa la menor duda, sargento. ¿Ha imaginado alguna vez lo qué llegaría a suceder si diez millones de mujeres se vieran privadas de lucir sus magníficos y costosos abrigos de marta, visón o zorro? Pues eso es lo que es preciso evitar a toda costa. Y para ello nada mejor que investigar las causas que determinan tan considerable baja en la producción.

El sargento quedósele contemplando con una irónica sonrisa asomando en la comisura de sus labios.

—Es una lástima, señor Kerry, que no haya empleado sus excelentes dotes de reporter en uno de los frentes de batalla. En ellos centenares de compañeros suyos arriesgan constantemente la

vida para servir una labor más provechosa y patriótica. Y, por lo que veo, imaginación no le falta.

Jim Kerry comenzó a impacientarse. Acercóse a la mesa tras la cual el ayudante del sargento Carlock trabajaba, y le indicó los papeles que al entrar había entregado.

—Le agradezco sus indicaciones, sargento, pero debo recordarle que solamente he venido aquí para registrar mis documentos.

—Sí, lo recuerdo perfectamente, señor Kerry; pero debo advertirle que si se le sorprende en otras actividades distintas a las que alega y que dieran motivo a sospechar de usted, me veré precisado a tratarle sin ninguna consideración.

—¿Acaso cree que soy un espía?

Carlock le dirigió una furibunda mirada, pero no contestó. Acercóse a la mesa de trabajo de su ayudante y tomó los papeles que éste acababa de anotar en un libro.

—Tenga sus papeles —le dijo, entregándoselos—. Y no olvide lo que acabo de decirle. Buenas noches.

—Buenas noches.

Abrochóse el chaquetón de que iba provisto y salió del edificio. En el exterior el frío era intenso, aunque sólo caían algunos copos espaciados. Gracias a las luces que desde el interior de las casas proyectábanse sobre la calle, le fue posible encontrar el establecimiento de Spander.

Tratábase de un gran edificio que tenía aneja una nave destinada a almacén. La taberna era utilizada, asimismo, como sala de espectáculos y local de reuniones y conferencias, aparte de que en algunas ocasiones, mucho tiempo atrás, fue utilizada para juzgar a destacados malhechores.

Aquella noche una gran concurrencia llenaba el local. En su mayor parte tratábase de mineros, cazadores y vaqueros que buscaban allí unas horas de distracción y descanso. Se jugaba, se bebía o, simplemente, se hablaba de guerra y de las múltiples cuestiones que afectaban a un país de tan inmensas y variadas posibilidades como los Estados Unidos. El dueño era un hombre de aspecto rudo y en apariencia, huraño y reservado; sin embargo, al tratársele, descubríase en él un carácter afable y, hasta cierto punto, campechano y alegre. John Spander llevaba en Fort Colbitt unos ocho años. Con él trabajaba un mestizo canadiense, Marcel Deparry,

que había llegado hacía cosa de un año y medio procedente de la región del Saskatchewan, al otro lado de la frontera.

—¿Consiguió hablar con el sargento Carlock? —preguntóle Spander, apenas lo vio entrar en el local.

—Sí —contestó—. Ahora mismo vengo de allá. Por cierto que ese Carlock cree ver espías en todas partes. No estuvo, precisamente, demasiado amable conmigo.

—No le haga caso —rió el factor—. Carlock es un hombre excesivamente nervioso y celoso de su deber. Sin embargo, parece que algo le preocupa.

—Esto parece un lugar tranquilo —observó el muchacho.

Spander amortiguó el tono de su voz, acercándose más a Jim.

—Cuando lleve aquí algún tiempo, oirá cosas que conseguirán intrigarle. ¿Usted es periodista, señor Kerry?

—Así es —respondió, sonriente—. Sin embargo, mi tarea no es simplemente informativa. Trabajo como redactor técnico de una revista científica. Pienso escribir algunos reportajes acerca de la caza por estas regiones, sus características y posibilidades que encierra para el futuro. Se habla en Washington de las repercusiones que tendría para el mercado la desaparición de ciertas especies. Y es por ello que mi jefe me ha encargado que estudie sobre el terreno los factores que pueden influir en ello, así como los remedios que podrían ser aplicados.

—Me parece una buena idea, señor Kerry —asintió Spander—. Yo mismo puedo indicarle que en la actualidad el número de pieles que pasan por aquí es muy inferior a la mitad del que afluía en la misma época de años anteriores. Sin embargo, tengo sobrados motivos para creer que ello no es debido a una disminución de las especies.

—¿Tal vez los precios no son lo suficientemente remuneradores…?

El factor movió la cabeza, denegando.

—No creo sea ése el motivo.

—¿Puede existir otro?

—El miedo.

Era indudable que Jim Kerry no esperaba semejante revelación, ya que la expresión de su rostro así lo indicó.

—¿Miedo? —repitió, intrigado—. ¿A qué?

—Sencillamente —sonrió Spander—. A morir de un balazo por la espalda. Desgraciadamente abundan de tal manera los casos en que así ha ocurrido, que son muchos los cazadores que han considerado la posibilidad de no arriesgarse para obtener un dinero que sin tantos esfuerzos se les brinda.

—¿Las minas?

—Exactamente —confirmó el factor—. Pero hoy ya no es el oro, ni la plata o el carbón lo que el hombre busca en las entrañas de la tierra helada. Existen minerales de muchísimo valor que han relegado a los otros a un plano secundario. Y no dudo que sabe a lo que me refiero.

Jim asintió en silencio.

—Bueno, señor Kerry —terminó Spander—, ya que su misión entre nosotros es científica, le voy a presentar a un grupo de asiduos concurrentes que podrán ayudarle en su labor.

Y cogiendo al joven de un brazo lo condujo hasta donde media docena de individuos charlaban y fumaban sus pipas sentados alrededor de una mesa de pino.

—Voy a presentaros a un joven que acaba de llegar del Sur —les dijo Spander—. Se trata del señor Kerry, un escritor en cuestiones científicas que ha sido encargado de estudiar algunas cuestiones relacionadas con la caza. Confío en que por vuestra parte daréis al señor Kerry toda clase de facilidades para que pueda desenvolverse a sus anchas.

Los seis hombres se le quedaron mirando, sin demostrar demasiada curiosidad. Uno de ellos, que lucía una poblada barba, negra como el ébano, quedósele contemplando por encima del periódico que hojeaba, para terminar preguntándole:

—¿Quiere una buena información para su diario señor Kerry?

—Le quedaré muy reconocido, señor, si es que vale la pena.

—Pues entonces hable a sus lectores de la muerte a plazo fijo. De la muerte que se ha enseñoreado de Fort Colbitt y sus alrededores. ¿Oyó hablar de la mina «Daystar»?

Jim trazó un imperceptible movimiento con la cabeza.

—Cada tres días muere en ella un personaje importante. Pero no es sólo allí donde la muerte muestra su preferencia. También en los bosques caen acribillados infelices cazadores, cuya única preocupación consiste en conseguir el número de pieles suficiente

para asegurarse una temporada libre de toda preocupación económica. Y el móvil no puede ser el robo, ya que en sus cabañas las pieles aparecen intactas. ¿Puede usted averiguar, señor Kerry, por qué esos hombres son objeto de tan cobardes atentados?

Jim tomó asiento cerca del hombre de la barba y movió la cabeza con gesto impotente.

—Yo no he venido para esto, amigo; ni es de mi incumbencia el averiguar lo que corresponde a la policía local; pero me interesa por lo que a la caza se refiere. Posiblemente se pretenderá con ello apartarles de regiones ricas en alguna especie valiosa… Vamos, eso es lo que supongo yo. De otra forma, no tiene explicación posible.

—No es eso, joven —insistió el cazador—. Aunque debo confesarle que siempre me ha causado verdadera extrañeza el hecho de que tales muertes ocurran en una zona determinada. —Sacó un mapa plegable que guardaba en uno de sus bolsillos y lo desdobló sobre la mesa—. Desde la muerte de Bruce hasta la de Davidson, ocurrida la semana pasada, han muerto nueve hombres en la zona comprendida entre el río y la zona montañosa del Gloud Peak. Vea eso —prosiguió, deslizando el índice sobre la carta—. Nueve muertes en lugares distintos que se encuentran, no obstante, dentro de un área de ocho o diez millas de longitud por cuatro o cinco de profundidad.

—¿Fue usted quien señaló los emplazamientos? —preguntó Kerry, mostrándose interesado por aquel relato.

—Hay que proceder con mucha cautela —sonrió el otro—. Todos procuramos evitar esa zona donde se producen hechos tan desagradables.

—Comprendo que tomen esas precauciones —observó Kerry—. Sin embargo, es ésta una cuestión que obliga a intervenir a la policía del Estado.

Aquel hombre se echó a reír, con gesto de duda.

—La policía cree que se trata de rivalidades entre los tramperos, Únicamente se limita a ciertas formalidades sin que nada haga por intervenir a fondo en la cuestión.

Jim volvió a contemplar la carta y se fijó en los lugares señalados por aquel singular personaje.

—¿Qué significa ese círculo de color verde? —preguntó.

—Eso es la «Daystar» —contestó el cazador—. ¿No estuvo aún

en la mina?

—No. No se me ha ocurrido aun.

—¿Cree que pueden tener alguna relación los asesinatos con los accidentes que ocurren en la mina?

—Yo no soy un policía —sonrió—. Sólo me interesa el aspecto puramente económico y científico de la región. Si ella es rica en especies valiosas, no es descabellado suponer que ella es el móvil que mueve al agresor.

—En tal caso las sospechas recaerían sobre quienes en lo sucesivo detentaran el derecho a seguir cazando en las zonas afectadas. Sería una burda maniobra que se volvería contra sus ejecutantes.

—Es cierto —reconoció Kerry, fingiéndose confundido—. Está visto que jamás lograría ser un buen policía.

En aquel instante abrióse la puerta del local, y un individuo de unos cuarenta años, de revuelta y rojiza cabellera, apareció en el umbral, deteniéndose para observar a cuántos lo ocupaban. Daba la impresión de estar ebrio. Al descubrir a Spander fue hacia él.

—Necesito un arma, Spander —le dijo con voz ronca—. Acaban de disparar contra mí al pasar por el puente de la central. Oí el silbido de la bala y… También quiero dos cargadores.

—¿Quién es ése? —preguntó Jim al cazador que le hablara unos momentos antes.

—Es Patrick Morey. Trabaja en los laboratorios de la «Daystar». Siempre acude aquí para beber unas copas.

En efecto, una vez adquirida el arma que precisaba, dirigióse hacia el mostrador, en donde estuvo bebiendo en silencio. Cuando hubo terminado, arrojó algunas monedas sobre el zinc y se dispuso a salir, no sin antes echar una inquisitiva mirada a los concurrentes aquella noche. El murmullo de las conversaciones apagóse lentamente y veinte pares de ojos lo siguieron hasta la salida.

Patrick Morey sacó la pistola que acababa de adquirir y la examinó unos segundos, con suma atención. Luego abrió la puerta.

Solamente dio un paso hacia la obscuridad del exterior. Inmediatamente retrocedió, pero fue para desplomarse de bruces sobre el entarimado.

Cuando los que se hallaban más cerca acudieron a él comprendieron que estaba muerto. La empuñadura de un cuchillo

asomaba por encima de su chaqueta, y la hoja le había partido certeramente el corazón.

A la mañana siguiente Nel Logan fue a verlo. Jim Kerry se hallaba repasando la cámara fotográfica que había llevado consigo cuando un hombre de unos cuarenta y cinco años, provisto de gruesas gafas y cubriéndose con un gorro de piel le fue presentado por el factor.

—Me llamo Logan —explicó, tendiendo una mano a Jim—, y estoy al corriente, por el inspector McGuntry, de los motivos de su presencia en Fort Colbitt. Mac es un buen amigo mío, con quien trabajé en cierta ocasión cuando tenía a mi cargo la sección de toxicología en los laboratorios de New Backelet.

Jim correspondió cordialmente al saludo del recién llegado.

—Es un placer para mí, Logan. El coronel Buckman me habló de usted y del papel que le corresponde desempeñar mientras dure mi estancia en estos lugares. Supongo no habrá olvidado que nuestra amistad data de los alegres años de la Universidad.

—Desde luego, Kerry —rió Logan—, aunque no sea posible explicar muy satisfactoriamente la diferencia de edad que nos separa.

—Y mucho menos explicaríamos a quien nos escuchara las causas que nos impiden tuteamos.

—Tienes razón, Kerry —rió Logan, divertido—. Hay distracciones que son imperdonables.

Jim le ofreció una silla al ingeniero, invitándole a sentarse.

—¿Una taza de café, Nel? —preguntó.

—No, gracias, Jim. Dispongo de muy poco tiempo para esta visita. Sólo quería decirte que cuando necesites entrar en los laboratorios o en la mina, no dejes de venir a mí. Procuraré darte toda clase de facilidades, dentro, claro está, de los límites reglamentarios. De otro modo tu labor resultaría perjudicada.

Jim tomó asiento frente al ingeniero y ofreció a éste un cigarrillo.

—¿Qué datos puedes facilitarme, Logan? —preguntóle sin más rodeos.

Nel echó la cabeza hacia atrás y quedó mirando el techo de la habitación.

—Ninguno —contestó, simplemente.

—¿Y los hechos?

—Tres galerías voladas, una explosión violentísima en una de las salas del laboratorio, que costó la vida a tres de nuestros técnicos, el ingeniero Bilke y su ayudante Lynn Shane asesinados mientras se hallaban trabajando… Y, además, una veintena de obreros sepultados en la mina y un retroceso en la producción.

—¿Espionaje enemigo?

Logan se encogió de hombros.

—Es posible. La finalidad es evidente: paralizar la extracción del mineral y su transformación para ser enviado a los centros investigadores. Y ello solo puede interesar a una potencia enemiga. Sin embargo…

Kerry quitóse el cigarrillo de los labios y aguardó a que Logan siguiera hablando.

—Han ocurrido algunos hechos que parecen desmentir esta hipótesis. Me refiero a ciertas muertes violentas ocurridas lejos de aquí y en personas totalmente ajenas a nuestras explotaciones.

—Eso también me ha dado bastante que pensar —coincidió Kerry—. Esos cazadores del Clond Park eran gente que llevaban bastantes años en la región y no parece que haya existido relación alguna entre ellos y elementos extraños. Además, por aquella parte…

Nel Logan se puso en pie, evidenciando su deseo de volver a sus ocupaciones.

—Estoy a tu completa disposición, amigo Kerry —sonrióle, tendiéndole una vez más su diestra—. Siempre que necesites de mí, ven a verme a los pabellones de la mina. Yo mismo hablaré con los guardianes para que no te pongan ningún impedimento.

Iba a salir Logan, cuando llamaron a la puerta. Abrió Kerry, y en el umbral destacóse la figura recia y erguida del sargento Carlock.

—Pase usted, sargento —invitóle Jim cordialmente—. Supongo que le trae aquí algo relacionado con lo ocurrido anoche, en el almacén de Spander. ¿No es así?

—Efectivamente —dijo Carlock. Y entró en la estancia.

—Jim Kerry es un antiguo amigo mío, sargento Carlock —le dijo Logan antes de salir—. Confío que se comportará con él con la corrección que se merece.

—Desde luego, señor Logan —respondió Carlock, haciéndose a

un lado y saludando militarmente—. Buenos días, señor.

—Adiós, Jim —repitió Logan desde la puerta—. Buenos días, sargento.

Jim Kerry aguardó de pie, junto a la mesa en donde le sorprendiera la llegada del ingeniero.

—¿Consiguió averiguar algo, sargento?

El sargento del puesto parecía haber moderado sus ímpetus desde que sorprendiera la amistad que el ingeniero de la mina demostraba por Jim Kerry.

—Se trata de una gente sumamente astuta —contestó, dejándose caer en el mismo asiento que unos segundos antes ocupara Logan—. Pero no acabo de comprender lo que se proponen matando a hombres y más hombres sin ton ni son. No se trata de venganzas motivadas por odios o rencillas, ya que los asesinatos afectan a personas de las más diversas condiciones. Por otra parte, no cabe suponer que sea el robo uno de los móviles que les incitan a deshacerse de sus antagonistas.

—Siento no poder ayudarle, sargento —manifestó el muchacho —. No soy un especialista en estas cuestiones. No ignora el motivo por el cual me encuentro aquí.

—Pero usted estaba anoche en el local de Spander. Conozco bien a los periodistas para saber que no se les escapa el menor detalle. He interrogado a ja mayoría de cuantos allí estaban, pero ninguno sabe más de lo que ya es del dominio público.

—Créame que lo siento, sargento —replicó Jim Kerry—. Sin embargo, tal como sucedió aquello, a nadie le será posible facilitarle la información que desea.

Carlock comprendió que era inútil insistir.

—De todas formas —le dijo al despedirse—, le ruego que cualquier hecho que observe y que le parezca sospechoso, no deje de darme cuenta de él.

—No lo olvidaré, sargento.

Esperó a que se hubiera alejado. Sobre la mesa estaba la cámara fotográfica y los rollos que tenía preparados para dar comienzo sus trabajos.

Por unos instantes quedó pensativo. ¿Iría a la mina y empezaría por allí, o sería preferible marchar a reunirse con los cazadores que tendían sus cepos a unas cuarenta millas al norte del Missouri?

Pero cuando estaba a punto de tomar una decisión, una violenta sacudida hizo retemblar el edificio, al tiempo que la tierra parecía estremecerse a sus pies.

Echó a correr hacia la puerta y lanzóse escaleras abajo. En la calle, media docena de personas corrían alocadas, y entre ellas descubrió a Carlock, que parecía indeciso sin saber qué camino seguir.

—¿Qué ha sido eso, sargento? —le gritó mientras se dirigía hacia él.

El policía le hizo una seña para que le siguiera y fue entonces cuando tomó la dirección de la mina «Daystar».

CAPÍTULO III

Cuando Jim y Carlock cruzaban frente a los barracones destinados al alojamiento de los mineros, divisaron a Nel Logan que se dirigía hacia la mina.

Desde alguna distancia ya pudieron advertir las muestras del pánico que reinaba por todas partes. Hombres, mujeres y niños corrían de un lado para otro, gritando y gesticulando, al parecer sin sentido, por el solo deseo de calmar la excitación de que estaban poseídos.

—¡Logan! —gritó Jim desviándose hacia él.

El ingeniero volvióse al oír que lo llamaban y esperó a que los dos hombres llegaran a su lado.

—¡Ha volado la galería 7! —exclamó, con el semblante descompuesto, mientras sus puños se crispaban en un gesto de rabia y desesperación—. Había en ella más de una docena de hombres trabajando.

—¿Crees que hay posibilidad de salvarlos? —preguntó Jim, caminando a su lado, en tanto Carlock los seguía sin saber qué determinación tomar.

—Ya ha salido una brigada de salvamento que intentará rescatar los cuerpos de los que han quedado sepultados.

En menos de cinco minutos llegaron a la entrada de la mina. Algunos grupos de mineros permanecían silenciosos, mientras sus miradas se centraban en uno de los boquetes que se abría en la misma base de la colina que se alzaba a poca distancia.

—¿Quién dirige los trabajos? —preguntó Logan a uno de los hombres que estaba más próximo.

—Glenn está ahí dentro con la excavadora. Ha prohibido que entre nadie más hasta que él lo disponga.

Seguido de Jim Kerry, Logan penetró en la galería. A muy poca distancia, casi pisándoles los talones, marchaba Carlock. Sin

embargo, fue divisado por uno de los guardianes que vigilaban los accesos y lo llamó para darle una referencia de lo sucedido.

A una veintena de yardas ce la boca tropezaron con Glenn que manejaba la excavadora.

—Por este lado se consigue oír unas señales —le dijo a Logan, apenas le vio su lado—. Alguien está golpeando con un martillo.

Por espacio de media hora permanecieron presenciando los trabajos de salvamento. Al fin fue practicado un pequeño boquete, por el que podía pasar el cuerpo de un hombre. Uno de los mineros se ofreció como voluntario y se introdujo por el agujero, no tardando en reaparecer arrastrando un cuerpo inanimado.

Logan dio unas órdenes, y al instante llegaron otros dos mineros, portadores de una camilla, en la que colocaron al herido y lo sacaron de allí.

Poco después lo dejaban en la salita de curas, a dónde había llegado previamente el médico de la colonia.

—¿Vive ese hombre, doctor? —pregunto Nel Logan, sin ocultar la ansiedad que experimentaba.

El médico siguió reconociéndole. Al fin dio por terminado su examen, y entonces se volvió hacia el ingeniero.

—Vive aún, pero será por muy contados minutos. Procuraré hacerle reaccionar.

Le fue aplicada una inyección y no tardó el herido en abrir los ojos, dirigiendo a todas partes una mirada cargada de inquietud.

—Tranquilízate, amigo —hablóle el ingeniero—. Hemos conseguido sacarte del agujero y no tienes ya que temer.

Un sonido gutural broto de los labios de aquel hombre para apagarse inmediatamente. Miro a Logan y a Jim, alternativamente, y levantó una mano como si deseara indicarles que necesitaba decir algo.

Nel Logan sentóse a su lado, y tomando de la mesa un vaso en el que habían vertido unas gotas de *whisky*, lo aplicó a los labios del minero.

—Conseguí… sorprenderlo… —murmuró esforzándose—. Pero me… atacó… y…

—¿Quién era? —apremióle Logan, inclinándose sobre él para percibir mejor sus palabras entre el silbido de la respiración entrecortada.

—Era…

Y el ingeniero y Jim Kerry advirtieron que sus labios negábanse a obedecer a los últimos intentos de su voluntad.

El minero levantó una mano y la llevó al cuello, dejando que su dedo pulgar se deslizara en sentido transversal. Inmediatamente dejóla caer y sus ojos volvieron a cerrarse.

—¡Debe intentar reanimarlo, doctor! —apremió Logan al médico, que se había apartado un paso del camastro.

—¿Has comprendido algo? —preguntóle Jim, entretanto.

—Ha querido decir un nombre, pero debió advertir en el cuello una intensa opresión que le impedía pronunciarlo.

—Su gesto me pareció distinto —opinó Kerry—. Parecía tratar de expresar una acción que le causara un horror súbito. Tal vez el ser degollado o estrangulado por alguien…

Pero la voz del médico vino a cortar sus palabras.

—Es inútil intentar nada, Logan —habló lentamente—. Ese hombre ha muerto.

Jim Kerry advirtió como Nel Logan apretaba fuertemente sus mandíbulas y sus ojos entornábanse en una expresión de odio mal contenido.

Volvieron a la mina, en donde continuaban los trabajos de salvamento. Habían sido extraídos dos cuerpos más, pero ya sin vida.

—Tal vez el causante de esto, al ser sorprendido por el minero, no pudo escapar —opinó Logan, dirigiéndose a Jim que se hallaba detrás de él—, y lo encontremos entre los que han perecido sepultados.

Sin embargo, cuando a media tarde se suspendieron los trabajos de desescombro de la galería número 7, nadie más que los obreros que en ella trabajaban fueron extraídos de la misma.

Jim y Logan regresaron a las oficinas, atravesando por entre los barracones que alojaban a los mineros de la «Daystar». Por todas partes se advertían semblantes hoscos y de inquieto mirar.

—Temo que esto acabe por desmoralizarlos hasta el punto de que muchos optarán por marchar de aquí —observó Logan en voz baja—. Y a este paso la «Daystar» tendrá que cesar el trabajo. Difícilmente se encuentran brazos dispuestos a substituir a los que mueren.

—Ése es el propósito de quienes manejan esa ofensiva contra el uranio. Agentes al servicio del enemigo, espías emboscados entre los mismos trabajadores…

Entraron en el edificio, y al pasar por delante de una puerta, ésta se abrió para dejar paso a una figura alta y robusta, de cabello rubio y aspecto extranjero.

—¿Qué novedades hay en las galerías, ingeniero Logan? —preguntó solícito, acercándose a los dos hombres.

—El ayudante del laboratorio, profesor Bizraj —presentóle Logan—. El señor Kerry es un antiguo amigo de la Universidad. Ha venido a Montana para hacer una serie de reportajes destinados a una publicación científica.

—Muy interesante —observó Bizraj—. ¿Tal vez cuestiones relacionadas con la producción de minerales radioactivos?

—¡Oh, no! —sonrió Jim, con un ademán evasivo.

—Soy un profano en esta clase de materias. Mi interés se dirige a la caza. Estudiar sobre el terreno la cuestión del abastecimiento de pieles, las causas que determinan una progresiva disminución. Desaparición de determinadas especies que interesan a la industria americana. Ya puede ver que se trata de otros aspectos más inofensivos que los que tienen relación con sus actividades.

—Sepa usted, señor Kerry, qué soy muy aficionado a la caza. Muchas horas libres las dedico a ese deporte. Y es por ello que, posiblemente, pueda serle útil en su labor.

Jim Kerry estrechó la mano que le tendía aquel hombre y se despidió de él.

—Se lo agradezco infinito, señor Bizraj. Y no echaré en olvido su amable ofrecimiento para cuando la ocasión se muestre propicia.

Cuando estaban en el despacho de Logan, Jim le preguntó:

—¿Ese Bizraj qué clase de individuo es…?

—Se trata de un profesor polaco que huyó de su país al principio de la ocupación alemana. Llegó a los Estados Unidos y muy pronto fue empleado en trabajos de investigación acerca de la energía nuclear.

—¿Crees que se trata de una persona de absoluta confianza?

Logan asintió con un movimiento de cabeza.

—Mis superiores lo consideran como hombre de probada competencia científica y de intachable solvencia política.

—Siendo así…

Regresó Jim Kerry al poblado. Estaba anocheciendo, y de la mina regresaban a sus hogares grupos de mineros discutiendo en voz alta.

Era evidente que con la voladura de la galería número siete los planes del enemigo habían obtenido un señalado éxito. Y el inspector Kerry se dijo que si las cosas no se remediaban a tiempo era poco menos que inminente una paralización de las actividades en aquel alejado rincón del territorio de la Unión.

Cuando entró en el local de la factoría percibió un suave perfume a heliotropo. Casi al mismo tiempo descubrió la figura de una hermosa muchacha de linda cabellera rubia que le caía sobre los hombros asomando por debajo de su gracioso casquete de piel, Spander hablaba con ella y le mostraba algunos objetos que la joven debía tener interés en adquirir. Sonreía frecuentemente mostrando la blancura de sus dientes menudos y perfectos. Una de las veces miró hacia donde se hallaba Jim Kerry y pareció sentirse interesada por su presencia.

El muchacho tomó asiento en una mesa cercana y paseó su mirada por la concurrencia que había acudido aquella noche. Vio al hombre de la negra barba con el que charlara la víspera. Parecía estar arreglando su equipaje, y al descubrirle lo saludó agitando una mano.

En el mismo momento Spander llamó la atención de la desconocida hacia él. Y Tim vio cómo se apartaba del mostrador y se acercaba al cazador.

—¿Es usted el dueño del coche que hay afuera? —le preguntó con delicioso acento.

—Sí —repuso el otro, con cierta sequedad.

—Necesito ir esta misma noche a Helena —siguió la joven—. ¿Podría llevarme en él?

—Lo siento —contestó—. También yo debo salir para el norte. Y no puedo demorar el viaje un solo minuto.

—Pienso pagarle bien.

El hombre encogióse de bomberos y gruñó algo entre dientes que Jim no pudo comprender. Con una mueca de decepción la muchacha volvióle la espalda y regresó al mostrador.

Con aire de despreocupación hizo Jim lo propio y entonces

Spander pareció reparar en su presencia.

—¡Oiga, señor Kerry! —le llamó.

—Buenas noches —saludó cortésmente acercándose a los dos.

—Esta señorita tiene necesidad de regresar a Helena esta misma noche —explicó el factor—. ¿Va usted a necesitar el coche antes de mañana al mediodía?

—Pensaba salir al amanecer para el Great Falls —contestó el muchacho.

—Me llamo Ruth Hobson —explicó la joven, sonriéndole atrevidamente—. Llegué esta misma tarde utilizando un trineo automóvil que se dirigía a For Denson y que no regresará hasta mañana por la tarde. Me veo precisada a estar en Helena esta misma noche y…

—Yo mismo puedo acompañarla, *miss* Hobson —accedió Jim galantemente—. Mi nombre es Jim Kerry, y me encuentro aquí comisionado por una revista de Washington para estudiar ciertos aspectos relativos a la caza en estas regiones.

—Muy interesante, señor Kerry —sonrió Ruth Hobson—, y muy amable por su desinteresado ofrecimiento. No obstante sentiría perjudicarle en sus propósitos…

—¡Oh, no se preocupe! —rió Kerry—. Un viaje a Helena a medianoche será un entretenido paseo que me servirá para matar la espera del amanecer.

—Le privaré a usted de su descanso…

—Tendré suficiente tiempo de hacerlo en los días que se acercan —tranquilizóla con un gesto evasivo. Y dirigiéndose a Spander, le recomendó—: Puede decirle a Deparry que prepare mi coche y lo deje ahí fuera.

Diez minutos más tarde el pequeño vehículo a motor se deslizaba por la helada pista en dirección de Helena.

Durante el viaje Ruth Hobson mostróse en extremo locuaz y amenizando sus relatos con una innata simpatía que cautivó al muchacho. Su pronunciación delataba cierto matiz extranjero que no dejó de llamar la atención a su acompañante; no obstante éste abstúvose de hacer la menor alusión a ello.

En menos de media hora cubrieron la distancia que separaba Fort Colbitt de la ciudad a orillas del Missouri. A pesar de lo intempestivo, de la hora brillaban las luces en sus calles y

numerosos transeúntes iban y venían por ellas discutiendo animadamente.

Ruth Hobson hizo una seña a Jim para que se detuviera y le indicó una especie de fonda que había a la misma entrada del paseo que corría paralelo al río.

—Deténgase aquí, por favor —le rogó—. Mi padre se hospeda en esta casa.

Saltó Jim del vehículo y la ayudó a descender.

—Si puedo seguir siéndole útil en algo…

—Gracias —sonrió ella—. Ha sido muy amable y no olvidaré el favor que acaba de hacerme.

Desde la acera viola desaparecer por la puerta que daba a una escalerilla. Un instante volvióse Ruth, agitando su mano, antes de perderse en las sombras que la rodeaban.

Jim subió de nuevo al vehículo y siguió hasta el final de la calle. Desvióse para tomar de nuevo el camino de la factoría cuando se dijo que podía muy bien cenar en Helena y regresar a Fort Colbitt con el estómago lleno.

Entró en un restaurante que aparecía bastante concurrido y pidió al mozo que le sirviera la cena.

Media hora después salía de nuevo a la calle. La animación prestaba a la ciudad un aspecto poco corriente en aquellas horas. Le gustaba pulsar la vida de las jóvenes ciudades que como aquélla había surgido en medio de un desierto de piedra a costa de grandes luchas y enormes sacrificios.

De pronto, cuando más distraído se hallaba vio venir por la acera contraria a la que seguía una figura inconfundible: la de Ruth Hobson. Sin embargo llamóle poderosamente la atención de ir acompañada de otra persona que poco antes se hallaba en Fort Colbitt dispuesta a salir para el norte. Efectivamente, al estar más cerca cercioróse de que el cazador de la barba negra que se encontraba en el almacén de Spander era el acompañante de la joven.

Instintivamente ocultóse en un portal hasta que los dos hubieron pasado. Aquella circunstancia no dejaba de ser altamente sospechosa, dado el hecho de que en su presencia Ruth Hobson había demostrado no conocer al cazador, quien, por otra parte, había contestado en un tono bastante descortés a la petición que

ella le hiciera. Tal vez un extraordinario parecido era la causa de su confusión, pero Jim no lo consideraba probable.

Salió de su escondite y se dispuso a seguir a la pareja desde alguna distancia. No habían recorrido medio centenar de yardas cuando Ruth penetró en una casa de vulgar aspecto, continuando su acompañante hacia las afueras.

Vaciló Jim un segundo; pero su fina intuición le indicó que debía continuar siguiendo al de la barba obscura.

A la salida de Helena vio cómo el otro tomaba un sendero que conducía hacia una casa rodeada de una empalizada. Cruzó la verja y subiendo la media docena de peldaños que habían hasta la puerta desapareció por ella.

Intrigado volvió Jim sobre sus pasos y fue en busca de su vehículo. En él marchó hasta la casa de las afueras. Había luz en una de las ventanas, lo que probaba que había gente en ella.

Deshizo rápidamente una de las conexiones del encendido y, apeándose, se dirigió a la casa. Antes de que llamara abrióse la puerta y la figura de un hombre apareció para averiguar la calidad del que a tales horas se acercaba allí. Detrás de él apareció un rostro medio oculto por una espesa y poblada barba. Entonces ya no tuvo Jim la menor duda de que se hallaba en presencia del mismo individuo que había dejado en el almacén de la factoría.

—¿Qué diablos ha venido a buscar por aquí? —preguntó, al reconocerlo, en un tono que encerraba cierta dureza.

—¡Caramba! —exclamó fingiendo sorprenderse—. ¿Es usted el mismo que estaba en la factoría?…

—Sí, soy el mismo —gruñó mientras empujaba al otro para que se apartara.

—¿Quién es? —preguntó éste, receloso.

—Se llama Kerry —explicó avanzando un paso hacia Jim—. Un escritor que ha venido al norte para estudiar la caza. Nos conocimos en el almacén de Spander.

Jim sacudió la nieve que cubría su chaqueta y se acercó al cazador.

—Tengo una pequeña avería en el encendido de los faros —dijo —. Si me pudieran facilitar una lámpara y algunas herramientas…

—¿Es sólo por eso que ha venido? —preguntó incrédulo.

—Sentiría causarles la menor molestia.

Parecía indeciso. Desde la puerta eran ya tres los rostros que lo contemplaban.

—Temo, señor Kerry, que la recepción que le hagamos no le resultará demasiado agradable. Hay un muerto en la cabaña… Hace pocas horas que murió a causa de la viruela. Es por ello que tuve que cambiar precipitadamente mis planes y venir aquí.

Jim sabía que le mentía y por ello tornóse más audaz.

—Descansaré solamente un momento antes de continuar hacia Fort Colbitt.

—Le prevengo que con ello se expone a un contagio indudable…

—Lo siento por ese desgraciado —repuso—; pero no temo al contagio de ninguna enfermedad.

—De todas formas no debo…

—Déjale que pase —oyóse entonces una voz procedente del interior—. No es justo negar la hospitalidad a un amigo tuyo.

—Bien… —sonrió aquel hombre—. No, no soy el dueño, y por ello… Pero ya que se empeña, haga el favor de entrar.

Los que estaban en la puerta se hicieron a un lado y se le quedaron contemplando. Jim saludó con una ligera inclinación de cabeza y penetró en la vivienda. Entonces descubrió al que había hablado para que se le franqueara la entrada. Tratábase de un hombre de alguna edad y de aspecto distinguido a pesar de la dureza de sus facciones.

—Me llamo Knitter —habló el de la barba—, pero yo no vivo aquí. —Me hallaba a punto de partir cuando recibí el encargo de que viniera a Helena, pues Simmons había muerto.

Hizo un gesto hacia el interior y entonces descubrió Kerry, tumbado encima de una especie de banco, el cuerpo inmóvil de una persona cubierto con un lienzo obscuro.

El hombre que había allí dentro se levantó y marchó a su encuentro.

—¿De modo que es usted Jim Kerry? —preguntó sin ocultar la curiosidad que experimentaba.

—Éste es el señor Kerry, lord Hobson —contestó Knitter por él —. Un periodista encargado peo su revista para escribir unos reportajes acerca de la caza.

—Celebro conocerlo, señor Kerry —le dijo sonriente—. Mi nombre es Hobson, y ha sido, precisamente, mi pasión favorita la

que me ha traído aquí.

—¿Es usted inglés? —preguntó Jim, mientras estrechaba la mano de Hobson.

Afirmó el otro con un amplio movimiento de su cabeza.

—Esta tierra me atrae poderosamente y es por ello que paso aquí largas temporadas dedicado a la caza.

Hobson le ofreció una silla, pero Jim rehusó cortésmente.

—No puedo entretenerme mucho tiempo. Debo estar en Fort Colbitt apenas amanezca.

—No importa —insistió Hobson—. Uno de mis hombres se encargará de arreglarle la avería mientras usted descansa.

Comprendió el muchacho que su insistencia iba a hacerse sospechosa, y por otra parte no le disgustaba la idea de estudiar a los que se hallaban reunidos en aquella casa.

—Si quiere hallar material abundante para sus reportajes —habló Knitter, sentándose junto a él— tendrá que dirigirse más al norte. Allí conseguirá ver algunas variedades de zorro de indudable valor. Hay regiones en que abundan las martas y algunas especies de nutrias singularmente notables. Y si se arriesga hasta el Canadá y se asoma a las costas del Ártico sorprenderá manadas de caribús y abundancia de osos Kodiak pescando salmones en los arroyos que llegan al mar.

Un individuo bajito y cuyo bigote entrecano le caía descuidadamente a ambos lados de la boca, salió de la casa, por lo que Jim supuso que iba a echar una ojeada al vehículo.

—No soy, precisamente, un técnico en estas materias —sonrió al tiempo que ofrecía un cigarrillo a sus acompañantes—. Sin embargo tengo entendido que no es preciso alejarse tanto para encontrar buenas piezas. En la misma zona del Clond Park abundan la mayoría de las especies que acaba de citar.

—Aquélla es una región peligrosa —objetó Knitter—. Le dije que ocurrían por allí cosas muy extrañas.

—No suelo conceder demasiada importancia a las habladurías de los cazadores de éstas regiones. Posiblemente no les guía otro interés que…

Abrióse en aquel momento la puerta y entró en el cuarto Ruth Hobson. Al ver a Joe pareció quedar sorprendida, pero instantáneamente se rehízo y avanzó hacia él, tendiéndole la mano.

—¡Qué agradable sorpresa, señor Kerry! —sonrió encantadora—. Francamente, en cualquier parte hubiera esperado encontrarle menos aquí.

Vio cómo Knitter se levantaba y salía del cuarto.

—¡Cómo! —exclamó Hobson—. ¿Conocía ya a mi sobrina?

—Hace muy pocas horas que tuve el placer de conocer a la señorita —contestó Jim— pero ignoraba que se tratara de su sobrina.

—El señor Kerry tuvo la amabilidad de acompañarme en su trineo. Pero es una verdadera lástima que cuántos practican su profesión tengan el defecto de ser extraordinariamente curiosos.

Reprimió Jim un leve sobresalto. Miró a Hobson y lo vio observándole atentamente, con una cínica sonrisa en la comisura de sus labios.

—¿Cree que es un defecto? —preguntó mientras su cerebro trabajaba rápidamente, calculando el modo de burlar aquella situación.

—Para un periodista, no; pero lo es para un inspector del Departamento Federal de Investigación.

Indudablemente Hobson adivinó sus intenciones, por cuanto con un gesto de su cabeza le indicó a los que se hallaban a sus espaldas.

—Le prevengo, Kerry, que cometerá una insensatez si intenta resistirse.

Volvió la cabeza y vio a Knitter y dos individuos más apuntándole con sendos rifles.

—Bienvenido, inspector Kerry, a nuestra residencia invernal —habló Knitter con siniestro acento—. Como puede ver, Montana es tierra de recursos, y también de inesperadas situaciones.

A pesar de la sorpresa que acababa de recibir, ni por un instante se desprendió Jim de su habitual sangre fría.

—No comprendo esa actitud en ustedes. —Miró a Ruth Hobson que se había apartado unos pasos y lo observaba con evidente curiosidad—. Tal vez usted, señorita Hobson, podrá ofrecerme una explicación.

Pero fue el propio Hobson quien le sacó de dudas.

—Le ruego que no lo tome a mal, inspector Kerry. Si es usted juicioso podrá volver a su país sin sufrir el menor rasguño. Sólo deberá mostrarse paciente y comprensivo hasta que nuestros fines

se hayan realizado. Y por la marcha que llevamos puedo prometerle que la espera no le resultará demasiado larga.

CAPÍTULO IV

Bajo la amenaza de los tres rifles atentos a sus más insignificantes movimientos, Jim Kerry fue desposeído de la pistola que guardaba en el bolsillo de su chaquetón por el propio Hobson. Sin embargo, ni por un momento se le ocurrió admitir la posibilidad de su derrota. Estaba, eso sí, momentáneamente dominado por aquéllos a quienes buscaba, ya que no le cabía la menor duda que había tropezado con los causantes de aquella serie de crímenes y sabotajes que aterrorizaban la comarca donde se hallaba enclavada la mina; pero experimentaba la satisfacción de haber dado un gran paso en el descubrimiento de aquel enigma que le obsesionaba.

Luego, mientras era conducido a una habitación en la que sólo una pequeña abertura permitía el paso de la luz exterior, dedicóse a pensar en la circunstancia de haber sido descubierta su personalidad a pesar de la reserva seguida por sus superiores en aquel caso. Y ello le dio una medida más exacta de las actividades desplegadas por los componentes de aquella organización.

Oyó cómo corrían el cerrojo por fuera, y los pasos de sus aprehensores se alejaron. Una mirada a su alrededor le bastó para estudiar las condiciones del lugar que se le había destinado como encierro. Solamente la puerta y la pequeña abertura que daba al exterior eran los únicos huecos practicados en aquellas paredes recias y macizas.

Un ruido escuchándose fuera le impulsó a mirar a través de la ventanilla. Tres sombras se alejaban hacia la ciudad, cuyas luces divisábanse a poca distancia de allí. Luego vio que dos personas provistas de una linterna inspeccionaban el contenido del vehículo que dejara a la puerta. Reconoció en una de ellas a la muchacha de rubia cabellera, presumiendo que su acompañante no seria otro que el llamado Hobson. Era indudable que trataban de hallar en él cuántos elementos les permitiera formar una idea más amplia de sus

intenciones respecto de ellos.

Despojóse de la chaqueta de pieles que le molestaba y tumbóse en un especie de camastro que había en un rincón. Necesitaba pensar profundamente acerca de la situación en que se encontraba y tratar de hallar el medio de salir de ella. No podía creer que los propósitos de sus aprehensores fueran los de tenerle encerrado allí por mucho tiempo, ya que por la proximidad de la población resultaba aventurado obrar en dicha forma.

Llevaba algún tiempo en esta tarea cuando escuchó el ruido que producía el cerrojo al ser descorrido. Ladeó la cabeza y vio a Hobson entrar en el cuarto provisto de una «*browning*», con la que le apuntó apenas lo distinguió echado en el camastro. Cerró la puerta tras de sí y acercóse hasta el muchacho sin dejar de observarle un solo instante.

—Siento no poder ofrecerle algo más confortable —le dijo con cierto deje burlón—; pero no hay en la casa nada que ofrezca la suficiente garantía. Un agente del servicio secreto es siempre digno de ser tratado con los mayores miramientos.

—Tiene usted buen olfato, Hobson —le dijo por decir algo—. ¿Tuvo muchas dificultades para enterarse de a lo qué venía?

—Lo supe tan pronto McGuntry lo envió a estas tierras.

—¡Vaya! —exclamó fingiendo sorpresa—. No se me había ocurrido pensar que hubiera algún espía enquistado en el cuerpo.

—Eso ya no puedo revelárselo, Kerry. Aunque si es usted un poco listo posiblemente de con la solución.

Hobson había ido acercándose hasta quedar a sus pies. Y fue entonces cuando Jim comenzó a estudiar la posibilidad de actuar en cuanto advirtiera la menor indecisión en su carcelero.

—He visto a su sobrina trajinando con mi equipaje —añadió haciendo un gesto hacia la ventana—. No puede substraerse a la curiosidad de toda mujer, pero temo que se va a llevar una fuerte decepción.

—Ruth es más lista de lo que parece…

Hobson había desviado por un segundo su mirada hacia la claridad que penetraba a través de la abertura, y sin perder tiempo alguno Jim le propinó en la mano tan formidable patadón que el arma que empuñaba salió despedida por el aire. Inmediatamente y mediante una hábil contracción de sus músculos se enderezó

saltando sobre el desprevenido guardián que se tambaleó por la violencia del impacto recibido.



se enderezó saltando sobre el desprevenido guardian

La resistencia que intentó oponer ya no podía dar el menor fruto. Le había desconcertado la rapidez con que todo había sucedido, y antes de que de sus labios escapara el menor grito el

puño de Jim fue a estrellarse contra su rostro, haciéndole caer al suelo como fulminado por un rayo.

De un salto apoderóse el muchacho del arma. Un golpe preciso en la sien dejó al tío de Ruth convertido en un fardo inerte y privado de todo sentido.

Sin perder un segundo asomóse el joven a la puerta, comprobando que ningún ruido demostraba que en la casa alguien se hubiera apercibido de lo que acababa de suceder. Por otra parte el silencio era tan completo que juzgó poco probable que allí dentro hubiera otra persona que no fuera la propia Ruth.

Efectivamente, la habitación del piso inferior estaba desierta. Miró hacia el banco y se dio cuenta de que ya no se encontraba en él el cuerpo del muerto que a su entrada en la casa viera cubierto con un lienzo.

Por un instante dudó si no se trataría de una farsa preparada por los misteriosos moradores de aquel lugar. Y fue por ello que pudo más en él la curiosidad, y se acercó para echar una ojeada. Y lo que vio aumentó aun más su confusión. Una mancha obscura distinguíase allí donde descansara la cabeza, y al inclinarse para observarla mejor se dio cuenta de que se trataba de sangre coagulada.

Apartóse rápidamente de allí y marchó hacia la puerta. Al pasar junto a la mesa vio la pistola que Hobson le quitara poco antes, y se apoderó de ella.

Aquella aventura había cobrado de pronto un marcado interés. ¿Quién sería aquella persona que llevaba una herida en la cabeza, y que, según los compañeros, había muerto a causa de la viruela?

Sin ningún contratiempo consiguió salir al exterior. El aire frío de la noche contribuyó a calmar en gran parte la excitación que se había apoderado de él.

La nieve, blanda todavía, amortiguaba sus pasos, y así pudo alcanzar la valla que rodeaba la casa. No vio a su trineo automóvil por parte alguna y comprendió que se lo habría llevado alguno de aquellos desconocidos.

De pronto vio brillar una luz entre los árboles del bosque cercano. No le cabía la menor duda de que allí estaba la explicación de la desaparición colectiva de aquel grupo de cazadores.

Sin pensarlo siquiera marchó hacia allá, procurando ocultarse

para evitar ser descubierto.

A menos de una veintena de yardas descubrió a Ruth Hobson al frente de cinco hombres atareados en aquel momento en cavar una fosa en la nieve. Guardaban todos ellos un profundo silencio, lo que daba a la escena un impresionante carácter funerario.

A poca distancia de ellos Ruth Hobson permanecía inmóvil con la mirada fija en el obscuro hueco que sus secuaces esforzábanse en ahondar. Sus facciones antes tan dulces y llenas de encanto poseían ahora la dureza de quien sabe que está llevando a cabo una arriesgada misión y no repara en medio alguno con tal de salir airoso en su cometido.

¿Qué papel desempeñaría aquella mujer, una chiquilla casi, en tan heladas tierras y en compañía de un ser de noble aspecto, aunque déspota y cruel, y de unos cuantos cazadores rudos y decididos a todo, empeñados en una serie de actos de sabotaje y criminales atentados contra pacíficos mineros?

En aquellos momentos Ruth dio una orden y dos individuos se apoderaron del cuerpo que había a un lado. Sin grandes miramientos lo arrojaron en la fosa que acababan de abrir. Seguidamente volvieron a echar en ella la tierra amontonada.

Inmediatamente la extraña comitiva se puso en marcha para regresar a la casa. Ruth Hobson marchaba delante, y los demás la seguían a poca distancia.

Jim se dijo que había llegado el momento de alejarse de allí. Pero en aquel mismo instante un ruido le dio a entender que, procedente de Helena, llegaba a la casa el vehículo que le habían quitado.

Con un poco de suerte podía muy bien recuperarlo, dada la coincidencia de encontrarse todos aquellos personajes fuera aun de la casa.

Efectivamente, los dos hombres que acababan de llegar aguardaron a que se les unieran los que procedían del bosque, y juntos entraron en la vivienda.

Comprendió Jim que debía obrar con mucha rapidez. Apenas el último de los malhechores hubo entrado en el edificio, cuando echó a correr hacia el vehículo y puso el motor en marcha.

Al tiempo de arrancar éste advirtió como la puerta se abría de nuevo y unas sombras se recortaban en el hueco luminoso del

umbral. Dos disparos rasgaron la quietud de la noche, pero ya su trineo se deslizaba veloz hacia las primeras casas de Helena, cuya masa sombría se recortaba en el fondo grisáceo del amanecer.

Sin penetrar en la ciudad desvióse Jim hasta alcanzar el camino de Fort Colbitt. Aun cuando le hubiera sido fácil obtener el apoyo de la policía local para intentar la detención de aquel grupo de terroristas y espías, presumía que de nada le iba a servir. Después de su marcha no habrían esperado un solo minuto a desaparecer de allí y todos sus intentos para encontrarlos hubieran fracasado. Además, a Jim le interesaba desarticular aquella organización atacando el cerebro de la misma, y éste se encontraba indudablemente enquistado entre el personal técnico de la mina en donde se producían los sabotajes.

Había ya amanecido cuando entraba en Fort Colbitt. Inmediatamente se dirigió al puesto de policía, en donde uno de los subordinados de Carlock consumía su turno de guardia.

—Soy Jim Kerry —le dijo—, y necesito enviar un mensaje urgente a Washington. Va dirigido al coronel Buckman, de la Sección de Información Extranjera en el Estado Mayor.

—Está bien —dijo el policía—. ¿Quiere hacer el favor de darme el texto de ese mensaje?

Y tomó un lápiz y una hoja de papel, dispuesto **a** anotarlo.

Jim Kerry quedó pensativo unos instantes. Luego, dictó:

—«Llevo siete horas sin ver a mi novia. Espero impaciente su llegada. —Delaware».

—¿Y éste es el mensaje que desea transmitir? —pregunto su interlocutor, mirándolo con asombro.

—Se trata de un mensaje cifrado —explico Kerry—, y el coronel Buckman ya sabe lo que significa.

El agente movió la cabeza, negando.

—Lo siento, señor Kerry; pero no me es posible acceder a sus deseos. Es una responsabilidad que no puedo aceptar sin orden de mis superiores.

Jim introdujo el índice y el pulgar de la mano derecha entre un pliegue que formaban las pieles de su chaqueta, y extrajo de allí una hoja doblada que entrego al policía.

—Ésta es la orden que me entregó el coronel. Léala usted mismo.

Así lo hizo el encargado del puesto, y apenas lo hubo hecho cuando la devolvió a su dueño.

—Yo ignoraba esto, inspector Kerry —le dijo—. Voy a transmitir ahora mismo su mensaje. ¿Quiere aguardar la respuesta?

—Recójala usted mismo y ya me dará cuenta de ella mañana por la mañana. Añora necesito irme a descansar, ya que me encuentro completamente molido.

Y Jim Kerry abandonó el puesto de policía para dirigirse a su aposento.

Estaba ya el sol muy por encima del horizonte, cuando Jim Kerry se presentó en el cuartel de Carlock. El sargento se encontraba, como de costumbre, llevado de los diablos, maldiciendo contra algo y reprendiendo descompuesto a uno de sus subordinados.

Al darse cuenta de la presencia de Jim pareció cambiar su actitud y carraspeó como si se hallara turbado.

—¿En dónde estuvo metido? —preguntó, esbozando una sonrisa, que, a pesar de sus esfuerzos, adivinábase fingida.

—No marché a Great Falls como me proponía —respondió tranquilamente el muchacho—. Me entretuve acompañando una muchacha hasta Helena y allí he pasado casi toda la noche.

Carlock se le quedó mirando fijamente. Luego se acercó a la mesa y tomó un papel que allí había.

—Ésta es la respuesta al mensaje que mandó anoche —le dijo, entregándoselo—. Conque había venido aquí para cazar, ¿eh?…

Jim tomó el papel, sonriendo, y replicó irónico:

—Nunca dudé de su perspicacia, sargento.

«Annie ha llorado de emoción. Te envía dos abrazos y un largo beso. —Wyoming».

Ésta era la respuesta de Buckman a su mensaje de aquella madrugada.

—Supongo estará satisfecho por el radiograma que le han dirigido —observó Carlock, mirándolo de reojo.

Jim se lo alargó para que lo viera.

—Puede ver que se trata de algo muy familiar.

—Ya me di cuenta al recibirlo. Sin embargo, ya sé que ustedes, los del Servicio Secreto, operan con clave… —Se encogió de hombros, desdeñosamente—. Espero que sean buenas noticias.

—Sí, son buenas. Sin embargo, no comprendo bien el final. No obstante, sé que recibirá órdenes para colaborar con nosotros. He podido comprobar que los sabotajes en la mina y los crímenes que aterrorizan este comarca no son obra de un maniático, sino de una amplia organización terrorista indudablemente al servicio del enemigo. Y va a ser necesario disponer de elementos suficientes para combatirlos. ¿De cuántos hombres dispone usted, Carlock?

El sargento, cuyo semblante habíase transfigurado al oír las palabras de Kerry, quedó pensativo antes de contestar.

—Con los cinco hombres que hay destacados en la mina puedo poner a su disposición hasta una docena de ellos.

—Serán suficientes. Le avisaré tan pronto los necesite.

—Un momento, Kerry —le atajó Carlock, al ver que se disponía a salir—. Ahora que ya sé a lo que ha venido, tal vez le interese saber algo que pueda tener relación con este asunto. Se trata de unos mensajes que frecuentemente se cruzan no lejos de aquí. Indudablemente proceden de emisoras portátiles.

—¿Tomó nota de ellos?

—Desde luego: pero deben estar, asimismo, cifrados, ya que, por más vueltas que les doy, no consigo comprenderlos.

Jim quedó reflexionando unos segundos.

—Deme los que han captado en todo el día de ayer.

Carlock sacó de uno de los cajones de la mesa un bloc de notas y lo mostró al muchacho.

—Estos tres que hay en esta hoja son los recibidos últimamente. Llevan anotadas las horas de su recepción. Véalas: veintiuna quince, veinticuatro dieciocho y seis veintitrés. Este último, captado ya esta madrugada. Además, hará aproximadamente un par de horas se ha captado un nuevo mensaje, que es el que encontrará en la hoja siguiente. El primero y el último proceden de una emisora con característica Z.
M-123,
y los otros dos, de la más lejana, con llamada R.

W-505.

Jim leyó detenidamente lo escrito en la libreta, y una sonrisa apareció en sus labios.

> «El lince abandona la guarida. Lleva pista 83».

El segundo mensaje no era menos expresivo que el primero, y correspondía a la respuesta de la otra emisora:

> «El cepo sujeta las patas traseras del lince. ¿Es aprovechable su piel?».

La misma emisora transmitía seis horas más tarde la siguiente comunicación:

> «El lince consiguió escapar. Ha sido preciso abandonar cepo y utilizar pista 72».

Finalmente, desde un punto cercano a la factoría, alguien había transmitido aquella misma mañana el último de los mensajes.

> «El lince ha regresado a su madriguera. Estaré al acecho. Walter, enfurecido».

—Muy interesante —comentó Jim Kerry—. ¿Adivina, sargento, quién es ese lince?

—No lo comprendo del todo. Es indudable que…

—Ese lince soy yo, y en estos mensajes está reseñada toda mi aventura de esta noche. ¿Tiene inconveniente en dejármelos unas horas para poder tomar algunas notas?

—Yo mismo haré que saquen una copia para usted. No hará falta molestarse, inspector Kerry.

—Se lo agradezco, Carlock. Tal vez más adelante necesite de usted y de sus hombres. Ya recibirá una comunicación de sus jefes en tal sentido. Entretanto, le ruego la mayor discreción.

—Entendido, inspector.

Y, estrechando su mano, Jim Kerry salió del cuartel de la policía

para ir a ver a su amigo Logan.

En la mina se advertía cierta efervescencia, indudablemente derivada de los acontecimientos últimamente en ella registrados. Le costó algún trabajo dar con Logan. Se encontraba inspeccionando las galerías, y hasta él fue acompañado por uno de los agentes que Carlock tenía destacados en la «Daystar».

—¡Hola, Jim! —le saludó, apenas lo vio llegar—. No creí que regresaras tan pronto de Great Falls. ¿Hay alguna novedad?

—Esto ha comenzado a moverse, Logan. Tropecé con una partida de cazadores que velaban un muerto en una casa de las afueras de Helena. Allí se encontraba, también, un raro personaje llamado Hobson, a cuya sobrina acompañé en un trineo. El caso es que me tendieron una celada de la que logré salir por milagro.

—¿Y no se te ocurrió acudir a la policía de Helena? —preguntó Logan, interesado por el relato del joven.

—En un principio estuve a punto de hacerlo; pero luego comprendí que con ello solo conseguiría espantar la caza. Quiero obrar por mi cuenta hasta donde me sea posible, ya que lo que me interesa es descubrir el cabecilla de esta organización. Y quitándole de en medio sus peones sólo conseguiría hacer que se mostrara más cauto y obrara con mayor astucia.

—Posiblemente tengas razón, Jim —murmuró Logan, pensativo.

—Por el momento hay dos o tres personajes que me interesa estudiar. Me refiero a ese Hobson y su sobrina, así como a un individuo de larga barba obscura y que dice llamarse Knitter. Claro está que todos sus nombres deben ser supuestos. El tal Hobson, lo mismo que la muchacha, hablan con cierto acento extranjero.

Logan apoyó una mano en el hombro de Jim.

—Esto es muy interesante, Jim —le dijo—. McGuntry me escribió explicándome su plan y rogándome te diera toda clase de facilidades para desenvolverte por aquí. Claro está que fuera de la mina no tengo jurisdicción; pero si necesitas de mí o de alguno de mis hombres puedes disponer a tu antojo.

—Gracias, Logan: pero creo que conseguiré salir del paso con los refuerzos que me envía el coronel Buckman y con la ayuda de Carlock.

—¿Va a venir alguno de tus compañeros?

—La comunicación del coronel informa de que envía dos

agentes.

—Bien, Jim. Posiblemente estos refuerzos lleguen cuando la cosa lo requiera. Por aquí las complicaciones van sucediéndose una tras otra. Esta mañana dejaron de presentarse veintitrés hombres al trabajo. Y mucho me temo que a ellos se unan algunos más.

—¿Ha ocurrido algo?

—Ayer murieron cinco obreros en la galería 2.

—¿Otra explosión?

Logan denegó con la cabeza. Quedose mirando a un grupo de mineros que en aquel momento pasaban cerca de ellos.

—Fue algo peor. La muerte la produjo un gas tóxico cuya naturaleza no ha sido posible precisar. Fue algo horrible, ya que la galería 2 desciende casi verticalmente hasta una profundidad de cincuenta pies. Cuando nos apercibimos de que algo anormal sucedía, ya era demasiado tarde para auxiliar a los infortunados. Ahora mismo acabo de realizar una inspección en la galería, pero no me ha sido posible observar nada que pueda dar una orientación.

—Creo, Logan, que esto está lleno de espías y saboteadores. Sería conveniente realizar una investigación a fondo del personal que trabaja en la mina.

—No es una tarea fácil, Kerry. Es sabido de todos que el 70 por 100 de los mineros lo integran gentes huidas de otros países y que llegaron aquí en busca de oro o para dedicarse a la caza. La mayoría llevan en el Norte muchos años, pero ello no les exime de ser fácilmente sobornables por quien pueda pagar bien sus servicios.

—¿Y entre el elemento técnico?

—Yo mismo respondo de él. Conozco a cuántos lo integran y sé que en su conducta nada hay que deje que desear. Además, en su selección intervino el Departamento de Estado.

—¿Y ese Bizraj?

—Sabía que me ibas a preguntar por él —sonrió Logan—. También en un principio me sucedió a mí lo mismo; pero no tardé en convencerme que nada tenía que ver con cuánto sucedía.

—Esto simplificará mi trabajo, Logan.

Logan lo cogió del brazo y lo llevó hacia una de las bocas que se abrían en la base de una ingente montaña de roca.

—Voy a echar una ojeada ahí abajo, Jim. Tengo el propósito de

que mañana mismo se empiece a trabajar en esta parte, y prefiero asegurarme de que todo está en orden. ¿Quieres venir conmigo?

—Siempre es interesante visitar una mina y meterse cincuenta pies bajo tierra —rió Jim, divertido.

Entraron en el ascensor y el mismo Logan movió la palanca de descenso. Inmediatamente la plataforma comenzó a descender por las profundidades de la mina. El ingeniero había tomado dos de las lámparas que había en el ascensor y las había encendido. Entregó una a Jim y conservó la otra para sí.

Un silencio sepulcral reinaba en aquellas entrañas. La atmósfera era templada, pero hacía dificultosa la respiración.

—¿Llevas pistola? —preguntó Logan.

—Sí, la llevo siempre dispuesta. ¿Crees que es necesario?

—Yo ya no sé lo que creer, Jim. Ocurren cosas tan sorprendentes…

Logan marchaba delante inspeccionando detenidamente las paredes y el techo de la galería. Así, sin pronunciar palabra, recorrieron las veinte primeras yardas, hasta que una bifurcación les salió al paso.

—Tú puedes ir por la derecha mientras yo tomo el ramal de la izquierda —sugirió Logan—. Volveremos a encontrarnos no lejos de aquí. Observa, sobre todo, las paredes y el armazón de la bóveda. Cualquier cosa que adviertas fíjate en su emplazamiento para revisarla yo luego.

Separáronse los dos hombres, y Jim Kerry tomó la dirección designada. La galería parecía allí estrecharse sensiblemente hasta apenas permitir el paso de dos personas juntas.

Jim temió haberse equivocado, y ya iba a retroceder, cuando observó que las paredes volvían a ensancharse hasta desembocar en lo que parecía una plazoleta de regulares dimensiones. A ella confluían otras galerías; indudablemente por una de aquellas bocas aparecería a no tardar la figura de Logan.

Iba a seguir avanzando, cuando le pareció que una sombra se movía pegada al muro. El resplandor de su linterna no le permitía, no obstante, asegurarse de ello, Jim Kerry se detuvo. Y entonces vio cómo una mano que empuñaba un arma se levantaba, apuntándole.

Instintivamente saltó Jim hacia atrás, al tiempo que arrojaba la linterna hacia el misterioso emboscado. La detonación repercutió

con violencia entre aquellas paredes, al tiempo que la linterna rodaba por el suelo, apagándose. Casi en el mismo instante una masa de tierra y piedras se desprendió del techo con gran estrépito.

Jim Kerry echó a correr a ciegas hacia la plazoleta, y al tropezar con una de las paredes se detuvo, agazapándose. Una atmósfera irrespirable invadía aquel lugar. Jim sintió como su rostro se llenaba de copioso sudor y una especie de vértigo inundaba su cerebro. Había recibido un fuerte golpe en la cabeza, al hundirse la galería, y notaba como un extraño malestar íbase apoderando de su ser.

Llevó la mano a su bolsillo y sacó la automática. Entonces recordó la linterna miniatura que llevaba en un departamento interior de la americana.

Trató de aguzar el oído, pero el silencio volvía a ser impresionante. ¿Cómo era posible que Logan no hubiera todavía acudido al oír la detonación y el estrépito del derrumbamiento?

Entonces le pareció oír un leve roce en la pared, enfrente mismo de donde se hallaba. Preparó la pistola y dirigió hacia aquel lado la linterna de bolsillo. Luego, apretó el botón.

Un haz de brillante luz rasgó las tinieblas, yendo a proyectarse exactamente sobre una figura vestida de negro y cubierta con amplio capuchón que le dejaba oculto su rostro. Al verse sorprendida dirigió su revólver hacia la luz con ánimo de disparar, pero Jim fue más rápido y oportuno, consiguiendo hacer saltar el arma de la mano que la empuñaba.

Y en aquel preciso momento el inspector Kerry reconoció a su agresor. El brusco movimiento echó hacia atrás la capucha que cubría su cabeza, y una cascada de oro desprendióse sobre los hombros, mostrando la faz desconcertada y altiva a un tiempo de Ruth Hobson, la misteriosa sobrina de Lord Hobson.

—¡Quieta! ¡No se mueva usted! —gritóle Jim, al tiempo que se incorporaba.

Sin dejar de apuntarla acercóse a la muchacha. Ahora, la mirada de sus obscuras pupilas era una extraña amalgama de soberbia y de ira que un poderoso esfuerzo intentaba reprimir.

—¡Muy bien, señorita Hobson! No recuerdo haberla citado en un lugar tan poco acogedor. Créame sinceramente que sentí en el alma no poder despedirme de usted. Mi marcha fue un poco precipitada

y, desde luego, indigna de la hospitalidad que tan desinteresadamente me brindó.

Ruth Hobson lo observaba en silencio. Hubo un momento en que intentó ensayar una sugestiva sonrisa, pero desistió en seguida. Sabía que los agentes del Servicio Secreto eran inmunes a tal género de asechanzas, y aquel inspector Kerry no parecía diferir gran cosa de los otros.

—Bien, inspector. Termine ya de una vez y diga lo que desea de mí.

—Me ha tratado con muy poca consideración, señorita Hobson —sonrió el muchacho, mientras avanzaba un paso más hacia ella—. Si llego a descuidarme, a estas horas estaría materialmente aplastado bajo esas piedras que obstruyen la galería.

—Lo siento; pero no fue otra mi intención —replicó, fríamente.

—Bueno…, al menos hay sinceridad en sus palabras. Y en una mujer de su condición es prueba inequívoca de que tiene cierto concepto del honor y de la dignidad.

—¿Qué es lo que pretende insinuar? —Desafiole Ruth, con un centelleo de odio en la mirada.

—No sé… No la conozco todavía bien para aventurar un juicio que podría resultar equivocado. ¿Es usted americana?

La joven no contestó.

—Eso me confirma que trabaja por un puñado de monedas —siguió Jim, con un deje de desprecio.

—¡No es cierto! —exclamó la joven—. ¡Yo no soy una espía vulgar que vende sus servicios por dinero! Mi trabajo, como pueda serlo el suyo, nace de un sentimiento muy hondo…

Se mordió los labios, comprendiendo que lo que el joven intentaba era averiguar sus móviles y la importancia de la organización de la cual formaba parte.

—Está bien. No es usted compatriota mía. Y créame que me alegro de ello. Tampoco puedo creer que sea japonesa, ya que su aspecto no invita a clasificarla entre esas razas de Oriente. ¿Es usted alemana?

Ruth Hobson permaneció inmutable.

—¿Tal vez austríaca, húngara, italiana, polaca…? Está bien. Sé que es usted extranjera, y ello me basta. Una aventurera que no vacila en arriesgar su vida para ofrecerla al servicio de una causa

que considera justa. Le ha tocado ahora perder la partida y debe aceptarlo lealmente.

En los labios de Ruth apareció una sonrisa que Jim no supo si clasificar como de compasión o de escepticismo.

—Ahora vamos a salir de aquí, señorita Hobson. Mi amigo Logan no debe estar muy lejos, y siento ya necesidad de respirar un poco del aire puro de la superficie. ¡Qué diablos! Yo no he nacido para llevar una vida de topo metido en estas profundidades.

—Eso quiere decir que debo guiarle, ¿no es así? —preguntó Ruth, con sorna.

—Es usted más lista de lo que me imaginaba —sonrió Jim—. No olvide que está usted en mis manos y que en ellas tengo unos argumentos muy convincentes para disipar sus dudas. Pero le aseguro, señorita Hobson, que siento verdaderos escrúpulos de verme obligado a comportarme así con una señorita… Ruth Hobson es un bonito nombre. ¿Cómo se le ocurrió elegirlo?

—Me gustó, sencillamente —sonrió ella por primera vez, con cierta coquetería—. Siga llamándome así; el mío le costaría un horror pronunciarlo.

—No lo dudo —rió Jim.

Y comenzó a seguir a la joven, que se dirigía hacia una de las galerías de la izquierda.

—Le prevengo —advirtióle Kerry— que, a la menor sospecha, dispararé contra sus lindas espaldas. No soy de esos que creen a pies juntillas cuánto les dice una mujer hermosa.

Ruth se volvió un momento hacia él.

—Antes pudo hacerlo, y, sin embargo, limitóse a quitarme el revólver. ¿Por qué obró así?

—Necesitaba capturar a una persona viva. Los muertos no sirven para nada.

Vio cómo los labios de la joven se movían agitados por un ligero temblor.

—Hubiera sido preferible… para mí. —Y de pronto echóse a reír —. Tira usted muy bien, inspector Kerry. ¿En dónde aprendió a manejarlo con tanta habilidad?

—Soy tejano… —respondió—. Cuando un tejano viene al mundo ya le colocan sobre los pañales un cinturón con su revólver y cartuchos.

Ruth rió de buena gana, y al contemplarla sintió Jim una verdadera conmiseración por ella. ¿Por qué el Destino se complacía en barajar las vidas con tanta crueldad? En apariencia, era Ruth una frágil y esbelta criatura, dotada de todos los encantos apetecibles en una mujer. Pero la realidad la había convertido en un peón más sobre el inmenso tablero de aquella espantosa conflagración que azotaba la Humanidad.

Guardó silencio y ya no tuvo valor para seguir bromeando. Era aquella situación demasiado trágica para ignorar las consecuencias que de ella iban a derivarse.

—Siga adelante —le dijo, con voz apagada—. Y no olvide que estoy prevenido para cualquier treta que intente jugarme.

La galería fue ensanchándose hasta desembocar en una especie de callejón cuya pared izquierda cortábase bruscamente para mostrar una sima por cuyo fondo debían correr las aguas de algún rió subterráneo, a juzgar por el rumor que hasta allí ascendía.

—¿Que es esto? —Inquirió Jim, intrigado, mirando a la muchacha.

—Es un precipicio. Tenga cuidado no caerse. No volverían a saber de usted.

Desvió por una fracción de segundo el haz luminoso y vio una negra cortadura que abría sus fauces a una yarda escasa de donde se encontraba. Y en el mismo instante comprendió Jim lo imprudente de su acción.

Presintió, más bien que advirtió, la presencia de alguien que, saltando desde la pared opuesta, se arrojaba sobre él. La linterna se le escapo de la mano y fue a rebotar en el suelo, hasta caer al fondo del abismo. Y rápidamente lanzóse en dirección opuesta, yendo a chocar contra las piernas de su agresor en el mismo instante que una detonación atronaba aquellas profundidades.

Agarróse Jim con fuerza a las piernas del desconocido y trato de apoderarse de su brazo. Entonces sintió como una mano atenazaba su cuello con tal fuerza que las sienes comenzaron a latirle con violencia y una angustiosa sensación le invadió. Pero conocía demasiado bien las artes del profesor Tsai, en la Academia de la Escuela, para amilanarse.

Un fuerte directo al costado fue suficiente para que por un instante la presión de aquella mano cediera. Retorcióse sobre sí

mismo y fue a quedar sobre el cuerpo de su contrincante.

La lucha en la obscuridad, al borde mismo de aquella sima, de cuya magnitud le daba una idea el apagado rumor del agua que brincaba por su pedregoso cauce, tenía caracteres de verdadero dramatismo. Y lo peor de todo era que en el ardor de la lucha el sentido de orientación se veía perturbado de tal manera que ya no sabía si el abismo se hallaba a su derecha o a su izquierda. Sólo el murmullo del agua le daba idea de su pavorosa presencia.

Había conseguido librarse del mortal abrazo de su enemigo, y ahora lo tenía casi dominado, retorciendo su brazo hasta obligarle a revolcarse furioso. Un fuerte golpe acusado en el estómago le hizo comprender que el otro no era, precisamente, un novato en la lucha. Y, enardecido, lanzó al azar un formidable derechazo que se estrello en la cabeza de su rival, inmediatamente sus manos se aflojaron y lo sintió desprenderse.

Un grito penetrante rasgó la quietud de la galería. Jim se puso en pie y aguardo, vigilante, la llegada de un nuevo ataque. Pero sólo le respondió el apagado choque de un cuerpo estrellándose en la traidora profundidad de la sima.

Un frío sudor le invadió. Agachóse lentamente y comenzó a tantear el terreno a su alrededor. Frente a él estaba el abismo. Un solo pie le faltaba para lanzarse en sus abiertas fauces. Y el solo pensamiento de seguir la suerte del oculto atacante le produjo un irreprimible estremecimiento.

Ahora necesitaba orientarse y tratar de salir de allí. Pero en aquella impenetrable obscuridad la tarea no se le presentaba demasiado factible. No se preocupaba por Ruth Hobson, ya que tenía la seguridad que desde el primer momento había huido lejos de ahí, y ahora se encontraría escondida en alguno de sus rincones o, muy posiblemente, fuera de aquel antro diabólico.

Fue tanteando por el suelo de la galería hasta dar con la pistola, que perdiera al principio de la lucha. Ahora lo que más importaba era salir cuanto antes de aquellos lugares. Pero… ¿por dónde estaba el verdadero camino? Además, ¿eran Ruth Hobson y su atacante los únicos emboscados en aquel dédalo de galerías, y no le reservarían una nueva sorpresa antes de conseguir su propósito de salir de allí?

Decidió seguir adelante. El único camino que le había llevado allí estaba obstruido por el desprendimiento de tierras y confiaba

que en alguna parte terminarían los pasadizos. Pero tenía que hacerlo tanteando las paredes y guiándose de su oído para evitar ser sorprendido como acababa de sucederle.

Sin embargo, no tardo en darse cuenta de que su intento era completamente inútil. Numerosas galerías cruzábanse con la primera y cualquiera de ellas podía conducirle a una muerte espantosa.

Cambió de parecer y opto por volver al punto de partida. No se había fijado gran cosa en los lugares atravesados durante los contados minutos que marcho en seguimiento de la sobrina del pretendido Lord Hobson, y ahora, orientarse en la obscuridad, era poco menos que imposible. Cuanto más avanzaba, más su animo se llenaba del convencimiento de que seguía un camino erróneo.

De pronto le pareció distinguir un tenue resplandor. Continuó en aquella dirección, no tardando en comprobar que se trataba de luz natural.

Efectivamente, a poca distancia la galería terminaba en una estrecha abertura desde la que se divisaban las instalaciones de la mina.

Jim echo a correr hacia allá, y no tardo en descubrir un grupo de mineros que se agolpaban alrededor de algo.

Al llegar junto a ellos descubrió a Logan. Llevaba un pañuelo anudado alrededor de la cabeza y estaba manchado de sangre. Nel Logan estaba hablando en términos de gran excitación.

En aquel momento lo vio acercarse. Lanzó una fuerte exclamación, y, sin tratar de ocultar su asombro, se dirigió a el con los brazos extendidos.

CAPÍTULO V

—¿Por dónde diablos has podido salir? —exclamó Logan, reflejando su semblante la satisfacción que experimentaba al volver a encontrarse con Jim—. Ahora mismo estaba reuniendo a un grupo de mineros para bajar en busca tuya.

Jim señaló hacia el final del valle, por donde había conseguido salir al aire libre.

—Estuve dando vueltas por un laberinto de galerías. Al fin di con una salida providencial por la parte de la barranca ésa.

—Ahora entiendo… —murmuró Logan, mirando en aquella dirección.

—¿Qué te ha sucedido, Nel? —preguntóle el muchacho, señalando la herida de la cabeza.

Logan lo cogió de un brazo y lo llevó lejos de allí. Antes se volvió a los mineros y les dio algunas ordenes para que bajaran a las galenas de la mina y examinaran el hundimiento provocado.

—Alguien estaba oculto allí abajo, Jim —le dijo, mientras caminaban hacia los pabellones de los ingenieros—. Al ir a pasar se abalanzo sobre mi y me dio un fuerte golpe en la cabeza con un instrumento muy duro. Me di cuenta una fracción de segundo antes de que me atacara, y por ello conseguí esquivarlo en parte. De lo contrario, no estaría aquí contándolo.

Luche con él, pero consiguió escapar.

—¿Oíste una explosión? —preguntóle Kerry.

—Sí; me pareció oír como un disparo, seguido de un gran estrepito. Comprendí que había habido un desprendimiento. Pero me encontraba a obscuras, ya que la linterna se había apagado y no conseguía encontrarla. Tras varias tentativas logre dar con el ascensor y subir a la superficie. Ahora mismo estaba organizando una partida para salir en busca tuya.

—Todo esto es muy interesante —opinó Jim Kerry— pero no lo

es menos lo que me ocurrió a mí.

Y procedió a relatar a Logan la aventura de la que fue protagonista en las entrañas de la tierra en colaboración con la misteriosa *Miss* Hobson.

—Es indudable que estaban tramando algo, y nuestra llegada los sorprendió… —comento Logan—. Ahora recuerdo que esa galería se comunica con las primeras excavaciones realizadas al otro lado de la montaña y que no ofrecieron muy buenos resultados, por lo que se abandono la perforación por aquella parte. Esa gente debió entrar por allí, esperando encontrar el camino libre para sus fechorías, y por ello nuestra llegada los sorprendió.

—Es preciso registrarlo todo cuidadosamente —sugirió Jim—. No es posible que la muchacha haya podido salir, a menos que exista otra salida oculta. También será preciso explorar la sima a la que cayo mi atacante. Si conseguimos hallar su cuerpo podremos obtener alguna luz en este endiablado asunto.

Logan quedo unos instantes pensativo. Miro hacia el grupo de mineros, que, provistos de herramientas y algunos rifles, estaban entrando en la mina.

—Habrá que ir en busca de más gente. Posiblemente habrá más trabajo del que nosotros creemos.

—No me cabe la menor duda. Además, la techumbre no parece ofrecer demasiada seguridad. Tengo la impresión de que el disparo que hizo esa mujer no iba destinado a mí, sino a provocar la caída de una masa de tierra y piedras que se sostenía por verdadero milagro. Con toda probabilidad ya todo lo tenían dispuesto para una ocasión semejante.

El ingeniero guardó silencio y aplicó su mano a la herida de la cabeza.

—Voy a bajar ahora, Kerry. Puedes, entretanto, ir a la galería 5 y avisar a los agentes de servicio que te acompañen en la exploración de la galería por la cual has salido. Te aguardaré junto a la cortadura por donde cayó ese hombre.

Así lo hizo Jim, y en unión de los dos guardas que halló penetró por la misma abertura que le permitió abandonar las galerías de la mina. Iban provistos de potentes linternas, por lo que en pocos minutos dieron con el lugar en donde Logan y sus mineros buscaban el cuerpo del desaparecido.

—¿Qué novedades hay, Logan? —preguntóle cuando, al poco rato, los mineros le sacaron izándole hasta el borde.

—Ahajo no hay nadie —contestó—. La corriente es bastante impetuosa y cabe admitir que arrastró el cuerpo de ese hombre.

Todavía continuó durante media hora la búsqueda por las galerías, pero no hallaron en ellas el menor rastro de Ruth Hobson. Parecía, asimismo, que la tierra la hubiera tragado.

Cuando ya de nuevo se vieron en la superficie, Logan y Kerry se dirigieron hacia los pabellones en donde se hallaban instalados los laboratorios.

—Voy a que el doctor me vea esta herida —le dijo el ingeniero —. La cabeza me duele horriblemente.

Jim le tendió la mano y se alejó de allí para regresar al poblado. Cuando había recorrido unos veinte pasos se volvió al oír que Logan lo llamaba.

—¡Eh, Jim! —gritó—. ¡Me gustará conocer a esos dos compañeros que vienen para ayudarte! ¿Lo recordarás?

Agitó una mano en señal de conformidad y siguió caminando. Pero su pensamiento estaba fijo en la extraña mujer que sorprendiera en la galería, vestida de negro y con una amplia capucha ocultando el oro de su magnífica cabellera.

Cuando llegó a la factoría halló al sargento que lo estaba aguardando con un papel en la mano.

—Acabo de recibir un mensaje para usted, inspector —le dijo, entregándoselo—. Espero que sean buenas noticias.

—¿Qué dice? —preguntóle Jim, sin molestarse en desdoblarlo.

—Pues… —vaciló Carlock—. Yo mismo lo recibí, inspector Kerry. Dice algo por el estilo de: «El búho lanza por dos veces su grito al amanecer. —Wyoming».

—Muy bien —contestó Kerry—. Eso está clarísimo. Esta misma noche dos agentes, compañeros míos, llegarán al poblado. Confío en que sabrá recibirlos con la discreción que se merecen. Ellos también vienen de caza, sargento Carlock.

Media hora después se encontraba en la factoría comiendo con verdadero apetito. Luego marchó a su departamento y estuvo trabajando en él hasta mediada la tarde, en que salió para dirigirse hacia la «Daystar».

Sin embargo, no llegó hasta las mismas instalaciones. Media

milla antes desvióse dando un ligero rodeo hasta ganar la ladera opuesta de la montaña en donde se efectuaban las perforaciones. Comenzaban a caer algunos copos de nieve y tenía interés en explorar toda aquella parte antes de que la nevada arreciara.

Halló dos boquetes abiertos en la roca, antiguas perforaciones, sin duda, abandonadas a causa de su escaso rendimiento. No pudo encontrar la menor huella en la nieve, y por ello desistió de explorarlas.

Más al norte encontró el curso de un riachuelo. Emergía de una oquedad en la roca que permitía muy cómodamente el paso de una persona. Siguiendo su curso podía muy bien salir uno cualquiera de las profundidades de la mina sin dejar huella alguna. Posiblemente era aquél el mismo cuyo rumor escuchara desde el borde de la cortadura y, muy probablemente, el camino elegido por Ruth Hobson y sus compinches para entrar y salir de allí.

Llegóse hasta la mina y preguntó por Logan, pero le dijeron que había salido a media tarde y que todavía no había regresado.

Cuando regresó a Fort Colbitt era ya de noche. Las débiles luces que surgían del interior de las viviendas apenas si podían taladrar la cortina de nieve que caía a su alrededor. Se dirigió a su departamento, y ya iba a entrar en él cuando advirtió impresas en la blanca alfombra las huellas de un pie femenino.

Su corazón comenzó a latir descompasadamente, y a su imaginación acudió al instante un nombre y un rostro aureolado de rubia cabellera: Ruth Hobson. La extranjera había ido a su cabaña y todavía se encontraba en ella.

Agachándose cuanto le fue posible rodeó la construcción de troncos, pero por ninguna parte aparecían las huellas que viera a la entrada.

Volvió a la puerta y sacó su revólver. Le repugnaba obrar así ante una mujer, y menos aun ante una mujer tan delicadamente femenina y encantadora como era Ruth Hobson.

Abrió la puerta con sumo cuidado, y sus ojos, habituados a la obscuridad, distinguieron una figura inmóvil en un rincón y de espaldas a él rebuscando entre unos papeles.

En aquel momento una de las tablas crujió y la figura inició un rápido movimiento. En una fracción de segundo comprendió Jim que iba a disparar contra él. Pero en aquella obscuridad no podía

repetir la hazaña de la galería sin exponerse a matar a Ruth. Y, a pesar de que estaba en su derecho, prefirió abstenerse de usar el arma que empuñaba y arrojóse de un salto sobre la muchacha, yendo a rodar ambos por el suelo de la habitación.

Una masa de pieles revolvióse bajo su abrazo y un grito sofocado fue la única reacción de su prisionera. Inmediatamente profirió una exclamación de triunfo, y, sacando su linterna de bolsillo, apretó el botón del conmutador.

La luz fue a dar sobre una amplia caperuza de piel. Con un brusco movimiento la echó hacia atrás, y una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

—¡Molly!

Ante sus asombrados ojos el rostro de Molly Burns parpadeaba haciendo guiños a la luz deslumbrante de su linterna, mientras jadeaba por el esfuerzo que había tenido que realizar.

—¿Estás loco? —le chilló—. ¿Éstas son maneras de recibir a un compañero que viene en tu ayuda?

—¡Pero, Molly!… —balbució Jim, ayudándola a levantarse—. ¿Cómo diablos iba yo a suponer que no eres Ruth?

—¡Ah, vamos! Conque Ruth, ¿eh?…

—Ruth es…, no es lo que supones. Déjame que te explique…

—¡Bonita manera tienes de jugar con las muchachas de este lugar! —chilló Molly Burns, sin darle tiempo a justificarse—. ¿Es de este modo como os saludáis al encontraros?

Jim hundió las manos en los bolsillos, guardando la linterna y la pistola que había sacado. Luego se acercó a la lámpara de petróleo y la encendió.

—Spander me prometió montar la instalación de la luz; pero por ahora tengo que conformarme con esto.

Molly se acercó a él y se le quedó mirando fijamente.

—Estoy aguardando una justificación tuya.

—Eso es, exactamente, lo mismo que espero yo. ¿Qué estabas haciendo en mi habitación y por qué se te ha ocurrido venir a este lugar?

—Primero me dirás quién es Ruth… ¿cómo dijiste?

—Sólo dije Ruth. Su apellido es Hobson; pero en realidad ni se llama Ruth ni Hobson.

—¿Cuál es su nombre?

Jim se encogió de hombros.

—No lo sé. Lo único que conozco de ella es que se trata de una espía enemiga.

—Pues el abrazo que me diste no parecía indicar eso, precisamente.

Jim dejóse caer en una silla, con gesto de cansancio.

—Ahora ya lo sabes todo. Esa mujer es una de las personas complicadas en un feo asunto de espionaje y que ando buscando todo el día. Al llegar aquí, a obscuras, y verte revolviendo en ese rincón, creí que se trataba de ella, y… lo demás ya lo sabes. No era correcto disparar contra una mujer indefensa.

—En eso estoy conforme —sonrió Molly—. No me hubiera hecho ninguna gracia un recibimiento atronador.

—Ahora te toca a ti. ¿A qué has venido a Montana?

Molly sentóse frente al muchacho. Habíase desprendido de su chaqueta y vestía un cómodo y práctico equipo de buen paño.

—McGuntry me dio unas vacaciones, y creí que una temporada de descanso en Fort Colbitt no me vendría mal.

—Precisamente en Fort Colbitt.

—Me dijiste, al partir, que no había mujeres —recordóle Molly —. ¿Y qué lugar mejor que éste para unas tranquilas vacaciones?

—No se te ocurrió siquiera mandar un aviso.

Molly movió la cabeza, denegando.

—Lo hizo el coronel. ¿Acaso no recibiste el mensaje?

—Sí; pero Buckman decía que mandaba dos abrazos: es decir, dos agentes.

—¿Nada más?

—Sí, ahora recuerdo. También enviaba un largo beso. Entonces…

Molly Burns guiñó un ojo, maliciosamente.

—Yo soy ese largo beso, Jim. ¡Qué cabeza la tuya! Un beso, en el mensaje con clave, supone un agente femenino. ¿Comprendes?

—Ahora, sí —murmuró, asintiendo—. No estoy muy de acuerdo con los agentes femeninos, y por ello nunca me preocupé de su traducción en clave.

—Entonces, ya lo sabes, Jim. He venido dispuesta a trabajar. Esta misma noche llegarán Lart y Tony Laky.

—¡Magnífico! —exclamó Jim, poniéndose en pie—. Los dos

podrán salir inmediatamente para vigilar los dominios de Lord Hobson. Luego saldré yo para averiguar algunas cosas que me tienen intrigado.

—¿Y en qué consistirá mi trabajo, Jim? —preguntóle la muchacha, con cierto mimo.

—Tendrás la parte más difícil y complicada —respondió, tranquilamente—. Guisar para tres y lavar la ropa de todo el
F. B. I.
destacado en Fort Colbitt. Es lo menos que puede pedirse a toda mujer que aspire al matrimonio.

A una milla y media del poblado, y en la carretera que procedía de Helena, el zumbido de un automóvil dejóse oír, al tiempo que los haces de los faros raspaban la densa obscuridad.

Jim Kerry encendió la linterna que llevaba preparada y la agitó un instante, dejándola balancearse en el aire, hasta que el chirrido del vehículo le indicó que estaba deteniéndose.

Acercóse a él y adelantó el brazo que sostenía la linterna, hasta iluminar las facciones de sus ocupantes.

—¿Bill…, Tony?… —preguntó.

—¡Jim! —exclamó una voz, con alegría—. Debí imaginarme que eras tú.

Estrecharon efusivamente sus manos, y Jim Kerry subió al vehículo, sentándose junto a Bill Lart. Dieron un largo rodeo para evitar las casas del poblado y detuviéronse a poca distancia del cuartel de policía.

Entraron en él y hallaron al sargento Carlock sentado a su mesa de trabajo.

—Los agentes Lart y Laky —presentóles Jim—. Para todos los demás, unos simples cazadores que se dirigen hacia Cloud Peak.

Carlock estrechó sus manos y les invitó a pasar a una habitación interior que tenía dispuesta al efecto.

—Aquí podrán hablar con entera libertad.

Y, saludando a los tres hombres, volvió a salir, cerrando la puerta tras de sí.

—Bien, Bill —exclamó Jim, dando unas palmadas a su amigo—. ¿Qué tal por allá abajo?

—¡Bah! Estaba comenzando a sentirme fastidiado cuando llegó tu llamada. Conseguí convencer a McGuntry para que me eligiera a

mí.

—¿Y lo de Bob Rennier?

—Lo cazaron al día siguiente de tu partida. No pasó de ser un juego de chicos.

—Y, por aquí, ¿qué novedades hay, Jim? —preguntó Laky.

—Lo de siempre: voladuras, muertes… y una rubia…

—¿Guapa?

—Lo suficiente para hacerte perder la cabeza —sonrió Jim—. Pero… será mejor que empecemos.

Y Kerry desdobló sobre la mesa un plano que llevaba preparado. Dejó que su dedo se deslizara sobre la zona del Missouri, deteniéndose sobre los puntos marcados con tinta roja.

—Éste es el Missouri… Aquí está Helena…, Shelby… y Fort Colbitt, la zona rayada corresponde a una franja de cuarenta millas a ambos lados del río. Es lo que yo denomino «zona de alarma». Por ella se encuentra diseminado un grupo de cazadores, quienes reciben órdenes del exterior y las ponen en práctica. Este círculo verde señala el emplazamiento de la mina «Daystar». Uno de los elementos importantes de la organización, cuando menos, se encuentra entre el personal técnico de la mina. Él es quien facilita la realización de los actos de sabotaje, en los que, indudablemente, toma una parte muy activa. En realidad, nos encontramos solos frente a esa poderosa organización. Podemos contar con el sargento del puesto y una docena de hombres a su servicio que, llegando el caso, nos serán facilitados para actuar. Asimismo, el ingeniero Logan, de la «Daystar», goza de la confianza del Departamento, y ha sido puesto al corriente de nuestros proyectos. Pero debemos trabajar privados de los modernos medios de que disponemos en el Este. Ni análisis en laboratorios, examen de huellas, ni nada de lo que, corrientemente, puede facilitar nuestra labor. En cierto modo no deja de ser una ventaja. Éste es un territorio alejado de los centros importantes, y sólo nuestro esfuerzo debe aunarse para conseguir los fines que ha señalado el coronel Buckman.

Jim miró a sus compañeros, aguardando alguna observación, pero ninguno de los dos despegó los labios.

—Hasta ahora hay algún terreno ganado, aunque por otra parte se haya retrocedido bastante. Es verdaderamente incomprensible que la acción del

para esclarecer los hechos sea ya conocida de nuestros contrincantes. Ello demuestra la clase de individuos con los que tendremos que enfrentarnos: siguen paso a paso nuestros menores movimientos. Mis sospechas se centran, por el momento, en cierto investigador de procedencia polaca, un tal Ladis Bizraj. Por otra parte, intervienen en el asunto un sujeto que se hace llamar Lord Hobson, un cazador de barba poblada y muy obscura, cuyo nombre es Knitter, y una joven rubia, muchacha de singular belleza, atrevida y dotada de cierta inteligencia, que dice llamarse Ruth Hobson, sobrina del lord. Toda esa gente se mueve entre Helena, la zona de la mina y la comarca que se extiende hasta la frontera del Canadá, entre el Missouri y el Milk River.

Hizo una pausa para recoger el plano que había sobre la mesa y guardarlo en su bolsillo.

—Esta noche podréis alojaros en la factoría. Alquilareis un equipo y manifestareis vuestro propósito de marchar al Norte, como cazadores que van en busca de distracción. Podéis acampar a orillas de un riachuelo que hay a unas cinco millas de aquí y en un lugar cubierto de espesos bosques. Allí aguardareis hasta que yo os necesite. ¿Comprendido?

—Perfectamente, Jim —repuso Bill Lart, levantándose—. Allí estaremos aguardándote.

—En este caso, ni una palabra más.

Estrecho Jim las manos de sus compañeros y se dispuso a abandonar la habitación. Pero antes de llegar a la puerta se volvió hacia ellos.

—Se me olvidaba deciros que contamos con un nuevo elemento. Tratará de estropearnos todas las combinaciones, pero no queda más remedio que soportarlo. Aunque confío que el frío le obligue a volverse al Sur. Se llama Molly Burns y es, nada menos, que agente femenino del Departamento Federal de investigación. No comprendo cómo McGuntry no envía aquí a media docena de mujeres como ella y así terminábamos de una vez con esos espías.

Y al tiempo que Jim Kerry abandonaba la estancia, Bill Lart daba con el codo a su compañero Laky, en tanto le guiñaba un ojo.

—Un agente capaz de derretir todo el hielo de este endiablado rincón.

CAPÍTULO VI

Decididamente, iría a Spander y le compraría alguna de aquellas vistosas chucherías que los indios de Fort Ewritter confeccionaban y llevaban allí al tiempo que las pieles cobradas durante el invierno.

Se había comportado con Molly de un modo brusco y poco correcto. El recibimiento que le hizo distaba mucho de ser todo lo cordial y cariñoso que la muchacha merecía. Molly era, eso si, una muchachita alocada y entrometida, cuya mayor diversión consistía en acumular conflictos y complicaciones en el camino que debía recorrer; pero, a pesar de todo, él la perdonaba, porque su simpatía irresistible le hacía acreedora a ello, y también porque le gustaba su compañía siempre que las circunstancias del servicio no le acapararan el tiempo de que disponía.

Sin embargo, estaba escrito que aquellos obsequios no debía adquirirlos para Molly Burns. Apenas entró en el almacén del factor cuando Marcel Deparry, el mozo al servicio de Spander, le entrego una nota que Molly había dejado para él.

Con gesto impaciente y nervioso la abrió.

> «Querido Jim:
>
> »Anoche me encontré con dos antiguos amigos, y he decidido irme con ellos en busca de mejor caza.
>
> »Molly».

Por un momento experimentó Jim una profunda decepción por la actitud de la joven. Sabía lo que había querido decirle con aquellas pocas palabras; pero adivinaba que detrás de ello existía un propósito determinado, indudablemente obrando de acuerdo con las ordenes del inspector McGuntry.

Salió del establecimiento y marchó a ver al sargento Carlock. En

aquellos momentos se encontraba hablando con una joven de rubia cabellera que le caía en dos gruesas trenzas por detrás de los hombros.

—¡Buenos días, señor Kerry! —saludóle el policía, con una marcada sonrisa—. Las mujeres hermosas se sienten atraídas a Fort Colbitt. Anoche llegó la señorita Burns; hoy es la señorita Logan la que viene para ver a su hermano, el ingeniero señor Logan…

—¿Usted es hermana de Nel Logan? —preguntóle Jim, acercándose a ella—. Me llamo Jim Kerry, y soy un buen amigo de su hermano.

—Mi nombre es Edith —sonrióle tímidamente, tendiéndole la mano—, y me siento encantada de conocerlo. ¿Como esta mi hermano?

—Ayer tarde estuve con él, señorita Logan —repuso Jim—. Estaba perfectamente.

—He querido darle una sorpresa y he venido sin avisarle —dijo Edith. Logan—. Desde su marcha sólo se ha limitado a enviarnos algún que otro radiograma, pero sin molestarse siquiera a escribirnos. Tengo que regañarlo —terminó, con una encantadora sonrisa.

La joven se despidió de ellos para dirigirse a la mina. Todavía quedó Jim hablando un rato con el sargento. Luego regreso a su aposento para disponer sus cosas y salir con dirección a Great Falls.

A media tarde, a punto ya de emprender la marcha, se presento Logan de improviso. Traía el cabello revuelto y su rostro estaba congestionado por la larga caminata desde la mina.

—¡Ha sucedido algo horrible, Jim! —exclamó, dejándose caer en una de las sillas—. ¡Mi hermana…!

—¿Que le ha sucedido a tu hermana? —inquirió, sobresaltado.

—Liego esta mañana, sin avisar siquiera, Yo me encontraba inspeccionando los trabajos en la galería 3, cuando me anunciaron de que estaba aguardándome. Cuando salí ya no la pude hallar por parte alguna.

—Yo vi a tu hermana, Logan. Me encontraba en el puesto de la policía, y el propio Carlock la presentó. Quería sorprenderte, y por ello no dijo nada acerca de su venida aquí.

—¡Pobre pequeña! —murmuró Logan, ocultando el rostro entre las manos—. ¡Y pensar que probablemente se encuentra en poder de

esa pandilla de asesinos!…

—Iré contigo, Logan… —decidió el muchacho—. Avisa tu mismo al sargento, en tanto yo me adelanto para inspeccionar los lugares que me parecen mas sospechosos.

Logan continuó hacia el cuartel de la policía y él lo hizo en dirección opuesta, utilizando el mismo vehículo que Spander le acababa de facilitar para dirigirse al norte.

Una vez en la «Daystar», y luego de haber dado cuenta al ayudante de Logan de los motivos que le habían llevado allí, inspeccionó detenidamente el lugar donde Edith Logan fue vista por ultima vez. Se trataba de una de las bocas de acceso a la galería numero 3. Comunicaba directamente con sus laterales, por lo que podían ser varios los caminos utilizados por los aprehensores de la joven, en el caso de que las sospechas que bullían en su mente lucían ciertas.

Poco después llegaba Logan, acompañado del propio Carlock.

—Yo me encontraba inspeccionando las perforaciones, cuando me avisaron de que Edith acababa de llegar —explicó a sus acompañantes—. Subí inmediatamente y comprobé, con extrañeza, que no se veía a mi hermana por parte alguna. Creí, por el momento, que se habría escondido para sorprenderme; sin embargo, pronto me convencí de que a Edith le había sucedido algo anormal.

—¿Ha verificado alguna exploración por las galerías? —preguntó Carlock.

—Fue lo primero que llevamos a cabo. Incluso considere la posibilidad de un accidente. ¡Es horrible! —balbució, desesperado—. Ahora ya no me cabe ninguna duda de que sólo es obra de esa pandilla de malhechores, que intentan hundirlo todo con sus criminales maquinaciones.

—¿Quiere acompañarme, Logan, o prefiere quedarse aquí? —preguntóle el sargento.

—¿Va a ir abajo? —interrogóle, con mirada de cansancio.

—Sí.

Logan llamó a dos de los mineros para que los acompañaran. Al entrar en la galería volvióse hacia Jim, que permanecía inmóvil, al parecer observando las idas y venidas de los trabajadores.

—¿Vienes, Jim?

—No —respondió, haciendo con la mano un expresivo ademán —. Daré una vuelta por ahí fuera.

Logan y Carlock desaparecieron en la obscuridad de la galería. Entonces encaminóse Jim Kerry hacia el camino de Fort Colbitt. Antes de llegar a él desvióse para echar una ojeada a las salidas de la antigua mina en la vertiente opuesta.

La nevada caída durante la noche había borrado totalmente las huellas que dejara la tarde anterior; sin embargo, en la segunda de las aberturas la nieve aparecía pisoteada en una gran extensión. Eran, por lo menos, tres las personas que habían estado allí, y sus pasos se alejaban en la dirección del bosque cercano.

Examinó las huellas con gran atención, llegando a la conclusión de que no hacía muchas horas que dos hombres y una mujer habían estado allí. Las pisadas de uno de los hombres se hundían mas en la nieve, circunstancia que le indujo a pensar que obedecía al hecho de haber llevado un peso sobre sus espaldas.

¿Y si la causa no fuera otra que el traslado de Edith Logan? No resultaba descabellado suponerlo, ya que la complicidad de los elementos sospechosos en la «Daystar» hacían singularmente fácil la captura de la joven.

Siguió las pisadas hasta el lugar donde había estado esperando un automóvil. Por espacio de una hora estuvo observando la dirección seguida. Ésta parecía apuntar al Oeste; pero no tardaba en desviarse nacía el Sur y salir a la carretera que conducía a Helena. Allí se confundía con las huellas de otros vehículos que utilizaban la misma ruta en sus dos sentidos.

Regresó al poblado y escribió una nota para Logan, que entrego a Spander. Preparó el coche y emprendió el camino de la ciudad.

Aquel suceso había conseguido intrigarle. Era evidente que los propósitos de aquellos saboteadores no eran otros que asestar un duro golpe al ingeniero-jefe de la mina, haciéndole vacilar en su empresa. Aquella cuadrilla de seres audaces tenía por objetivo desorganizar la extracción del mineral y producir una paralización total de las actividades. Y al paso que llevaban no tardarían en conseguirlo.

Era tal la excitación que se había apoderado de él, que llegó, incluso, a olvidarse de sus compañeros Lart y Laky, que en aquellos momentos estarían aguardando sus órdenes en el campamento que

habían montado a orillas del rió.

Antes de entrar en Helena se detuvo, indeciso. Consideraba que al decidirse los raptores de Edith Logan a llevarla a la ciudad suponía una muestra más de la audacia que envolvía todas sus fechorías. Ello probaba, asimismo, que era allí donde radicaba el cerebro de la organización criminal.

Marchó en busca de alojamiento, dejando allí el coche que lo había llevado. Todo el resto del día lo pasó recorriendo las calles de la ciudad con la esperanza de encontrarse con alguno de los individuos que viera en la casa de las afueras. También se acercó a esta última, y desde fuera de la valla estuvo observando atentamente su puerta y ventanas. Pero su aspecto era el de una casa deshabitada, sin el menor vestigio de vida alentando entre sus muros.

Ya anochecido, y al cruzar uno de los barrios extremos, el sonido de una música discordante saliendo de un mísero tabernucho le hizo asomarse a la puerta para echar una ojeada a su interior. Y no bien lo hubo hecho cuando se echó atrás, precipitadamente. El mismo individuo a quien Hobson había encargado de reparar la avería en su coche se levantaba en aquellos momentos de una de las mesas con el propósito evidente de abandonar el local.

Ocultóse Jim en las sombras de un callejón inmediato y desde él acechó la salida de aquel individuo. No tardó ni diez segundos en hacerlo. Luego de mirar a ambos lados de la calle, como indeciso, cruzó ésta y se dirigió, resuelto, hacia una casa de sórdido aspecto. Llamó a ella con los nudillos, no tardando en abrírsele y penetrar allí.

Dio Jim la vuelta y se puso a examinar aquel inmueble desde su parte posterior. Había una especie de patio con un cobertizo lleno de cajones y barriles vacíos. A una altura de diez o doce pies descubrió una galería. Sin gran esfuerzo consiguió trepar hasta allí y asomarse a una ventana que permanecía entornada.

No advertía la presencia de ser viviente alguno, pero estaba seguro de encontrarse cerca de aquéllos a quienes había estado siguiendo.

Avanzó en la obscuridad, tanteando la pared hasta tropezar con lo que parecía ser una puerta.

De pronto el rumor de unas voces llego hasta él y,

entremezclados, los sollozos de una mujer. Jim Kerry sabía de antemano de quién se trataba, y su corazón comenzó a latir con fuerza al oír como replicaba airadamente y en un tono que le confirmó sus sospechas de estar a pocos pasos de Edith Logan.

Calibro en un instante la situación. Allí dentro estaban, cuando menos, dos de los hombres que secuestraron a la muchacha, y muy probablemente la enigmática Ruth Hobson.

Apretó el botón de su linterna de bolsillo y vio que se hallaba en un pequeño dormitorio. La puerta en la cual se apoyaba estaba cerrada solamente por un sencillo picaporte, y por ello pudo abrirla con suma facilidad.

Se encontró en un pasillo, al final del cual había una puerta entreabierta, de la que salía una rendija de luz, iba a dirigirse hacia ella, cuando se abrió súbitamente y salió del cuarto un individuo. Jim sólo tuyo tiempo de echarse hacia atrás y ocultarse de nuevo en el dormitorio. Preparó su pistola, pero el hombre aquél pasó de largo y desapareció por el otro extremo del corredor. Resonaron fuertemente sus pisadas al descender una escalera, y unos segundos después escuchóse el ruido de una puerta al cerrarse de golpe.

Abandonó nuevamente su escondite, y, sin bajar el arma que todavía empuñaba, marchó hacia la luz. Desde la abertura pudo contemplar perfectamente la escena que se desarrollaba en la estancia.

Sobre una especie de camastro vio a Edith Logan, inmovilizada aún por fuertes ligaduras. A su lado se hallaba el hombre que viera entrar en la casa poco antes y que en aquel momento llenaba una jeringa hipodérmica con el líquido contenido en un frasquito.

De un fuerte empujón abrió la puerta y saltó dentro del cuarto.

—¡Quieto! —le conminó, sin levantar demasiado la voz—. ¡Al menor movimiento que hagas volará tu cabeza!

El individuo aquél quedósele mirando con expresión estúpida, como si tuviera en su presencia un ser llovido de otro planeta.

Sin dejar de apuntarle cerró Jim la puerta tras de sí y echó el pestillo, en evitación de cualquier sorpresa que pudiera llegarle de los restantes miembros de aquella banda.

Acercóse lentamente al camastro sobre el que se hallaba Edith Logan, y, sacando una navajita, cortó las ligaduras que impedían sus movimientos. Inmediatamente la muchacha quitóse la mordaza

y se puso en pie.

—¿Sabrá atar las manos de ese hombre? —preguntó a la joven.

—Creo que lo conseguiré —respondió, con acento tembloroso.

Sin dejar de apuntar al malhechor aguardó Jim a que la hermana del ingeniero terminara con su tarea.

No había aun terminado, cuando alguien tanteó la puerta, y, al darse cuenta de que estaba cerrada, golpeó ligeramente.

—¿Qué estás haciendo, Wells?

Era la voz de Ruth Hobson, y en aquellos momentos Jim la hubiera reconocido entre otras mil.

Jim hizo un gesto a Edith Logan para que abriera la puerta. Así lo hizo la joven, y en el marco apareció la figura enigmática y aventurera de la falsa sobrina del lord.

—¡Buenas noches, *Miss* Hobson! —saludó Jim, sin abatir el arma con la que a un tiempo amenazaba a los dos personajes—. Adivino a que no esperaba encontrarme por aquí.

Ella se sorprendió visiblemente. Intentó una leve sonrisa, pero la actitud del muchacho no se mostraba muy propicia a ello.

—¿Qué busca usted aquí? —preguntó, con la mayor ingenuidad.

—Tal vez me considere entrometido en extremo: pero da la coincidencia de que la señorita Logan esperaba que alguien llegara en su busca. Y como siempre, ese alguien tenía que ser yo.

—Bien —sonrió ahora Ruth Hobson—. ¿A qué espera, pues, para marcharse?

—¡Oh, no tengo mucha prisa! Pero ¿por qué no hace el favor de entrar y así podremos charlar con mayor libertad?

—Como guste, señor Kerry —accedió Ruth, entrando allí—. Por lo demás, me parece muy razonable que adopte sus precauciones.

Jim apartóse de su prisionero, y, sin dejar de observar a la joven, se dirigió al camastro sobre el que se había sentado Edith Logan.

—Puede sentarse junto a su compañero, *Miss* Hobson. Me encantará conversar con usted acerca de ciertos hechos ocurridos a raíz de nuestra última entrevista en un lugar menos agradable y alegre que el que ahora nos rodea.

—Creo que mi conversación resultará bastante más aburrida que la que pueda ofrecerle la señorita Logan o, también, la de cierto agente femenino que ha venido en su busca. No dudo ya sabe a

quién me refiero.

La sorpresa impidió a Jim replicar a la muchacha.

—¿Qué es lo que sabe usted? —preguntó, no obstante.

—¡Oh, casi nada! —exclamó Ruth con un encogimiento de hombros—. Pero puedo apostar contra usted a que no sabe dónde se encuentra la señorita Burns.

—¿Y usted lo sabe?

Afirmó la muchacha con un leve movimiento de cabeza.

Jim se acercó a ella y la cogió del brazo.

—¿Qué es lo que han hecho con ella? —inquirió, amenazador.

Una sonrisa de triunfo brilló en los ojos de Ruth.

—Veo que no me equivocaba en mis presunciones.

En aquel momento un grito de Edith Logan le previno de un inminente peligro. Instintivamente saltó hacia un lado, al tiempo que un objeto brillante silbaba muy cerca de él, yendo a clavarse en la puerta de un armario del fondo. Al mismo tiempo algo fue a dar contra la lámpara, saltando la bombilla en mil pedazos y quedando la pieza a obscuras.

Deslizóse por el suelo hasta tropezar con la pared. No se atrevía a disparar en aquella obscuridad por temor de herir a la hermana de Logan.

La mesa que había en el centro de la estancia fue derribada con gran estrépito y seguidamente llegó hasta él el ruido de unos pasos alejándose rápidamente por el corredor.

Entonces se arriesgó a encender su linterna de bolsillo. Paseó rápidamente el haz luminoso por toda la habitación, sin descubrir la presencia de ser viviente alguno.

—¡Señorita Logan! —llamó, sin levantar demasiado la voz—. ¿Dónde está?

—Estoy aquí —oyó como una tenue respuesta a su pregunta.

Vio cómo de debajo el camastro surgía la cabecita de la joven, mientras sus ojos parpadeaban deslumbrados por la luz de la linterna.

—¡Han conseguido escapar!… —la apremió, tendiéndole una mano para que saliera de su escondite—. Y debemos apresurarnos antes no vuelvan con más gente.

Cogiendo a la joven de una mano la sacó de allí, guiándola hasta el cuarto por el que había entrado en la casa. Sin gran esfuerzo

ganaron la calle y alejáronse de allí.

Diez minutos más tarde dejaba Jim a la muchacha en la fonda donde se hallaba alojado.

—Es preciso que aguarde aquí mi regreso —le dijo.

—¿Cree que puedan volver a por mí? —preguntó Edith Logan, no disipado del todo el temor que le había asaltado.

—Por el momento no se atreverán a molestarla —tranquilizóla—: sin embargo, será preferible que no trate de salir mientras yo esté fuera.

Salió de nuevo a la calle, encaminándose a la casa que poco antes abandonaran. Quería llevar a cabo su propósito sin tener que recurrir a la policía local, con lo que lo único que por el momento conseguiría sería ahuyentar a las huestes de Hobson de aquellos alrededores, haciéndoles mostrarse más precavidos.

Encontró la puerta abierta y, decidido, penetró en su interior. Un impresionante silencio le recibió por las distintas habitaciones que inspeccionó. Por su aspecto parecía tratarse de una vivienda alquilada por los malhechores para mejor realizar sus fines, como indudablemente habrían hecho con la casa de las afueras en donde estuvo unas horas prisionero.

Comprendió que nada en claro iba a sacar allí y represó a la fonda. Halló a Edith Logan más sosegada.

—¿Qué fue lo que le ocurrió en la mina? —le preguntó, sentándose a su lado.

Edith se pasó una mano por la frente, como si tratara de recordar los acontecimientos que le habían conducido a tal situación.

—Un hombre, probablemente un minero, a quien pregunté, me acompañó hasta uno de los pabellones que había a poca distancia de las galerías. Allí me encontré con un joven, quien me atendió cortésmente y se ofreció para acompañarme hasta donde se hallaba mi hermano. Marchamos hacia la mina, y frente a una de las bocas se volvió para decirme que podía entrar y así sorprendería a Nel. Así lo hice, pero no había avanzado una docena de pasos cuando sentí que me cogían fuertemente y una mordaza tapaba mi boca. Creo que me desmayé… Luego, al recobrar el conocimiento, me vi en un coche junto a una mujer, la misma que entró en la habitación donde usted me encontró hace poco, y vigilada por dos hombres

que hablaban en voz baja.

—¿Qué aspecto tenía el hombre que la acompañó hasta la galería de la mina?

Edith pareció hacer un esfuerzo para recordar.

—Era bastante joven, de cabello rubio y aspecto extranjero. También su pronunciación me pareció defectuosa.

—Probablemente tropezaría con Bizraj… —dijo Kerry—. Se trata de un profesor polaco refugiado desde la ocupación de su país. Ya el primer día que lo vi me pareció un sujeto singularmente sospechoso.

Edith llevó una mano a sus labios en un gesto instintivo de temor.

—Presiento que a mi hermano acabará por sucederle algo malo —balbució, sin poder reprimir cierto temblor en la voz.

—No tiene por qué temer nada, señorita Logan —tranquilizóla Jim—. En cuanto hayamos llegado a la mina obligaré a Bizraj a que explique su actitud.

No obstante, no podía sospechar Jim Kerry, en aquellos instantes, que los acontecimientos habían de producirse en forma muy distinta a como los estaba imaginando.

Aguardó a que Edith se hubiera retirado a su habitación y marchó al cuartel de la policía.

Un teniente se hallaba en aquellos momentos escuchando la radio.

—Soy el inspector Kerry —le dijo, saludándole—. He venido de Washington para llevar a cabo un servicio especial, y voy a precisar, seguramente, de su ayuda.

Al mismo tiempo le mostró la orden firmada por el coronel Buckman y sus credenciales.

—¿Qué es lo que desea, inspector? —preguntó el oficial, sintiéndose interesado.

—Tengo a dos de mis compañeros acampados a unas cuatro millas de aquí, y tengo precisión de enviarles un mensaje por radio.

El oficial acompañó a Jim hasta una habitación en donde se hallaba la emisora del cuartel.

—Haga el favor de aguardar un momento, que voy a llamar al operador.

—No hace falta, teniente —interrumpióle Jim—. Sé manejar

esta clase de emisoras. Además, no puedo perder mucho tiempo, ya que mis compañeros no tardarán más de diez minutos en interrumpir la escucha.

—Como usted quiera, inspector —habló el policía, señalándole el sillón del operador.

Levantó Jim el conmutador y una lucecita verde se encendió en el cuadrante. Hizo girar éste hasta indicar una numeración adecuada y comenzar su llamada ante el micrófono:

—¡A. I. 52 llama a I. L. 312! ¡A.I. 52 llama a I. L. 312!…

Jim Kerry repitió varias veces su llamada.

—¡Atención, I. L. 312!… ¡Atención, I. L. 312! ¡Paso a la escucha! ¡I. L. 312, cambio para pasar a la escucha!

Hizo girar hacia la derecha el conmutad de recepción, y un ligero zumbido llenó la estancia. Fue moviendo el botón del cuadrante hasta percibir la repuesta de sus compañeros.

—¡Atención, A. I. 52!… ¡Atención, A. I. 52!… ¡I. L. 312 ha captado tu llamada y espera tus órdenes! ¡I. L. 312 ha captado tu llamada y pasa a la escucha! ¡Cambio para pasar a la escucha! ¡Cambio!

—¡Escuchadme bien, Bill y Tony! ¡Escuchadme bien, Bill y Tony! —llamó de nuevo—. ¡Es preciso que vengáis a Helena! ¡Es preciso que vengáis a Helena! ¡Voy a necesitar de vosotros! ¿Comprendido? ¡Ahora cambio para recibir la conformidad!

La voz de Bill Lart le llegó de nuevo a través del éter.

—¡Escúchame bien, Jim! ¡Escúchame, Jim! ¡No podemos dejar esto sin que antes veas lo que hay aquí! ¡Salimos de caza y hemos capturado una buena pieza! ¡Es preciso que vengas cuanto antes! ¡Dame la conformidad, Jim!

Aquellas noticias consiguieron intrigar al muchacho, por lo que no vaciló en acceder a la petición de Bill Lart.

—¡Perfectamente, Bill!… —contestó—. ¡Aguardad ahí mi llegada! ¡No tardaré en estar con vosotros!

Cambió el interruptor y se volvió hacia el teniente, que estaba a su lado sin pronunciar una palabra.

—Muchas gracias, teniente. Me ha sido muy útil su ayuda.

—Si necesita de mis hombres, puedo proporcionarle los que

necesite.

—Todavía no ha llegado ese momento —contestó—. Pero creo que no tardaré en pedírselos. ¡Buenas noches!

Estrechó la mano del oficial y regresó a la fonda. Una vez en ella, Jim pidió que le prepararan su coche, y a los pocos minutos salía para el río, a cuyas orillas acampaban Lart y Laky.

CAPÍTULO VII

Bill Lart y Tony Laky se hallaban profundamente intrigados. Desde el sencillo refugio a orillas del Wenzy, mientras esperaban la llegada de Kerry, observaban las rápidas y silenciosas evoluciones del pequeño avión pintado de blanco.

Había llegado silenciosamente del Oeste y con el mismo sigilo describía pequeños círculos sobre el bosque, como si estuviera buscando un lugar para el aterrizaje.

—¿Qué diablos estará haciendo por estos lugares? —habló Bill Lart, mientras observaba la marcha veloz del aparato.

—No hay duda que trata de relacionarse con alguien que anda por ahí —repuso su compañero—. El campo de aviación de Helena no está tan lejos como para verse precisado a bajar por estos alrededores.

El avión descendía en aquellos momentos y pasaba en vuelo rasante por encima de los árboles. Ocultos entre los arbustos pudieron Bill y Tony observar una figura que parecía escrutar atentamente aquellos parajes.

Cuando pasó por encima de ellos experimentaron la misma impresión que produce una ráfaga de viento huracanado. Pero el zumbido de los motores era tan suave que diríase estaban parados.

De pronto lo vieron elevarse con vertiginosa rapidez hasta convertirse en una mancha apenas visible sobre el fondo plomizo de las nubes. Entonces algo se desprendió de él y comenzó a oscilar sobre la masa obscura del bosque.

—Eso parece un paracaídas —observó Tony Laky, con la mirada fija en lo alto.

—Y no cabe duda que lleva atado un paquete de bastante tamaño —comentó su compañero Lart.

Cambiaron una mirada de inteligencia y echaron a correr hacia el otro extremo del bosque.

Desde unas lomas vieron el objeto aquel descender sobre un valle de reducidas dimensiones. El avión habíase alejado por la parte occidental del valle y ya no se distinguía ni rastro de él.

Hallábanse ya a un centenar de yardas del lugar donde había ido a parar aquél envió, cuando dos detonaciones consecutivas retumbaron en el valle. Instintivamente los dos hombres se arrojaron al suelo, arrastrándose hasta alcanzar el refugio de los arboles.

—¡Han disparado desde aquel saliente! —exclamó Tony Laky, señalando a su izquierda.

—Eso demuestra que el destinatario de ese envío ha sorprendido nuestras intenciones.

Un nuevo disparo levanto un surtidor de tierra a un par de yardas detrás de ellos.

Avanzaron todavía más por la espesura, hasta sentirse resguardados de la agresividad del misterioso tirador.

—A ése voy a cazarlo yo —apuntó Bill Lart, preparando el arma que acababa de sacar de su funda.

—¿Qué piensas hacer?

—Dar un rodeo hasta sorprenderlo por la espalda, mientras tú distraes su atención.

Adentróse Bill en el bosque mientras Tony Laky vigilaba el lugar del que partiera la agresión. De este modo la espera se prolongó por unos quince segundos.

Comprendiendo que debía hacer algo por ayudar a su compañero, inició un nuevo avance hacia donde se hallaba el paracaídas. Mas no bien lo hubo intentado cuando se repitieron los disparos desde el saliente rocoso.

Replegóse hacia el interior, disparando a intervalos regulares para atraer la atención del misterioso personaje del bosque.

De pronto escuchó una detonación seguida de otras dos. Luego repitiéronse hasta alcanzar a siete el número de disparos. No le cabía duda que Lart había entrado en acción, sorprendiendo al emboscado. Pero de lo que ya no estaba tan seguro era de la suerte que podía haber corrido la acción de su amigo.

Estaba considerando la oportunidad de acudir en su ayuda, cuando la voz de Lart le llegó desde el otro extremo del valle. Lo vio aparecer por detrás de un cerro y agitar una mano para llamar su

atención. Inmediatamente echó a correr hacia allí.

Cuando llegó a su lado adivinó lo sucedido. El cuerpo de un hombre hallábase tumbado sobre unas matas y sin dar la menor señal de vida.

—¿Quién es ése? —preguntó, señalando hacia él con un dedo.

—No sé —contestó Bill Lart—. Le conminé para que se entregara, pero se revolvió contra mí disparando furiosamente. Entonces me vi precisado a tirar sin rodeos. Y lo he matado.

Examinaron el cuerpo de aquel sujeto. Tenía todo el aspecto de tratarse de un cazador, pero los dos hombres estaban seguros de que su misión en aquel lugar era otra muy distinta a la que aparentaba.

Bajaron de nuevo al valle y se encaminaron hacia donde cayera el paracaídas. Un voluminoso paquete se hallaba fuertemente sujeto al mismo.

Antes de cortar las ligaduras examinaron con atención la tela de que estaba confeccionado. Unos extraños signos delataban la procedencia del mismo como japonesa. Luego, al poner al descubierto el contenido de aquel envío, una exclamación de sorpresa asomó a los labios de los dos agentes. Explosivos, pequeños artefactos provistos de mecanismo de relojería, unos cilindros metálicos herméticamente cerrados que debían contener algún gas tóxico u otra substancia altamente venenosa, unos mil quinientos dólares en billetes y media docena de pistolas de un modelo desconocido.

—Creo que hemos hecho un buen hallazgo —murmuró Bill Lart, mientras iba examinando cada uno de los objetos contenidos en el paquete.

—¿Quieres decir que ese sujeto debía estar relacionado con los autores de los sabotajes en la mina?

Afirmó Lart con un gesto.

—Y ese avión es el encargado de proporcionar a esa cuadrilla de asesinos cuánto material necesitan para llevar a cabo sus fines. Y la procedencia ya no es un misterio.

Laky rascóse la cabeza, pensativo.

—No me explico cómo un avión pueda cubrir una distancia tan grande y regresar sin aprovisionarse de carburante.

—Lo más probable —repuso Lart— es que esa gente haya

establecido alguna base en algún islote perdido en las Aleutianas y desde allí mantengan el enlace con estos territorios.

Largaron con el envoltorio y regresaron al campamento. Estaba anocheciendo, y en el momento menos pensado podía presentarse Jim Kerry a buscarles.

A las diez en punto Bill puso en marcha el pequeño radioemisor portátil y por espacio de quince minutos hizo girar de un lado a otro el indicador del cuadrante por si le llegaba alguna señal de su compañero tal como habían establecido.

Luego se retiraron a descansar. A las doce fue Laky quien, consumiendo su turno de guardia, hizo funcionar de nuevo el aparato.

No llevaba cinco minutos en dicha tarea, cuando le llego la llamada de Jim desde el cuartel de la policía de Helena.

Despertó a Bill y contestaron a la llamada de Jim, pidiéndole que fuera allí para tratar del caso que acababa de presentárseles.

Y así fue como cuarenta y cinco minutos más tarde Jim Kerry halló el campamento de sus amigos.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —inquirió, intrigado.

—Eso es lo que dejaron caer de las nubes —contestó Bill, mientras iba mostrándole el contenido del paquete, luego de haberle dado cuenta de lo acaecido aquella tarde.

—Bien —dijo, levantándose—. Eso quiere decir que habrá que volver a vigilar estos lugares. Ahora es preciso que vayamos a Helena, ya que es allí donde esa gente parece tener su cuartel general.

Levantaron en pocos minutos aquel campamento y regresaron con Jim a la ciudad.

Antes de entrar en la misma, Jim volvióse hacia sus compañeros y les pregunto:

—¿En donde habéis dejado a Molly?

Ambos quedáronse mirándolo sin comprender su pregunta.

—No sé a que te refieres —contesto Bill—. Vino a vernos anoche, pero nos dijo que pensaba trabajar en Fort Colbitt.

—¿Así, pues, no vino con vosotros?

Lart denegó con la cabeza.

—¡Sólo me faltaba esa nueva complicación! —exclamó Jim, irritado—. ¡Se me ocurre venir a un lugar como éste creyendo

trabajar tranquilo, y hasta ahora todas las contrariedades me las han proporcionado las mujeres! ¡Ruth Hobson, Molly Burns y, por si faltaba algo, ahora tengo que encargarme de la hermana de ese Logan! ¡McGuntry nos ha enviado a la persona más…!

Se interrumpió, comprendiendo que no era justo al desahogarse en aquella forma delante de sus compañeros.

—Bueno —añadió, modificando el tono de su voz—. En último caso dejaré que cada cual se las componga a su manera. ¿Por qué dejarán que las mujeres bonitas se entrometan en los asuntos de los hombres?…

Apenas se hizo de día, Jim decidió regresar a Fort Colbitt. Sin embargo, manifestó su propósito de echar antes una ojeada a la casa de las afueras por si encontraba allí algún indicio que pudiera revelarles la identidad de Hobson y su banda.

El sol asomaba tímidamente su faz entre un rojizo mar de nubes cuando llegaron allí. Mientras Laky aguardaba con Edith Logan en el exterior, Jim y Bill entraron en el inmueble.

Un gran desorden reinaba por todas las habitaciones, en donde los muebles aparecían derribados indicando una fuga precipitada.

Tras unos minutos de búsqueda infructuosa comprendió Kerry que era perder el tiempo seguir allí.

De pronto, ya en el exterior, se acordó del muerto y de la ceremonia que presenciara oculto entre los árboles.

«Un hombre que muere de viruela —se dijo Jim, para sus adentros—, no hubiera dejado un rastro de sangre en el banco que ocupó».

Y aquel hombre estaba enterrado en el bosque que comenzaba a muy escasas yardas de la casa.

Cuando Bill y Tony conocieron sus propósitos asintieron en silencio. Con las mismas herramientas que sirvieron para abrir la fosa y que hallaron en una dependencia de la finca, marcharon los tres hombres hacia el lugar indicado. Edith quedó aguardando en el coche a que terminaran con tan lúgubre tarea.

La nieve se había endurecido, por lo que les costó bastante trabajo ahondar en ella hasta dejar al descubierto el cuerpo allí enterrado. Quitáronle el lienzo que lo envolvía y por espacio de unos segundos los tres hombres contemplaron en silencio sus facciones.

—Hay que registrarlo para ver si lleva algo encima que pueda ofrecernos alguna orientación —dijo, al fin, el muchacho.

—No sería una mala idea —opinó Lart.

—¿No sería mejor encender una fogata? —propuso Laky, frotándose las manos, aterido de frío—. Tiene las ropas convertidas en piedra.

Mientras tanto, Edith Logan había dejado el coche y se acercaba a ellos. Incomprensiblemente sentíase intrigada y atraída hacia donde los tres hombres deliberaban lo que convenía hacer.

Y ninguno de los tres se dio cuenta de su proximidad, ya que la nieve amortiguaba sus pasos. Hasta que un grito penetrante y desgarrador les hizo volverse a un tiempo, como movidos por un resorte.

Edith Logan, con los ojos desmesuradamente abiertos y la faz pálida como la misma capa de nieve sobre la que se apoyaba, miraba al muerto, mientras su mano extendíase hacia él agitada por intenso temblor.

—¡Nel! —chilló, angustiada—. ¡Nel! ¡Hermano mío!

Y cayó desmayada en los brazos de Jim Kerry, que, dándose cuenta de lo que ocurría, acercóse a ella con el tiempo preciso de poder sostenerla.

Media hora más tarde, atendida solícitamente por los tres agentes, Edith Logan había recobrado el dominio de sí misma y, sin poder reprimir los sollozos que la ahogaban, iba explicando algunos pormenores de los últimos acontecimientos, antes tan obscuros y ahora iluminados por el cruel resplandor de la realidad.

—No hace todavía dos meses que Nel salió de casa —explicaba la joven—. Junto con nuestra madre vivíamos en una aldea cercana a Baker City, en las Montañas Azules. Nel trabajaba en una mina de plata, y nuestra existencia transcurría pacifica y sin ningún contratiempo. Unos meses antes había estado en Washington especializándose en el estudio de los minerales radioactivos, y fue por tal motivo que le fue propuesto el trabajar en los laboratorios de la «Daystar».

Con el pañuelo enjugó Edith las lágrimas que fluían abundantemente de sus lindos ojos.

—¿Nunca, antes de ahora, tuvo la menor sospecha de que su hermano era víctima de alguna influencia extraña? —preguntó Jim.

—No; es decir, su conducta nos extrañó bastante, ya que ni una sola vez escribió a mi madre. Sólo de tarde en tarde sabíamos de él mediante algún lacónico despacho telegráfico o un no menos inexpresivo radiograma. Ello me decidió, en parte, hacer este viaje, para ver cómo se encontraba y… ¡Oh, es horrible!… —exclamó la muchacha, cubriéndose el rostro con ambas manos—. ¿Por qué lo habrán matado, si jamás tuvo nadie que le odiara?

Jim acarició su cabello, emocionado ante el intenso dolor de la hermana del ingeniero.

—No puede usted comprenderlo… todavía, señorita Logan —habló, pausadamente—. El odio que pudo despertar su hermano a quienes lo asesinaron no es otro que el que usted y yo, y todos los que formamos parte de la misma nación, inspiramos a nuestros enemigos. Ellos buscan combatirnos por cuantos medios estén a su alcance, valiéndose, incluso, del dinero para comprar la cooperación de quienes carecen de escrúpulos para ello, a pesar de haber nacido en nuestro mismo suelo y hablar nuestra misma lengua. Es doloroso reconocerlo, pero así sucede en todos los países. Estamos librando una guerra cruel en la que los contendientes no ahorran medio alguno para conseguir sus fines. Y lo único que podemos hacer es… Bueno, señorita Logan, estoy hablándole de cosas que ya no cuentan para nada en usted… Ahora sólo puedo pedirle que colabore a fin de impedir a esa gente que siga cometiendo sus crímenes y llegue a conseguir sus siniestros propósitos.

Edith Logan callaba ahora, y con sus ojos que el llanto había enrojecido miraba a lo lejos un punto perdido en la inmensidad del bosque de abetos.

—Laky cuidará de usted y la llevará a sitio seguro. Es preciso que se mantenga apartada de Fort Colbitt. Quien usurpa el lugar de su hermano debe ignorar su paradero y el hecho de haberle desenmascarado. Mi compañero irá con usted hasta Helena, y él se encargará de todo lo concerniente a su seguridad. ¿Verdad, señorita Logan, que hará esto para ayudarnos?

Asintió la joven en silencio. Parecía haberse sosegado, y Jim comprendió que cuanto antes la sacara de allí sería mejor para todos.

Dio las necesarias instrucciones a Laky para que cuidara de ella,

y fue a despedirles hasta la entrada de la ciudad.

Cuando regresó junto a Lart lo halló ocupado en volver a cubrir de tierra y nieve la fosa abierta y borrar las señales que pudieran delatar la operación llevada a cabo. Le ayudó en esta tarea y, una vez hubieron concluido, se dirigieron al vehículo.

—Creo que va a ser preciso modificar los planes —dijo a su amigo—. Esta gente parece haber tomado como base para sus operaciones la zona urbana de Helena, y no habrá más remedio que buscarlos por sus madrigueras.

—¿Y no sería mejor comenzar con el pretendido Logan? —apuntó Lart.

—Logan se considerará seguro mientras la muchacha se mantenga alejada y no tenga noticia de que ha descubierto el cadáver de su hermano.

Lart no pudo por menos que echarse a reír.

—¡Bonito lío se ha armado! Y McGuntry enviándole instrucciones y noticias de nuestros movimientos creyendo que comunicaba con el verdadero ingeniero que trabajaba en los laboratorios del
F. B. I.

Jim Kerry movió la cabeza con aire de pesar.

—Ha podido suceder una verdadera catástrofe. Nada menos que uno de los ingenieros responsables de la mina suplantado por un peligroso espía al servicio de los japoneses. Probablemente, al saber que Logan iba destinado a la mina, decidieron planear un golpe audaz que les iba a facilitar enormemente su labor. Conseguirían apoderarse de Logan y llevarlo hasta donde les fuera fácil desembarazarse de él y sin demasiado ruido. Al mismo tiempo uno de ellos se presentaba en la «Daystar» manifestando ser Nelson Logan en persona. Nadie debió sospechar nada, ya que Logan no era conocido aquí. Así fue como el propio McGuntry, y también el coronel Buckman, confiaron nuestros planes a uno de sus más astutos enemigos, guiados del deseo de hacer más fácil mi labor.

—Sin embargo —observó Bill—, no comprendo cómo a Logan lo retuvieron vivo durante todo ese tiempo.

Jim tardó unos segundos en responder.

—Es difícil de precisar —dijo—. Posiblemente esperarían que se mostrara dispuesto a colaborar con ellos, y recurrieron a tal

extremo cuando se convencieron de la inutilidad de sus esfuerzos.

Adentráronse por las calles de la ciudad. Lucía en lo alto un sol radiante en un cielo que el viento del Norte limpiaba por completo de nubes.

—¿Por dónde quieres que comencemos, Jim? —preguntó Bill, que ardía en deseos de hacer algo.

—Todavía no lo tengo decidido. Lo que ahora me tiene preocupado es el hecho de no saber una palabra de Molly. ¿No os dijo lo que pensaba hacer?

—Esa muchacha nunca dice una palabra a nadie —repuso Lart —. Lo más probable es que se encuentre atareada estudiando las modas en estas latitudes.

—No sé por qué se le ocurriría venir aquí, precisamente cuando menos falta hacía.

—En más de una ocasión te sacó de un apuro —sonrió Lart, con sorna—. ¿Por qué no podía hacerlo ahora?

Jim gruñó algo ininteligible para su compañero y procedió a guiar el coche hacia la fonda donde estuviera alojado.

Aquella misma tarde envío a Bill con un recado para Carlock. Aprovechó la circunstancia de encontrarse solo para ir a echar una ojeada al lugar donde Bill y Tony sorprendieron al destinatario del misterioso envío del avión. Sin embargo, en lugar de marchar allí directamente, dio un amplio rodeo hasta alcanzar el valle por la parte opuesta.

De pronto, al salir del bosque descubrió al avión pintado de blanco posado en la nieve a menos de cincuenta yardas de donde se hallaba.

A pesar de su sangre fría el corazón le dio un vuelco, adivinando que allí se encontraba un importante eslabón de la cadena que intentaba reconstruir para llegar al esclarecimiento de los hechos en aquella parte del territorio de la Unión.

Dejó el coche oculto en el bosque y tomó de él un ametrallador ligero «Wheeling», calibre 45, especialmente diseñado para trabajar en aquellas circunstancias. Avanzó cautelosamente hasta llegar muy cerca del aparato. Por lo que podía apreciar, nadie parecía encontrarse a bordo del mismo ni en las inmediaciones.



Jim tenía su fusil-ametrallador y avanzó...

113

Tratábase de un modelo parecido a los «Spitfire», aunque más pequeño. Su parte inferior iba provista de una escotilla, desde la que indudablemente era arrojado el material a los que operaban por aquella parte. Y por allí fue por donde entró en el aparato.

Tal como había supuesto, no había nadie en él. El cuerpo del

aparato estaba formado por tres compartimientos que se comunicaban entre sí, y en el del centro era donde se hallaba la escotilla de acceso. Una breve ojeada a los mandos le bastó para cerciorarse de que se trataba de un sistema desconocido. Jim Kerry había pilotado aviones de tipo corriente, pero se dijo que no podría hacer lo mismo con el que ahora estaba examinando.

De pronto, al dirigir su mirada al frente, a través de los cristales delanteros, distinguió la figura de un automóvil que se acercaba velozmente. Al estar más cerca vio que lo ocupaban media docena de personas, y al parecer conducían el cuerpo de alguien muerto o inconsciente.

No tenía ya tiempo de salir de allí sin exponerse a ser descubierto. Se dijo que había llegado el momento de pasar al ataque contra aquella pandilla de desalmados.

Preparó la «Wheeling» y buscó un lugar desde el que poder disparar contra los que se aproximaban. Pero al mirar de nuevo en aquella dirección se dio cuenta de que el cuerpo que conducían tenía algo de familiar para él. Aguardó a que se hubieran acercado, y fue entonces cuando reconoció en la persona que transportaban a Molly Burns.

Por un momento la sorpresa del descubrimiento lo aturdió. ¿Cómo habría ido a parar la muchacha a manos de aquella gente?

Presintió que el primitivo plan de atacar a los que se acercaban resultaba ya poco menos que impracticable, y decidió cambiarlo por otro.

Ocultóse en la parte de cola, entre unos bidones que allí había, y esperó el desarrollo de los acontecimientos.

Oyó cómo abrían la escotilla y alguien entraba en el aparato. Unas voces que no consiguió entender hablaban en voz baja. Luego se cerró la escotilla y un sordo zumbido llenó el interior del avión.

Jim Kerry adivinó que estaban deslizándose sobre la nieve, y fue entonces cuando asomó su cabeza por encima del escondite.

En el compartimiento central vio la figura inmóvil de Molly Burns tumbada sobre una especie de litera y, al parecer, desmayada. Más allá, frente a su cuadro de gobierno, y por consiguiente dándole la espalda, estaba el individuo encargado de conducir el avión. No había nadie más, y Jim se dijo que la suerte se le ofrecía una vez más oportuna y generosa.

Sin embargo, a pesar de que, sólo con proponérselo, podía quedar dueño de la situación, existía un grave riesgo que debía considerar muy objetivamente.

Podía obligar al piloto a dirigirse hacia donde él tuviera por conveniente, pero en el caso de que aquél se negara a sus pretensiones carecía de medios eficazmente persuasivos para imponer su voluntad.

Un disparo a tales alturas supondría estrellarse irremisiblemente contra el hielo. Y Jim debía considerar que en el avión iba también su compañera Molly Burns.

Volvió a acurrucarse tras los bidones y tratar de encontrar una solución aceptable. Si, al menos, Molly recobrara el conocimiento… En este caso la situación, aunque no dejaría de ser igualmente desesperada, cambiaría totalmente, ya que habría llegado el momento de intervenir y tratar de dirigir el aparato hacia algún punto conocido.

De esta forma transcurrió casi media hora. Hasta que una de las veces en que se asomó para mirar a Molly la vio haciendo esfuerzos por incorporarse. Desde su escondite vio al piloto volverse para mirarla, pero no tardó en desistir y continuar con la mirada fija en los mandos que iban indicándole la situación del aparato.

Entonces Jim se dio cuenta de que fuertes ligaduras aprisionaban los brazos de la joven. Sintió una fuerte indignación, y, desoyendo todo razonamiento, abandonó su escondite y se acercó a Molly. Llevaba en una mano su automática apuntando al piloto, mientras que en la otra esgrimía su cuchillo de monte, dispuesto a cortar las ligaduras que inmovilizaban a la muchacha.

Molly advirtió su presencia al entrar en el departamento medio. Lo miró con ojos que la sorpresa agrandaban enormemente, y esbozó una sonrisa de alegría, animándolo en su intento.

De un corte certero libróle de las ligaduras, y entonces Molly se incorporó. Al mismo tiempo la faz del piloto volvióse hacia ellos. Encañonóle Jim, en tanto ayudaba a Molly a sostenerse en pie.

Ante ellos tenían el inexpresivo semblante de un aviador japonés. Sólo unos instantes los contempló, indudablemente sorprendido por la presencia de aquel hombre en el avión; pero terminó por esbozar una enigmática sonrisa y volverles la espalda para atender a las instrucciones de los aparatos de navegación.

—¡Te prevengo que al menor gesto sospechoso dispararé sin contemplaciones! —amenazóle Jim, no dudando que el oriental comprendería lo que le estaba hablando.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le preguntó Molly, apoyándose en su brazo.

Sin desviar la atención del piloto, sonrióle Jim.

—Adiviné que pensabas salir de viaje y se me ocurrió acompañarte.

—Sucedió algo muy extraño, Jim. Me encontraba yo…

—Más tarde hablaremos de ello, Molly —cortó él—. Ahora es preciso buscar el modo de salir de aquí.

—¿Crees que va a resultar muy fácil?

—Desde luego que no; pero hay que intentarlo todo.

—Si le amenazas conseguirás cuánto quieras. Una pistola apuntando a su espalda es un argumento que convence al más reacio.

—No conoces a esa raza —sonrió Jim, escéptico—. Cuando no consiguen alcanzar su objetivo los pilotos japoneses se lanzan con sus aparatos cargados de explosivos sobre el blanco deseado. Son los aviones suicidas, cuyos pilotos se sacrifican voluntariamente. Y no me extrañaría que éste estuviera tramando alguna jugarreta parecida.

—Pues a mí no me hace mucha gracia —observó Molly, frunciendo el entrecejo—. Aunque estando contigo me parecería más soportable.

Jim movió la cabeza, como denegando.

—A pesar de ello, no estoy dispuesto a darle ese gusto.

Apartóse de Molly y avanzó hasta quedar a espaldas del piloto. Apoyó el cañón de la pistola contra la nuca del japonés, y con duro acento le conminó:

—¡Vas a dar media vuelta y regresar a dónde yo te diga! ¿Has comprendido?

Ningún gesto en el otro indicó que estuviera dispuesto a obedecer.

A través de la ventanilla vio Jim como volaban sobre un mar de nubes. Era indudable que el avión tenía su base en alguna escondida isla del grupo Aleutianas, y desde ella mantenía el enlace entre el Imperio Japonés y el grupo que operaba en los Estados

Unidos.

—¡Da en seguida media vuelta! ¿Entiendes?

Y acentuó la presión de su pistola para tratar de obtener un efecto persuasivo en la obstinada mentalidad del oriental. Pero el otro no modificó un ápice su actitud.

El avión continuaba sin desviarse una sola pulgada de la ruta fijada, y era evidente que, de continuar así, no pasaría mucho tiempo sin que los dos jóvenes fueran a parar a poder del enemigo.

No quedaba otra alternativa que someterse a su voluntad o dispararle en la nuca. Lo primero quedaba descartado, ya que lo que les esperaba a los dos jóvenes, de caer en manos de sus enemigos, era por demás sabido. Y si eliminaba al piloto del avión, era, asimismo, problemático que pudieran escapar con vida, dado el desconocimiento que tenía Jim de aquella clase de aviones que habían lanzado los japoneses. Además, le repugnaba disparar a sangre fría contra aquel hombre que se hallaba inerme en sus manos.

De pronto el aparato hizo un brusco movimiento y se inclinó hacia abajo. Jim sintió como iba a perder el equilibrio, y en una fracción de segundo adivinó la maniobra del japonés. Era indudable que había adivinado sus pensamientos y que acababa de decidir poner en práctica la solución desesperada: lanzar el avión en picado contra tierra, arrastrando consigo a sus prisioneros.

No había más que un camino a seguir, y lo puso en práctica. Disparó la pistola contra la cabeza del oriental y abalanzóse desesperadamente hasta apoderarse de los mandos del avión. Bruscamente funcionaron los timones y el aparato describió una pronunciada curva, elevándose nuevamente cuando apenas quedaban unos cincuenta pies para producirse el choque contra el suelo.

Instantes después la aeronave viraba en redondo y marcha normalmente en busca de los parajes que acababan de abandonar.

Molly Burns, que había rodado por el suelo, levantóse, aturdida aun, y se acercó a Jim. Dirigió una mirada de conmiseración y desprecio a un tiempo para el cadáver del piloto que había quedado doblado sobre sí mismo en un rincón de la carlinga.

—Podemos decir que acabamos de nacer —sonrió, apoyándose en el hombro del muchacho.

—Estamos a medio nacer —rectificó Jim, que no dejaba de examinar los mandos y los indicadores que tenía delante—. No consigo entender esto, y me parece que dentro de muy poco habrá que pensar en el medio de salir de aquí. Mis conocimientos se reducen a unas pocas prácticas de vuelo.

—Puedes aterrizar en su campo.

—Podría, si supiera cómo se maneja esto. Desgraciadamente, ese sujeto sabía lo que se traía entre manos.

Molly miró hacia abajo, pero una densa masa de nubes le impidió ver nada.

—¿Puedes decirme sobre dónde estamos volando? —preguntó, sin apartar su mirada de aquel abismo que se abría allá abajo.

—No lo sé. No entiendo una palabra de lo que señalan estas agujas.

Afortunadamente las masas de nubes comenzaron a dispersarse, y al poco rato el curso sinuoso del Missouri mostróse a sus miradas como el camino que había de conducirles al término de aquella aventura.

Pero el propósito de Jim estaba en sobrevolar Fort Colbitt. Por ello, tan pronto divisó la aglomeración de pequeñas casitas, comenzó a buscar un lugar adecuado para el descenso.

Había visto que el avión iba provisto de paracaídas, tres de los cuales se hallaban alineados en una red del departamento posterior. Dejó los mandos y se acercó a Molly, que, sentada en una caja, parecía meditar acerca de su futura suerte.

—Habrá que dar un pequeño salto —le dijo, mostrándole los paracaídas.

—Quieres decir que tendré que echarme, ¿no es eso?

—Así es —contestó Jim—. Es el único modo de salir con vida de este apuro. ¿Tendrás valor?

—¡Claro que sí! —sonrió Molly, intentando infundírselo—. Sé cómo se manejan esos artefactos, aun cuando nunca haya tenido que usarlos.

Jim le ayudó a colocárselo y le dio las necesarias instrucciones para su manejo. Hecho esto, abrió la escotilla y, volviendo a los mandos, elevó el aparato hasta hacerle alcanzar una altura aproximada de unos cinco mil pies. Describió una enorme curva hasta volver a cruzar sobre los lugares por él conocidos. Hacia el

Oeste había una extensa llanura que serviría perfectamente a sus propósitos.

—Cuando yo de la señal saltarás en el vacío —dijo Jim—. Y si no notas el tirón del paracaídas al abrirse, al tiempo de contar hasta cinco, tú misma lo harás tirando de la cuerda. ¿Has comprendido?

Afirmó Molly con un gesto. Miró a través de la escotilla el paisaje que pasaba bajo sus pies y trató de sonreír.

—¿No crees que falta algo, Jim? —preguntó, apoyando en el hombro del inspector su linda cabecita envuelta en las pieles de su abrigo.

—Todo está en orden —repuso él, inmutable.

—Pudiera ser que no nos volviéramos a encontrar… Un salto así puede conducir a la eternidad.

—¡Vamos, vamos! —rió él, como quitando importancia—. Un agente del Servicio Secreto no debe abrigar el menor sentimentalismo.

Molly cogióse de su brazo con mimo.

—Por un instante podemos olvidarlo, Jim, de que estamos aquí cumpliendo una importante misión de la que tal vez no regresemos. Ni tú eres el inspector Kerry, ni yo soy el agente Burns. Simplemente, dos seres que se encuentran al borde de una decisión cuyo resultado se presenta singularmente incierto. Cierta tarde, en los jardines de Stattery Road hablamos de cuando llegara el momento…

Jim oprimió sus manos con fuerza impidiéndole continuar.

—Debes apresurarte, Molly —le dijo con voz apagada por el esfuerzo que hacía al intentar reprimir sus sentimientos—. El avión puede cabecear de un momento a otro y no darnos siquiera tiempo para abandonarlo.

—Adiós, Jim —murmuró Molly Burns, mirándolo a los ojos fijamente.

—Adiós, Molly.

Bruscamente, Jim la atrajo hacia si y la besó en los labios. Luego la soltó, empujándola suavemente hasta el borde de la escotilla.

—¡Salta ya, Molly!

La muchacha sentóse al borde y dejó que su cuerpo se deslizara por la rampa, desapareciendo inmediatamente de la vista de su acompañante. Inclinóse él aun más, con la respiración contenida,

hasta ver como el paracaídas se desplegaba, blanco y deslumbrante, sobre la masa obscura de un bosquecillo por encima del cual cruzaban en aquel momento.

Con un suspiro de alivio se dispuso a seguirla. Contuvo unos instantes la respiración. Luego aspiró profundamente hasta llenar sus pulmones del aire frío y se lanzó al espacio.

Contó hasta cinco y tiró de la anilla que oprimía su mano derecha. Sintió un brusco tirón bajo los hombros y su cuerpo quedó suspendido, flotando en el vacío.

Al mirar hacia donde estaba Molly la vio a punto de llegar al suelo. Unos minutos más tarde caía él mismo sobre la nieve. Libróse del paracaídas, y tomando el ametrallador que había cruzado a su espalda, marchó en busca de la muchacha.

CAPÍTULO VIII

A pesar de sus precauciones acababa de observar como el paracaídas de Molly había ido a descender sobre el bosque. Adentróse en él y comenzó a registrarlo cuidadosamente. Al propio tiempo, haciendo bocina con ambas manos, iba llamando a la muchacha, a fin de que su respuesta le orientara en la búsqueda.

Le extrañaba no oír a la muchacha. Al fin llegó a un lugar del bosque donde los árboles crecían con profusión. Entonces se apercibió de por qué Molly Burns no había marchado a su encuentro.

El paracaídas habíase enredado en las ramas altas de uno de los abetos impidiendo que el cuerpo de la joven alcanzara el suelo. Sin embargo, lo que le llenó de alarma fue el cuerpo inerte pendiendo sujeto de sus cuerdas.

—¡Molly! —llamó con la esperanza de que le respondiera.

Pero ningún movimiento advirtió en ella.

Kerry desprendióse del ametrallador que llevaba a la espalda y de la bolsa con los cargadores. En pocos instantes subió al árbol y cortó las correas que todavía sujetaban a la muchacha. Luego, valiéndose de una de las cuerdas, consiguió hacer descender su cuerpo hasta quedar depositado sobre la nieve.

Era indudable que la impresión del descenso había hecho desmayarse a Molly. Desabrochóle el grueso chaquetón de piel y frotó con fuerza los pulsos y las sienes de la muchacha. Los latidos de su corazón percibíanse acompasados aunque bastante débiles.

La tomó en sus brazos y se encaminó hacia una casa que había visto donde comenzaba la llanura. Allí podría prestarle la asistencia que el caso requería y que no dudaba habían de facilitarle sus moradores.

En pocos minutos llegó hasta ella, y llamó a la puerta. Tardaban en abrir; tal vez no había nadie en aquellos momentos, ya que de su

chimenea no salía la menor señal de humo.

Empujó resuelto aquella puerta y entró en la casa. Pero no avanzó más de dos pasos. Al instante se detuvo paralizado por la sorpresa.

Knitter, el cazador de poblada barba negra, estaba allí, a pocos pasos de él, observándolos con una irónica sonrisa. Al mismo tiempo escuchó un apagado rumor a su espalda. Y en el mismo instante en que iba a volverse, un objeto duro le golpeó con fuerza en la nuca.

Instantáneamente desplomóse en el mismo umbral de la casa junto al cuerpo inconsciente de su auxiliar.

Molly Burns fue quien primero recobró el conocimiento. Experimentaba una intensa sensación de cansancio. Recordaba perfectamente los últimos momentos de su caída y el golpe sufrido al chocar contra las ramas del árbol sobre el que había ido a parar. ¿Sería posible que aun estuviera allí, y que Jim no hubiera acudido en su ayuda?

Quiso abrir los ojos y no lo consiguió. Algo que le oprimía fuertemente se lo impedía. Tampoco sus piernas y brazos respondieron a los esfuerzos respectivos. Únicamente se daba cuenta de que su cuerpo experimentaba continuas sacudidas como si fuera transportado en un vehículo.

Poco a poco fue dándose cuenta de lo que sucedía. Se hallaba inmovilizada por fuertes ligaduras y una mordaza le privaba de poder gritar. Oía algo lejanas unas voces que no conseguía entender.

Al cabo de algún tiempo que le pareció interminable fue depositada sobre el suelo. Unas manos le quitaron la venda, así como la mordaza. Entonces vio que la habían llevado a un lugar, indudablemente bajo tierra, que tenía el aspecto de una cámara cavada en la roca. Frente a ella había dos hombres cuyo aspecto le recordó el de los mineros que había visto por la factoría. El de más edad sostenía una antorcha que iluminaba aquel antro.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó con voz apagada.

Los dos hombres la miraron, pero ninguno de ellos respondió. Volviéronse hacia la boca obscura de una galería que conducía allí. Unos pasos resonaban fuertemente en la oquedad y no tardó en aparecer por ella una comitiva. Dos hombres conducían el cuerpo

de un tercero, marchando al frente de ellos un minero alumbrando el camino con un farol.

Antes de que dejaran el cuerpo inanimado que conducían lo reconoció Molly. A su lado, y convertido en un fardo como habían hecho con ella, estaba Jim. Fue librado por sus aprehensores de la mordaza y la venda. Luego, sin pronunciar una sola palabra, se alejaron de allí.

Sin embargo, Molly Burns había tenido suficiente tiempo para percatarse de que su compañero se encontraba, asimismo, en un estado de completa inconsciencia. No comprendía lo que pudo haber ocurrido; pero era obvio que serían sorprendidos en el mismo lugar a donde habían ido a parar al lanzarse desde el avión en vuelo.

Los minutos iban transcurriendo lentos en aquella obscuridad. De pronto, percibió Molly un apagado gemido. Indudablemente tratábase de Jim, que volvía en sí.

—¡Jim! —llamó. Y su voz repercutió extrañamente en aquella soledad.

No obtuvo respuesta. Aguardó que transcurrieran algunos minutos y repitió su llamada.

—¡Jim!

—¡Molly! —murmuró la voz de Jim—. ¿Dónde estás?

—¡Estoy aquí, Jim; cerca de ti!

Hubo una pequeña pausa durante la cual Molly Burns percibió la respiración agitada de Jim Kerry.

—¿Sabes dónde estamos, Molly?

—No lo sé. Cuando recobré el conocimiento me conducían unos hombres. Habían vendado mis ojos y no pudo ver los lugares que atravesábamos.

—Esta atmósfera… Parece como si nos encontráramos en una de las galerías de la mina.

—Es una especie de cueva con una galería que conduce hasta aquí —explicóle la muchacha—. ¿Puedes decirme, Jim, lo que ocurrió al saltar del avión?

—Ahora recuerdo que fue Knitter —habló Jim en voz baja—. Yo acababa de recogerte del árbol en el que había quedado enredado tu paracaídas y te llevaba a una casita que había por aquellos alrededores. Apenas entré en ella vi a Knitter. Creo que alguien me

golpeó en la cabeza, y ya no recuerdo nada más.

—¿Estás herido, Jim? —preguntó Molly, sobresaltada.

—No, no es nada —tranquilizóla él—. Sólo me duele la cabeza por el golpe recibido, pero estoy bien.

Guardaron silencio los dos jóvenes. Y entonces pudieron percibir el rumor lejano de alguien que se dirigía allí.

Un tenue resplandor que fue avivándose por la boca de la galería hizo más precisos los contornos de la misma. Poco después la luz de un farol surgió ante ellos y vieron que eran tres las personas que llegaban.

Lord Hobson iba delante y era quien llevaba el farol. Al llegar a poca distancia de los prisioneros se detuvo y quedóseles mirando. Luego se inclinó hasta quedar a muy poca distancia de Jim.

—¡De modo que por fin ha vuelto por aquí, querido inspector! —sonrió cínicamente—. La última vez que nos vimos me jugó una mala pasada, pero creo que ahora le será un poco difícil repetirla.

Y sin que el joven pudiera hacer nada por evitarlo, Lord Hobson descargó contra su rostro tan fuerte puñetazo que la cabeza fue a dar contra la pared de piedra que tenía detrás.

Inmediatamente un grito resonó a la entrada de la galería, y Ruth Hobson se acercó al grupo que formaban los dos hombres.

—¡Es una acción vil y cobarde pegar a un hombre indefenso! —censuró con acritud el gesto de Hobson.

Aquel hombre no pareció inmutarse gran cosa, y se echó a reír.

—Tenía una deuda pendiente con él y era necesario cobrármela.

Volvióse hacia el hombre que de acompañaba, y le dio una orden. Marchó éste hacia donde estaba Molly y levantándola en vilo se la llevó de allí.

—Tengo que confesarle, inspector Kerry —sonrió ahora Hobson de un modo extraño—, que no deja de ser usted un tipo interesante. Y es una verdadera lástima tener que desembarazarnos de usted con tanta precipitación.

—No se siente seguro, ¿verdad? —sonrió el joven irónicamente.

—Hay momentos en que la seguridad de uno ya no importa gran cosa. Y tengo la certeza de que el mío está por llegar.

Jim se encogió de hombros, sin comprender lo que Hobson había querido decirle, aunque quería demostrarle que no le preocupaban sus bravatas ni los proyectos que tenía pensado llevar

a cabo.

Hobson había hundido sus manos en los bolsillos del grueso chaquetón de cuero y paseaba por delante de él sin dejar de observarlo con atención. El farol que había quedado en el suelo proyectaba contra el muro de enfrente su alta y recia figura como la de un coloso. Junto a la entrada de la galería permanecía Ruth observando en silencio cuanto allí se estaba desarrollando.

—¿Qué fue lo que ocurrió a bordo del avión? —preguntó, trasluciendo la preocupación que experimentaba.

—Puede ir y preguntárselo al japonés que iba en él.

Hobson sonrió con odiosa frialdad.

—No crea que me preocupa gran cosa la suerte de ese hombre. Aunque después de lo ocurrido supongo lo habrán arrojado desde el aire.

Jim continuó con su actitud de responder con un silencio glacial.

—De nada va a servirle esa actitud de aparente indiferencia, inspector Kerry. Ahora están en mis manos, lo mismo que esa joven que encontramos ayer husmeando por aquí cerca. ¿Es acaso su novia?

Jim fingió no oírlo, y entretúvose en pasear su mirada por aquella oquedad hasta detenerla en la mujer de dorada cabellera y provocativa mirada.

—Bien. Es lo mismo para nosotros. Sin embargo, sepa que he venido para decirle que no todo se ha perdido para usted. Su vida y la de esa joven dependen de mi decisión. Y puedo proponerle algo que tal vez evite lo que usted no merece, inspector. Es usted joven y la vida le reserva cuánto de agradable existe en el mundo. Comprendo que un exagerado sentido del honor y de la lealtad le harán considerar mi proposición como algo vergonzoso y humillante para todo un inspector del Departamento Federal de Investigación de los Estados Unidos de América. Pero ni sus jefes ni su nación pueden ofrecerle lo que sólo depende de una orden que yo de. Creo que me expreso con claridad.

—Demasiada para que no pueda adelantarle mi respuesta —contestó sin inmutarse Jim Kerry—. ¿Necesita también que se la diga?

Vio cómo Hobson mordíase los labios, y de sus ojos brotaban destellos de mal reprimida indignación.

—¡Le prometo que le va a pesar, Kerry! —chilló exasperado—. ¡Podrá hacer cuánto guste de su vida, pero no tiene derecho a arrastrar en su decisión a esa muchacha que por todas partes anda siguiendo sus pasos!

—Si se refiere a Molly, debo decirle que lo tiene merecido. Toda mujer entrometida debe pagar en una forma u otra el ansia a meterse donde no la llaman.

—No pensará así cuando vea lo que les está reservado. ¿Se le ha ocurrido pensar en dónde se encuentran?

—Tengo buen olfato —repuso tranquilamente—. Y me engañaría si esto no es una de las galerías de la «Daystar».

—Efectivamente —afirmó Hobson—. Nos encontramos en la parte abandonada de la antigua mina de plomo. Es éste un laberinto del que difícilmente se sale si no es con una persona conocedora del mismo. Además, le interesará saber que en estos momentos mis hombres están atareados colocando potentes explosivos en la zona inmediata a las instalaciones que provocarán el hundimiento de las mismas. ¡Una mina que necesitará más de un año para estar en condiciones de poder funcionar de nuevo! ¿Y sabe lo que esto supone para la Gran América?

—¿A qué hora permite descansar a sus prisioneros? —preguntó Jim, indiferente.

Sus palabras tuvieron la virtud de desconcertar a Hobson.

—Está bien, Kerry. Es usted el hombre más testarudo que jamás se cruzó en mi camino. Pero no tardará en darse cuenta de que conmigo no se juega. Cuando vuele la «Daystar», usted seguirá aquí. Tal vez no le alcancen los efectos de la explosión, pero… creo que no resultará demasiado envidiable su suerte enterrado en vida a doscientos pies de profundidad. Y por lo que se refiere a esa muchacha…, tal vez será preferible reservarla para algo mejor.

Sintió Jim que una súbita indignación se apoderaba de él.

—¡Jamás me encontré con un ser más despreciable y vil que usted, Hobson! —exclamó mirándolo con desprecio.

—Es una apreciación particular que respeto, Kerry —contestó inmutable Hobson—. Y creo conveniente dejarle unos minutos a solas para que reflexione tranquilamente acerca de cuanto le he dicho.

Hizo una seña a Ruth que no se había movido en todo aquel

tiempo de la entrada a la cueva y ambos salieron de allí.

Recostó Jim la cabeza en la piedra y cerró los ojos. Sentíase sumamente fatigado, y el golpe recibido llenaba su cerebro de un intenso zumbido.

Aun sin proponérselo, la proposición de Hobson flotaba ante él. Tal vez si empleara con él una actitud distinta…; si consiguiera llevar a su ánimo el convencimiento de que vacilaba, con ello no sólo ganaría tiempo para sí y para Molly, sino que permitiría a Bill Lart a que llevara a cabo las pesquisas para encontrar su paradero.

Desistió de seguir pensando, ya que le costaba un gran esfuerzo. Sintió como una pesada somnolencia le invadía.

No sabía si había dormido mucho tiempo. El ruido que hizo una persona al entrar le despertó. Era ahora Ruth Hobson quién había vuelto y lo contemplaba desde muy cerca.

—No tema acercarse —le dijo Jim con una sonrisa cargada de ironía—. Está usted en su casa y puede disponer de mí a su completo antojo…

Al débil resplandor de la lámpara que llevaba en la mano la vio ruborizarse. Ello le reveló que si alguna persona había allí que conservaba algo de la dignidad y los sentimientos propios de un ser civilizado, esta persona era Ruth Hobson.

—Estuve viendo a esa joven que lo acompañaba —fueron sus primeras palabras—. Es natural que se haya mostrado recelosa y se haya negado siquiera a contestar algunas preguntas sin importancia que le he formulado.

—Molly es una persona que tiene, como todas las demás, su poco de amor propio. Se encuentra en unas circunstancias tan… tan singulares que no dudo sabrá disculparla.

Ruth Hobson comprendió la burlona alusión que encerraban las palabras de Jim, y guardó silencio. Vaciló un momento, como si no supiera a dónde dirigirse.

—¿Conoce a la joven que estaba con usted? —preguntó Ruth, acercándose todavía más.

—Sí.

Ruth arrodillóse al lado de Jim y juntó las manos sobre sus rodillas.

—Sin embargo, ella asegura todo lo contrario. ¿No le parece extraño?

Jim movió la cabeza, comprendiendo.

—Demuestra que tiene más inteligencia que yo. ¿Ha venido, acaso, para hacer un interrogatorio?

—¿Eso es lo que he prometido a… mi tío? Pero le prometo que no le voy a importunar con preguntas que no deba contestar.

—¿Es necesario que le dé las gracias?

—Hágalo si lo desea —sonrió ella, sonrojándose—. Pero necesitaba hablar con usted, y nunca hasta ahora tuve la oportunidad de hacerlo así tan… tan…

—La comprendo —ayudóla Jim—. Ahora es dueña de la situación y puede hablarme con toda libertad. Puede hacerlo, que no la molestaré lo más mínimo.

—¿Qué representa para usted la joven que se lanzó desde el avión?

—En estos momentos, un estorbo.

Ruth hizo un expresivo ademán con la cabeza.

—¿No podrá tomar las cosas con un poco de seriedad?

—Sólo un juez tiene suficiente poder legal para someterme a un interrogatorio. Y usted no tiene cara de serlo.

En las facciones de Ruth apareció un gesto de desenfado.

—¿Por qué no olvida esta situación que usted mismo ha buscado?

—No comprendo que conseguirá con ello.

—Sencillamente —sonrió Ruth, sonrojándose de nuevo—, que vea en mí solo a la mujer y no a un enemigo que se esfuerza en desbaratar sus planes.

—Sigo sin comprenderla.

Ruth lo miró a los ojos fijamente. En los suyos, suaves y tranquilos ahora, asomaba una dulce expresión. Y cuando habló de nuevo, su voz era apagada como un murmullo.

—Quiero que sepa, inspector Kerry, que si estoy con esa gente es debido a causas que yo jamás he deseado. Cuando me encontré con usted por primera vez me sentí realmente avergonzada por haberme mezclado en una empresa que siempre me repugnó; pero las amenazas y el terror pudieron más que mi voluntad por huir de estos lugares. Más tarde, en las galerías de la mina, comprendí que el verdadero motivo era otro muy distinto; algo que se enciende súbitamente en el alma lo mismo que en la obscuridad de la noche

el rayo desgarra las tinieblas que envuelven la Tierra. Entonces me di cuenta de que estaba enamorada de usted, de que lo quería con toda mi alma, y que ya nada podía hacer por evitar lo que para mi representaba algo mucho peor que la muerte: traicionar a mi patria y a la confianza que otros en mi habían depositado.

Jim escuchaba a la joven, aturdido por la fuerza y la sinceridad de sus palabras. Cualquier cosa hubiera esperado de la encantadora Ruth Hobson antes que una declaración de amor como la que estaba exponiéndole con cruel y desconcertante franqueza. Vio cómo la muchacha miraba hacia atrás, como si temiera que alguien estuviera escuchándola.

—Puedo llevarle lejos de aquí —siguió ella, poniendo una mano sobre su brazo—. Entonces sabrá los motivos que tienen para actuar en la forma que lo están haciendo, y quiénes son los que mueven los hilos de esta intriga. Pero no hay tiempo que perder… Posiblemente dentro de algunas horas será ya demasiado tarde…

Joe se recostó en el muro y contempló la figura de Ruth, sentada sobre el piso pedregoso de la galería.

—Ya me figuré que Hobson intentaría alguna jugarreta como ésta —dijo con marcado desdén—. ¿Y usted pretende que crea todo eso que ha estado contándome?

La vio palidecer, mientras sus labios temblaban queriendo hablar algo que al mismo tiempo deseaba mantener oculto.

—¡Le prometo que he sido sincera con usted, Kerry! —exclamó con voz ronca—. Es la única persona a quien he visto demostrando poseer sentimientos propios de los seres que saben querer y sufrir. ¡Usted, Kerry, no me comprenderá! No es corriente que una mujer de cuenta a un desconocido de los sentimientos que la llevan hacia él; pero mi caso es distinto a los demás…

Con un rápido movimiento Ruth Hobson inclinóse sobre Jim, y le echó los brazos al cuello, pero dando una vuelta sobre sí mismo consiguió el inspector eludirla.

—Desempeña usted muy bien su papel, señora mía. Pero ha tropezado precisamente con alguien que conoce la manera de jugar de todas las hijas de Eva.

Iba Ruth Hobson a replicar, cuando unos pasos precipitados por la galería distrajeron su atención. Una luz brilló en el hueco obscuro, y la faz desencajada de Hobson apareció ante ellos.

Habló con la joven unas palabras en un idioma que Jim no pudo entender, y desapareció de nuevo.

—Su tío parece un poco excitado —sonrió, burlón—. Como si lo estuviera viendo, habrá usted dejado quemar el asado. No es posible dedicarse a un tiempo al amor y a la cocina.

Ruth lo miró a través de sus ojos entornados y movió la cabeza tristemente.

—¡Qué terriblemente tozudo es usted, inspector Kerry, y qué poco conoce a las mujeres!…

Se puso en pie y salió de allí. Hasta mucho tiempo después de haber salido ella permaneció Jim con la mirada perdida en la obscuridad de la galería que se abría enfrente. Pensaba en las cosas tan extraordinarias que el Destino reserva a una persona y en la complejidad del temperamento femenino al que nunca acababa de comprender.

No habrían transcurrido cinco minutos, cuando Hobson apareció de nuevo. Empuñaba una pistola, y por la congestión de su rostro pudo el muchacho darse cuenta de la excitación que habíase apoderado de él.

—Antes le di una oportunidad y no quiso aprovecharla —le dijo con un tono de amenaza que no intentaba velar—. Ahora ya es demasiado tarde…

Jim vio cómo alzaba el arma y se disponía a disparar. No podía hacer nada por evitarlo, ni se le presentaba la menor defensa posible. Apoyado contra el muro de la galería sentía angustiosamente agotarse aquellos últimos instantes de su existencia.

Hasta que el disparo retumbó entre aquellas paredes. Sin embargo, no experimentó el menor golpe ni sintió que las fuerzas abandonaran su cuerpo. Pero no tardó en darse cuenta de lo sucedido al ver como Hobson se tambaleaba y caía al suelo herido de muerte.

Inmediatamente la explicación se le ofreció en persona de Ruth Hobson. Acababa de aparecer por el hueco de la galería empuñando aún su diestra la pistola humeante con que acababa de dar muerte a su supuesto tío.

—¡Es preciso que huya cuanto antes! —le dijo con un fuerte temblor en la voz—. De lo contrario de nada servirá que haya

disparado contra ese hombre.

El corazón de Jim latía desacompasadamente. Ante él, la encantadora mujer de los cabellos de oro le observaba en actitud de súplica, mientras con un cuchillo iba cortando las ligaduras que lo tenían inmovilizado. En aquel instante comprendió cuán sincera había sido poco antes al exponerle los sentimientos que habían arraigado en su corazón. Entonces había dudado de ellos, pero la terrible realidad había acabado por imponerse haciéndole ver la equivocación sufrida.

—¿Por qué ha hecho esto, Ruth? —le dijo, levantando una mano hacia ella.

Vio cómo los ojos de la joven se cerraban y una lágrima se desprendía de sus sedosas pestañas.

—¿Y todavía lo pregunta, Kerry? ¿Cree que una mujer puede llegar a fingir un sentimiento tan sublime como es su primer amor?

Jim oprimió con fuerza su mano. Y desvió la mirada sin saber qué contestar.

—Tiene que marcharse en seguida, inspector. No lejos de aquí hay quienes todavía no sospechan nada por creer que el disparo ha sido hecho contra usted, pero no tardarán en darse cuenta de lo que ocurre. Yo le ayudaré a salir por un pasadizo sin vigilancia que da al bosque. Desde allí…

Ruth tomó el farol que Hobson había dejado caer y se dirigió hacia la galería, siguiéndola Jim desde muy cerca. Fue conducido a través de una intrincada red de galerías que ascendían continuamente hasta que la luz del día mostróse a sus ojos como una dulce promesa de libertad.

En la misma entrada de la galería, Ruth Hobson se detuvo y tendió su mano al muchacho en un ademán de despedida.

—Le agradezco cuánto ha hecho por mí, Ruth; pero comprenderá que no puedo marcharme sin saber dónde se encuentra la joven que llegó conmigo.

—Tranquilícese, inspector —sonrió la joven—. Me distraje en mis obligaciones, y la señorita Burns consiguió huir hacia el poblado. En estos momentos no me cabe duda que una patrulla de policías se dirige hacia estos lugares para salvarle a usted de nuestras garras. Eso fue lo que exasperó al hombre que acabo de matar, y por tal motivo bajó a la galería dispuesto a acabar con

usted. Y ahora, inspector, buena suerte.

—¡Adiós, Ruth! —le dijo—. Ha hecho usted por nosotros mucho más de lo que nunca hubiera esperado. ¡Qué lástima que no hubiera…!

Se contuvo, ya que lo que pensaba decir le parecía ridículo para expresar la emoción de aquel momento.

—Adiós, inspector. —Y poniendo en su mano la pistola que todavía empuñaba, añadió—: Puede hacerle falta hasta llegar junto a sus compañeros.

Ruth Hobson apoyó sus manos en los hombros del muchacho y alzó hacia él su rostro de bellas y delicadas facciones.

—No me guarde rencor, Jim —murmuró dulcemente.

Y Jim Kerry sintió que todo su ser estremecíase de gratitud hacia la joven. La rodeó con sus brazos y besó aquellos labios que tan tentadores se le ofrecían.

Bruscamente desprendióse Ruth de aquel abrazo. Luego, volviéndose hacia la galería, entró corriendo en ella.

Jim Kerry la entrevió un instante diluirse en aquella obscuridad, y, dirigiéndose hacia el poblado, no tardó en desaparecer entre la espesura de un grupo de álamos.

CAPÍTULO IX

No habría recorrido la mitad del camino que le separaba de Fort Colbitt, cuando vio venir hacia él dos automóviles ocupados por media docena de hombres. Al estar más cerca se dio cuenta de que se trataba de Carlock y sus agentes.

—¡Eh, Carlock! —le gritó, haciéndole una seña con la mano—. ¿Adonde se dirige con sus hombres?

Carlock se acercó a él y le tendió su mano.

—¡Celebro que haya podido escapar, inspector! Créame que me tenía muy preocupado su suerte.

—¿Quién le dijo lo que estaba ocurriendo?

Carlock señaló hacia atrás. Entonces vio Jim un pequeño coche tirado por un solo caballo que acababa de aparecer en el recodo del camino.

—Ahí viene la señorita Burns acompañada del agente Lart —dijo.

—Ya entiendo —murmuró Jim—. Me quedaré aquí aguardándoles y yo iré con ellos.

—¿Están todavía en la mina vieja? —preguntó Carlock, volviendo a subir al vehículo.

—Sí; deben estar todavía allí —contestó—. Puede vigilar las dos galerías que dan al sur. Probablemente tratarán de huir por ellas en cuanto adviertan que me he escapado.

—Hay, además, una boca que da al norte —observó Carlock, señalando hacia la ladera por la que acababa de descender Jim Kerry.

—Lo sé —repuso en voz baja—. Pero esa salida la reservo para mí.

Saludó Carlock y se alejó de allí. Dos minutos más tarde llegaba el coche conducido por Bill y en el que estaba Molly.

—¡Oh, Jim! —exclamó la muchacha, saltando del mismo y

echándose en los brazos del inspector—. ¡Me parece un sueño volverte a ver libre de aquella gente!

Jim la besó calurosamente y volvió a depositarla sobre el coche.

—Vamos allá antes de que sea demasiado tarde.

Ascendieron la ladera que daba al norte y no tardaron en alcanzar la boca por la que Ruth guiara a Jim al exterior.

—¿Piensas entrar ahí dentro, Jim? —preguntóle Lart.

—No —contestó—. Ahora resultaría peligroso hacerlo. De un momento a otro pueden estallar los explosivos almacenados y sepultar a quienes se aventuren por esas galerías.

En el mismo instante les llegó del otro lado de la montaña el crepitar de la fusilería. Indudablemente las huestes de Hobson intentaban la huida y acababan de ser sorprendidos por Carlock y sus subordinados apostados en las inmediaciones.

—Voy a entrar ahí —decidió Jim, acercándose a la boca.

—¡No vayas a cometer semejante disparate! —Trató Molly de disuadirle—. Pueden cazarte en la obscuridad… ¿Por qué no esperarlos a que salgan?

—No creo que lo consigan —insistió Jim.

—Además, tú mismo acabas de decir que van a volar la mina. Podrías quedar sepultado.

—Eso es lo que voy a tratar de impedir.

—¡Jim! —gritó Molly, corriendo hacia él—. ¡Si te empeñas en entrar, yo lo haré contigo! ¡No puedo consentir que tú…!

Se interrumpió al observar que una figura surgía en aquel momento de la obscura boca y se detenía como deslumbrada por la luz del exterior.

Los dos jóvenes la reconocieron a un tiempo. La rubia cabellera le caía en desorden por la espalda. Tenía el rostro manchado de barro y sus manos sangrando a causa de numerosos rasguños y cortes.

—¡Ruth! —exclamó Jim, sintiendo una dolorosa punzada en el corazón.

La muchacha lo miró inexpresivamente, dirigiendo luego su mirada hacia Molly y Bill, que permanecían algo más rezagados.

—Ya no volará la mina —dijo simplemente.

Y con paso cansado y vacilante cruzó por delante de ellos en dirección del bosque.

En aquel momento Molly Burns dejó escapar una apagada exclamación. Le brillaban los ojos por la excitación, mientras su mano empuñaba un revólver.

—¡Esa mujer es el demonio que ayudó a Hobson! —exclamó con un grito de alerta—. ¡Disparad antes de que huya!

Pero ninguno de los dos hombres se movió de donde se hallaban.

Ruth Hobson continuó alejándose de ellos. Molly vaciló un segundo, pero en seguida levantó el arma para dirigirla contra la mujer que escapaba.

—¡No dispares, Molly! —la contuvo Jim, saltando hacia ella y cogiéndole la muñeca.

—¡Es una espía, Jim! —insistió Molly, sorprendida por su reacción—. ¡Ella es peor que Hobson y toda la banda reunida! ¡Intentó maltratarme y torturarme para hacerme hablar! ¡Debes matarla, Jim! ¡Es peligroso dejarla que huya!…

Pero Jim seguía sin soltar la mano de la muchacha. Sus ojos no se apartaban de la figura de Ruth Hobson alejándose hacia donde había quedado el coche. Molly fue quien primero dióse cuenta de las intenciones que animaban a la fugitiva.

—¡Va a escapar en nuestro trineo! —gritó—. ¡Debes impedirlo!…

—Es mejor que así sea —replicó el inspector—. No podría detenerla…

—¡No olvides que es un enemigo, y que…!

Dejó la frase sin terminar. La actitud de Jim era ya harto significativa para molestarse en insistir. Abrió la mano que él aun oprimía y dejó que el revólver cayera sobre la nieve. Miró sus ojos y los vio fijos en la mujer que la bruma convertía en un ser irreal y fantástico.

—Es sencillamente una mujer, Molly —habló con voz que dominaba la emoción—. Una mujer como tantas como hay perdidas por esos mundos… Siente lo mismo que ellas sienten, sufre como las demás, y posiblemente su corazón ama como los de esos millones de mujeres a quienes Dios puso dentro de su pecho…

Molly Burns bajó los ojos, como avergonzada, y quedóse largo rato contemplando el revólver que había ido a parar a sus pies. Luego, impulsivamente, le dio una violenta patada lanzándolo a

cierta distancia de allí. Miró hacia el bosque y ya no distinguió el trineo por parte alguna.

Súbitamente una risa fuerte y alegre brotó de sus labios.

—¿Cómo se me ocurriría desmayarme por saltar desde un avión en vuelo?

Al anochecer los últimos componentes de la banda de Hobson habían sido aniquilados. El propio Kn fue sorprendido en el momento de intentar huir aprovechando los registros que los hombres de Carlock estaban llevando a cabo en la mina. Ni uno solo de aquellos desalmados optó por rendirse. Los cadáveres fueron cuidadosamente registrados, así como aquel dédalo de galerías utilizado por la banda para sus fines criminales. Sin embargo, fue muy escaso el resultado que de todo ello pudieron obtener.

Jim marchó directamente a Helena, acompañado de Bill Lart. Desde allí envió una comunicación urgente a Laky para que se presentara junto con Edith Logan.

Cuando, al día siguiente, entró en el local de Spander había en él una gran concurrencia. Vio al falso Logan fumando silencioso en un rincón, pero por el momento fingió no reparar en él. Marchó, pues, hacia donde el factor examinaba unos libros, y estrechó la mano que aquel hombre le tendía.

—¿En dónde estuvo metido, señor Kerry? —le dijo sonriente—. Seguro que no se ha enterado de las últimas noticias en la mina vieja. ¿No ha observado nada importante?

—No sé nada —fingió ignorar el muchacho—. He estado cazando por el Clond Park y no me he enterado de nada.

En aquel momento la mano del pretendido Logan se apoyó en su hombro.

—¡Hola, Logan! —exclamó al volverse—. ¿Qué novedades hay por la «Daystar»?

—Aquello parece más tranquilo, Jim —repuso el otro sin poder evitar el recelo que lo dominaba.

Jim marchó hacia una de las mesas apartadas del bullicio del local, y sentóse a ella acompañado de Logan.

—Hobson y su banda han sido aniquilados —dijo lentamente, mientras miraba a su alrededor.

El semblante del ingeniero permaneció inmutable.

—Sé lo ocurrido en la mina vieja; pero no conozco todos los

detalles.

El muchacho procedió a referir a su acompañante algunos pormenores de la batalla librada allí cerca, aunque silenciando muchos de los hechos.

—¿Qué ha sido de Hobson?

—Murió en la pelea, lo mismo que todos los demás. Desgraciadamente ni uno solo ha sobrevivido para poder facilitarnos los nombres de sus cómplices. Sin embargo, Hobson llevaba encima algunos documentos escritos en un idioma extranjero que nos facilitarán una preciosa información.

Logan guardó silencio; pero en su actitud adivinó Jim que estaba preocupado.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Voy a mandar un mensaje a mis jefes para que envíen urgentemente a dos agentes especializados en cuestiones internacionales y de contraespionaje. Ellos podrán descifrar los documentos e identificar alguna de las víctimas.

—¿Y… de mi hermana, Jim? —aventuró aquel hombre, fingiendo una ansiedad que el muchacho interpretó en su justo sentido.

Movió la cabeza, pesaroso.

—No nos fue posible hallar ni rastro de ella. Es probable que la hayan llevado a otros lugares muy apartados de aquí. Unos aviones rápidos y ligeros mantienen el enlace con sus bases, posiblemente en alguna isla perdida en el Pacífico. Creo que no debes desesperar, Logan. No tienen motivo alguno para hacerle el menor daño.

Vió cómo ocultaba la cabeza entre sus manos y quedaba largo tiempo sumido en esa actitud.

—Guarda bien esos papeles, Jim —dijo al fin—. No debes confiar demasiado en que todos hayan sido aniquilados…

—No es probable —sonrió Jim—. Los he escondido en la almohada de mi lecho. A nadie se le ocurrirá mirar allí.

Logan asintió en silencio. Poco después se levantaba para regresar a la mina.

Desde la puerta viole Jim alejarse. Luego se dirigió al cuartel de la policía.

Poco antes de que anocheciera, Jim dio cuenta al factor de que tenía proyectado llegarse a la mina y que no regresaría para cenar

hasta muy tarde.

Salió y tomó el camino de la «Daystar», pero a media milla del poblado se desvió dando un largo rodeo y volviendo por la parte opuesta. La obscuridad era ya muy densa cuando llegó a las inmediaciones de la casa.

Tenía la absoluta seguridad de que aquella misma noche se aclararían muchas cosas necesarias para llegar a la identificación de los principales responsables.

Ocultóse bajo el porche de un almacén cercano y se dispuso a esperar la llegada del presunto visitante.

No llevaría más de quince minutos oculto entre unos barriles cuando distinguió la silueta de alguien que se aproximaba a la casa. Llegaba resuelto y no se ocultaba lo más mínimo.

Por un momento, al verlo subir las escaleras y llamar a la puerta, creyó Joe que se había equivocado. Sin embargo, no se movió de donde se hallaba.

Vio cómo el desconocido miraba en todas direcciones antes de sacar una llave que llevaba en el bolsillo. La introdujo en la cerradura y entró en la casa.

Con el mayor sigilo salió Jim del escondite y subió los escalones evitando producir el menor ruido. Oyó como alguien estaba en su habitación y, avanzando unos pasos más, distinguió una figura que se movía en las sombras con poco corriente familiaridad.

Apercibió la pistola y sacó la linterna que llevaba preparada al efecto.

Estaba acercándose por la espalda al nocturno visitante cuando éste advirtió que no se encontraba solo. Volvióse rápidamente en el preciso momento que el haz de luz caía sobre su rostro y mostraba a Jim las facciones de Marcel Deparry, el mozo encargado del almacén de Spander.

Deparry intentó abalanzarse sobre él, pero Jim esquivó la acometida y arrojando la linterna a un lado lo recibió con un fuerte directo que hizo rodar al mestizo por el suelo. De un salto cayó sobre él y lo inmovilizó, valiéndose de una llave de *Jiu-jitsu* que había aprendido del profesor Tsai.

—¿Qué estabas buscando en mi habitación? —le preguntó, forzando un poco la llave hasta obligarle a lanzar un gemido de dolor.

Pero el mestizo mordióse los labios para no responder.

—Será mejor que hables —conminóle el inspector Kerry—. Estás sirviendo los intereses de una organización de espionaje a cambio de un puñado de dólares. ¿Sabes lo que te espera?

—No sé nada de lo que me está hablando —repuso el otro con voz apagada—. Únicamente vine aquí en busca de dinero. Lo necesitaba…

—Estás mintiendo descaradamente; pero de nada ha de servirte. Y de lo que ahora hables puede conseguirse que se te libre de ser colgado de un árbol.

El mestizo continuó sin despegar los labios.

—Está bien —habló Jim—. Ya sabes que he venido comisionado por el Gobierno Federal para desarticular una vasta red de espionaje y sabotaje en favor del enemigo. Tú eres un ciudadano norteamericano que combate contra su propio país. Puedes haberlo hecho inducido a error, y éste es el momento de demostrarlo y de evitar una condena dura como es la que se aplica a los espías en tiempo de guerra.

—¿Qué es lo que desea saber? —preguntó Deparry comenzando a sentirse asustado.

—Dime los nombres de las personas que te ordenan esos trabajos.

Todavía vaciló el mestizo antes de hablar.

—Son solamente tres las que yo conozco —dijo al fin—. El ingeniero Logan, el ingeniero Bizraj y el ayudante Rery. Los otros son cazadores que sólo se dejaban ver de tarde en tarde.

—Está bien —dijo Jim, levantándose no sin antes haberse apoderado del arma que el mestizo había llevado consigo—. Ahora vendrás conmigo al cuartel de la policía. Se trata de una medida de seguridad que en nada habrá de perjudicarte.

Jim obligó a Deparry a sentarse en una silla y procedió a redactar una pequeña nota en la que delataba las actividades de los tres hombres del personal técnico de la «Daystar». Luego le obligó a firmar debajo y guardóla en su bolsillo.

Hizo que Deparry marchara delante y salieron ambos del edificio. Pero no había el mestizo cruzado el umbral cuando dos detonaciones sucesivas atronaron al ambiente encalmado de la noche.

Marcel Deparry dio un traspiés y rodó por la escalera hasta llegar a tierra. De un salto llegó Jim hasta él y comenzó a disparar hacia el lugar del que había visto partir los fogonazos. Pero cuando al poco tiempo ayudado del factor y de algunos de los hombres que habían oído el ruido, registraron aquellos alrededores no pudieron encontrar el menor rastro que pudiera darles una idea de la personalidad del agresor.

Cuando el cuerpo de Marcel Deparry fue conducido al almacén de la factoría ya no era más que un cadáver.

Jim dirigióse hacia el puesto de la policía para dar cuenta a Carlock de lo sucedido. Y su sorpresa no tuvo limites cuando vio en él a Logan charlando animadamente con el propio sargento.

—¡Hola, Logan! —saludó sonriente—. Acaba de caer un ratón en la ratonera. Se trata nada menos que de Marcel Deparry, el mozo del almacén.

—¿Cómo ha sucedido esto? —preguntó el falso ingeniero, interesado.

—Lo encontré revolviendo en mis cosas. Cuando lo traía hacia acá para tomarle declaración alguien disparó contra él, matándolo. Estaba tan obscuro que no nos fue posible averiguar la identidad del agresor.

—¡Lástima no haberlo sabido! —repuso el ingeniero—. Llevo cerca de una hora charlando con el sargento, y me hubiera gustado encontrarme allí.

—Tengo necesidad de enviar un radiograma, sargento —habló Jim dirigiéndose a Carlock—. ¿Podré hacerlo?

—Vaya a Drayton y que transmita su encargo.

Jim abrió una puerta lateral que comunicaba con el cuarto del radioemisor, y sin detenerse en él siguió hasta otra habitación en donde estaban Lart y Laky.

—¿Has traído a la muchacha? —preguntó al segundo.

Afirmó el otro en silencio.

—Debéis tenerlo todo preparado para dentro de diez minutos. Salid por la puerta trasera y llevaros a los demás.

Regresó al despacho de Carlock, que en aquel momento ofrecía a Logan uno de sus cigarrillos.

—Es preciso que venga conmigo, sargento. Tengo allí unos papeles que me interesa tener bien guardados. —Y volviéndose

hacia Logan añadió—: ¿Tienes algún conocimiento de idiomas europeos, Logan?

—Conozco algunos —respondió el aludido—. ¿Necesitas que te ayude?

—Me gustaría saber lo que hay escrito en ellos, ya que los agentes que envían de Washington tardarán todavía tres o cuatro días en llegar.

—Iré contigo —decidió al ingeniero.

Salieron los tres hombres y se dirigieron hacia la vivienda que ocupaba Jim. Al pasar frente a la factoría entraron unos minutos a fin de examinar el cuerpo del mestizo y ver si llevaba encima algo que pudiera ofrecer algún interés. Jim y Logan observaban la operación en silencio, en tanto Carlock iba dictando las disposiciones que convenían al caso.

Continuaron su camino y al poco rato llegaban a la vivienda habitada por Jim. Éste les invitó a pasar mientras encendía la lámpara que alumbraba la habitación.

—Está todavía un poco desordenado —excusóse el muchacho—. Me costó algún trabajo reducir al mestizo y aun no he tenido tiempo de arreglarlo.

—¿En dónde tienes esos papeles, Jim? —preguntó el ingeniero.

—Ahí en mi habitación —contestó Jim señalando una puerta contigua—. Espera un momento que encenderé la luz. Está todo tan obscuro…

Entró Jim en ella, y la habitación se iluminó. Volviéndose hacia sus acompañantes les hizo ademán de que entraran.

—¿Conoces eso, Logan? —preguntó el muchacho, extendiendo su brazo hacia un rincón del cuarto.

Miró el ingeniero en aquella dirección y al instante su cuerpo se tornó rígido mientras una intensa palidez invadía su semblante.

Sobre unas parihuelas estaba el cadáver del ingeniero Logan. El hombre que había sido sepultado en una fosa cavada en la nieve frente a la casa del bosque.

El ingeniero dio un salto hacia atrás y fue a sacar el arma que llevaba en su bolsillo, pero el disparo de Jim fue oportuno y alcanzó su brazo, impidiéndole llevar a cabo su propósito. Al mismo tiempo irrumpieron en el cuarto cuatro policías que no tardaron en reducir la resistencia que el falso Logan intentaba oponer.

Pocos minutos después era conducido al cuartel de la policía. Allí estaba Molly Burns acompañando a Edith Logan, la hermana del ingeniero.

—¿Conoce usted a ese hombre, señorita Logan? —preguntóle Jim apenas entraron allí.

Los ojos de la joven fulguraron en una mirada de odio. Luego, mordiéndose los labios movió la cabeza, negativamente.

—Le prevengo joven que no va a encontrarse muy solo —advirtióle el inspector—. En estos momentos unos cuantos agentes están procediendo a la detención de sus amigos Bizraj y Rery. Ellos se encargarán de hacerle más soportable el encierro.

CAPÍTULO X

Hacía quince minutos que el avión para Seattle había partido, llevándose a Edith Logan, Molly Burns y sus tres compañeros habían quedado en el aeródromo de Helena esperando la salida del que debía conducirles a Washington.

—¿Has completado ya el informe que debes entregar al coronel? —preguntó Bill Lart a Jim mientras paseaban por las inmediaciones de la pista.

—Sólo me faltan para ello los datos que han reunido Briggs y Colton. Parece ser que el falso ingeniero Logan no es otro que Herbert Branz, descendiente de padres austríacos, y que trabajaba en la cuenca minera del Saskatchewan. Hobson se llamaba en realidad Franz Tribbing. Su papel en la organización no ha sido bien determinado, aunque no resulta descabellado suponer que se trataba de uno de los dirigentes. Sin embargo, el verdadero cerebro era Knitter. Este hombre pasaba como un elemento apagado, cuando era él quien mantenía el enlace con Tokio, y no sólo planeaba los actos terroristas en la mina sino que tomaba una parte muy activa en su desarrollo y realización.

—¿Y de la muchacha del coche? —preguntó Bill.

Jim llevóse el cigarrillo a los labios y lanzó una larga bocanada de humo. Permaneció unos instantes con la mirada fija en las montañas que se recortaban sobre un fondo brumoso, y contestó:

—Ruth Hobson fue siempre un enigma para mí, y lo único que deseo es que continúe siéndolo. Comprendí desde el primer instante que no se trataba de una mujer vulgar a la que podríase clasificar en cualquiera de los grupos de delincuentes. Más bien aseguraría que vióse mezclada en este asunto a causa de hechos o circunstancias de los que no podía escapar. —Movió la cabeza con aire compasivo, y murmuró:

—¡Pobre Ruth! ¡Tan terrible que parecía su aspecto, y, sin

embargo, qué delicadamente femenina se mostró en los últimos instantes!

—Posiblemente habrá huido hacia el Canadá —insinuó Bill Lart.

—¡Ojalá tenga mejor suerte que hasta ahora…!

En aquel momento llegaron Molly Burns y Tony Laky procedentes del restaurante.

—¡Mira, Jim! —exclamó la muchacha, mostrándole una magnifica chaqueta de piel que lucía—. Acabo de comprarla como recuerdo de mi estancia en Montana. Además, es una verdadera ganga.

—No lo dudo —observó Jim, sonriendo—. ¿Y crees que son legitimas?

—Auténtico zorro plateado, Jim —repuso la joven mostrándosela—. Hace sólo una semana hubiera pagado por ella cincuenta dólares más que ahora. ¿Y sabes por qué?

—Pues… no lo sé.

—Ahora las pieles volverán a llegar del norte en mayores cantidades que hasta hace poco. Muchos cazadores volverán a la región del Koyukuk.

—¿Eso te dijo el peletero?

Molly afirmó con un movimiento de su cabeza.

—Para un agente del servicio secreto no está mal averiguar detalles de tanto interés —sonrió Jim Kerry, burlándose.

Rió ella fuerte, y en aquel preciso momento avisaron que el avión para Washington estaba a punto de partir.

Dirigiéronse hacia la pista, e instantes después hallábanse acomodados a bordo de un moderno avión de pasajeros.

Cuando se encontraban a bastante altura Jim dirigió su mirada hacia la lejanía, donde la masa obscura de los bosques extendíase hacia el norte en busca de las intrincadas y desérticas llanuras del Great Falls.

—¡Fíjate en esas casas, Jim! —cortó sus reflexiones la exclamación de Molly Burns, señalando hacia abajo—. ¿Qué pueblo será ése?

—Eso fue un pueblo hace algunos años —contestó—. Ahora es ya una gran ciudad.

—¿Tan pequeño?

—Volamos a unos nueve mil pies —explicó—. Casi el doble de

cuando dimos aquel salto. ¿Lo recuerdas, Molly?

Ella asintió, en silencio, al tiempo que la mano de Jim oprimía la suya.

—¿Volverías a intentarlo… si fuera necesario? —preguntó la muchacha, mirándolo con su habitual picardía.

—Contigo no vacilaría en saltar sobre el mismo Océano. Y esto es una prueba, Molly.

Al mismo tiempo depositó en su mano una pequeña cajita forrada de finísima piel. Sin abrirla siquiera, Molly cerró los ojos y murmuró:

—¡Qué preciosa sortija, Jim! Oro de ley con un brillante y dos rubíes, doscientos veinticinco dólares. —A continuación abrió los ojos y preguntó—: ¿He acertado?

—¿Cómo has sabido todo eso? —exclamó Jim Kerry, sin salir de su asombro.

Pero Molly Burns llevó un dedo a sus labios y sonrióle maliciosamente.

—Eso ya no lo puedo decir, Jim —contestó—. Servicio secreto.

FIN

Precio: 5 pts